



A&L

PRIMER

VUELO

CAMPILLOS

PRASCO

91

J. M.
PEREIRA

1

10

0

0

0

0

0

0

0

0

0

0

PQ6554

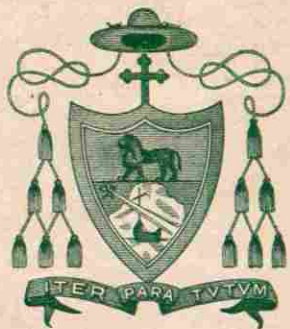
.P3

A4

v. 1

P433A6

010476



1080019042

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

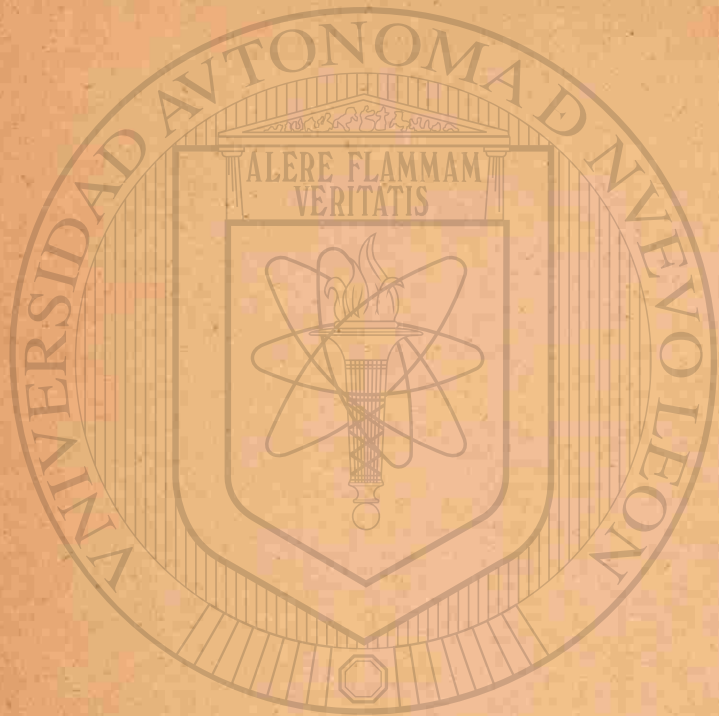


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Am

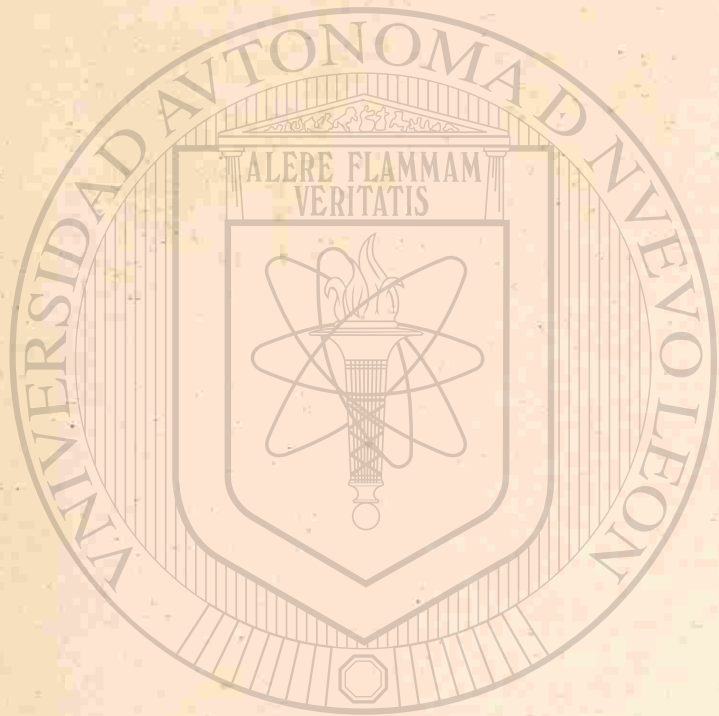


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





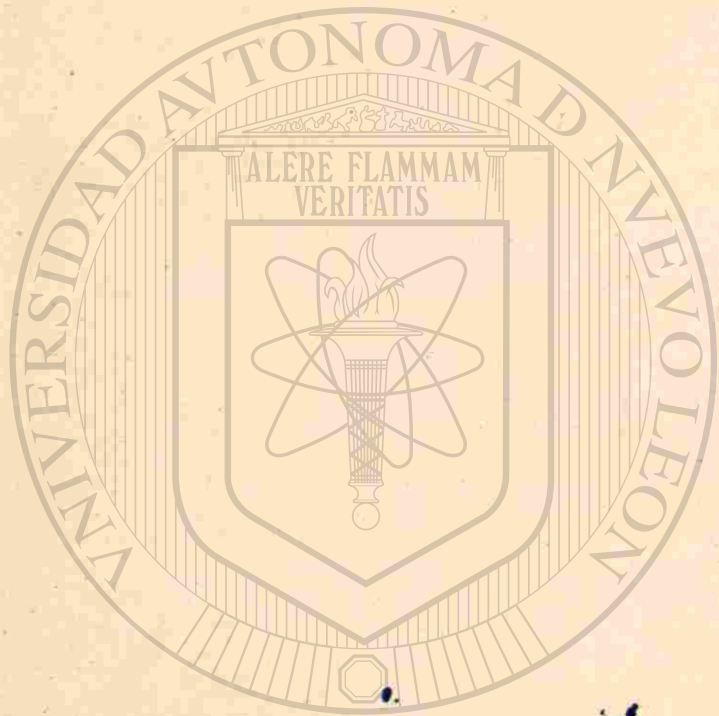
AL PRIMER VUELO

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas.	
Núm. Autor	<i>P434w</i>
Núm. Adg.	<i>10476</i>
Procedencia	<i>-6-</i>
Precio	
Fecha	<i>6/29</i>
Clasificó	
Catalogó	



HENRICH Y C² EN COMANDITA — EDITORES

SUCESORES DE N. RAMÍREZ Y C²

J. M. DE PEREDA

AL PRIMER VUELO

(IDILIO VÚLGAR)

ILUSTRACIÓN DE APELES MESTRES

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Tallos

TOMO I

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BARCELONA — 1891

IMPRESA DE HENRICH Y C² EN COMANDITA

SUCESORES DE N. RAMÍREZ Y COMPAÑÍA

Paseo de Escudillers, número 4



Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

10474

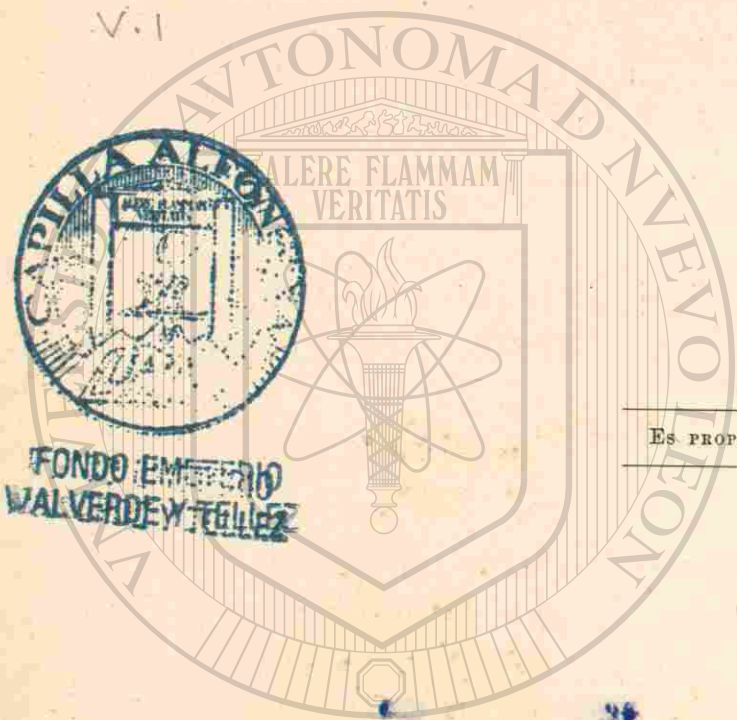
46746

PQ6554

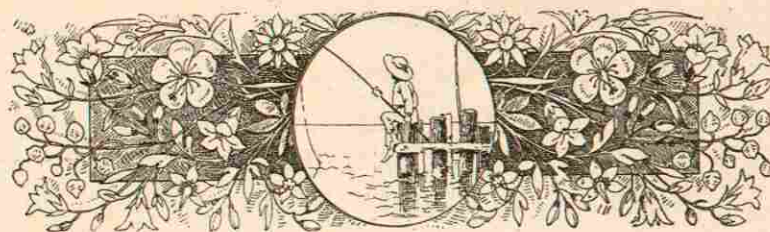
P3

A4

V.1



Es PROPIEDAD



I

ANTECEDENTES

No tiene escape. Dénme ustedes un aire puro, y yo les daré una sangre rica; dénme una sangre rica, y yo les daré los humores bien equilibrados; dénme los humores bien equilibrados, y yo les daré una salud de bronce; dénme, finalmente, una salud de bronce, y yo les daré el espíritu honrado, los pensamientos nobles y las costumbres

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1040 1025 MONTERREY, MEXICO

010476

ejemplares. *In corpore sano, mens sana*. Es cosa vista... salvo siempre, y por supuesto, los altos designios de Dios.»

Palabra por palabra, este era el tema de muchas, de muchísimas peroraciones, casi discursos, del menor de los Bermúdez Peleches, del solar de Peleches, término municipal de Villavieja. Le daba por ahí, como á sus hermanos les había dado por otros temas; como á su padre le dió por la manía de poner á sus hijos grandes nombres, «por si algo se les pegaba».

Tres varones tuvo y una hembra. Se llamaron los varones Héctor, Aquiles y Alejandro, y la hembra Lucrecia. Pero no le salió por este lado al buen señor la cuenta muy galana que digamos. Héctor, encanijado y pusilánime, no contó hora de sosiego ni minuto sin quejido. Aquiles, no mucho más esponjado que Héctor, despuntó por místico en cuanto tuvo uso de razón, y emprendió, pocos años después, la carrera eclesiástica. Lucrecia, de mejor barro que sus dos hermanos mayores, en lo tocante á lo físico, al primer envite de un indiano de Villavieja, de esos que *se van* apenas veni-

dos, dijo que sí; y con tal denuedo y tan emperrado tesón, que á pesar de ser el indiano mozo de pocas creces, ínfima propapia y mezquino caudal, y á despecho de los humos y de las iras de Bermúdez padre, la Bermúdez hija se dejó robar por el pretendiente, se casó con él á los pocos días, y le siguió más tarde por esos mares de Dios, afanosa de ver mundo y resuelta á alentar á su marido en la honrosa tarea de «acabar de redondearse» en el mismo tabuco de Mechoacán en que había dejado, trece meses antes, depositados los gérmenes de una soñada riqueza.

Alejandro, el Bermúdez nuestro, tuvo tanto de su homónimo, el de Macedonia, como sus hermanos Héctor y Aquiles de los dos famosos héroes de *La Iliada*; aunque, en honor de la verdad y escrupulizando mucho las cosas, algo vino á sacar, ya que no del insigne conquistador, de su padre, pues llegó á ser tuerto como el gran Filippo. Por lo demás, fué el varón más fornido de la casa, y el más sano y animoso. Eligió la carrera de Derecho, y le envió su padre á la universidad, mientras Aquiles estudiaba

teología en el seminario y se sabía, por lo que propalaba la familia del mejicano, que Lucrecia estaba en Mechoacán engordando á más y mejor con la alegría de ver acrecentarse, de hora en hora, el caudal de su marido.

Héctor, hecho una miseria, se quedó en Pelechés al cuidado de su padre. El cual, con esta cruz, sobre la de sus muchos años, y el martirio, cada día más insufrible, de la prevaricación de su hija, se murió muy pronto. Con esta muerte, como con la de su yedra el muro vacilante, la vida de Héctor, insostenible por sí sola, se puso á punto de acabarse. Acudió á su lado el seminarista, enteco por naturaleza y extenuado por los ayunos y las maceraciones; y solos, tristes y doloridos los dos en el caserón de Pelechés, murieron en pocos meses uno tras otro, después de testar en común á favor de Alejandro; y no por aborrecimiento á Lucrecia, bien lo sabe Dios, sino por acumular los caudales libres de la familia en el único encargado de perpetuar el ilustre apellido, y en la persuasión de que la hembra iba en próspera fortuna, no tenía más

que un hijo y podía pasarse muy bien sin las legítimas de sus dos hermanos.

Ello fué que Alejandro se vió dueño y señor de las tres cuartas partes del haber de sus padres, que, aunque no eran cosa del otro jueves, reunidas en un solo montón daban para mucho en manos de un hombre hacendoso como él, por instinto, y que ya para entonces había aprendido, de labios de un profesor suyo, hombre anémico y dado un poquito á la crápula, aquello de *mens sana...* en virtud de los milagros del aire puro, corriente y libre, que, por cierto, no los había hecho muy señalados en la familia de los Bermúdez del solar de Pelechés, como podía certificarlo el Alejandro mismo.

No tentándole gran cosa los libracos de su carrera, resolvióse á dejarla en el punto en que la tenía cuando los tristes acontecimientos de Pelechés le obligaron á trasladarse á su casa solar; pero como se había dejado por allá, en vías de buen arreglo, cierto asunto que nada tenía que ver con la heredada hacienda ni con los afanes universitarios, encomendando el caserón nativo y

todas sus pertenencias, muebles é inmuebles, al cuidado de una persona de su confianza, y sin pagarse mucho, por entonces, de los libres y salutíferos aires patrios, aunque á reserva de volver á henchirse de ellos tan pronto como lo necesitara, tornóse á la ciudad, que era Sevilla.

El asunto que con tal fuerza le solicitaba allí, era una huérfana bien acaudalada y no de mal ver, aunque algún tanto desquiciada de una cadera, y con la cual llegó á casarse un año después. Con los dos caudales juntos y sus excelentes instintos de traficante, emprendió negocios que le dieron un buen lucro y le apegaron más y más á la tierra de su mujer. La cual, á los ocho meses de haberle hecho padre venturoso de una hermosa niña, que se bautizó con el nombre de Nieves, se murió. Por entonces perdió el ojo izquierdo Alejandro Bermúdez Peleches; y, según relato de personas bien enteradas, le perdió á consecuencia de una inflamación que le sobrevino de tanto llorar... y de tanto frotarle, mientras lloraba, con la mano mal depurada de cierto menjurje cáustico que había preparado él

para un enjuague vinícola de los muchos que hacía en su bodega.

Aunque después de curado de las penas de las dos pérdidas, en el mismo orden cronológico en que habían ocurrido la de la esposa y la del ojo, se vió joven y robusto y rico, no sintió las menores tentaciones de volver á casarse, entre otros motivos, por el muy noble y honroso de no dar una madrastra á su hija, que se criaba como un rollo de manteca al cuidado de una juiciosa y madura ama de gobierno, después de haberla dejado de su mano la nodriza. Pero, en cambio, y echando de ver que de su parte no había motivos racionales para otra cosa, entabló gustosísimo una frecuente correspondencia con su hermana, que á ello le tentaba desde la ciudad de Méjico, á la cual había trasladado su marido el campo de sus operaciones mercantiles, que, por lo vastas y lucrativas, no cabían ya en el tenducho de Mechoacán. Lucrecia, según sus cartas á Alejandro, no estaba resentida con él por las disposiciones testamentarias de sus hermanos mayores. Lo conceptuaba natural: los había

disgustado á todos por una calaverada que por casualidad le había salido bien. Lo conocía al fin, y se complacía en confesarlo. Además, le sobraba dinero, le sobraban riquezas para ellos dos y un hijo solo que tenían, sin esperanzas de tener otro, porque ya habían pasado más de seis años sin barruntos de él, y era un engordar el suyo, que no cesaba. El aire, los frijoles, el mamey, las enchiladas, el quitil... hasta el pulque con que se desayunaba muchos días para matar el gusanillo, todo lo de allí la caía como en su molde propio, y la abría el apetito y se le convertía en sustancia apenas engullido. Deploraba su gordura solamente por lo que la molestaba para sus quehaceres domésticos, pues para andar por la calle tenía *volanta*. Jamás salía á pie. Su marido era un buen hombre que se esmeraba en complacerla y estimarla á medida que iba ella engordando y enriqueciéndose él, y ni él ni ella pensaban volver á Villavieja ínterin no pudieran ser allí los señores más ricos de toda la provincia; y esto, no por pujos de vanidad, sino por el honrado deseo de que se descubrieran reve-

rentes delante de su marido, muchos mentecatos que le habían tenido en poco en la villa por ser hijo de quien era y caberle en la maleta todos sus caudales. Según iban las cosas, no envejecerían los dos sin ver realizados sus propósitos. Entretanto, se daban buena vida, se trataban con distinguidas y honradas gentes, y el niño Ignacio, Nacho, Nachito, iba creciendo. ¡Nachito! Era una bendición de Dios por guapo, por agudo, por gracioso... ¡Qué criatura, Virgen de Guadalupe!

Todas estas cosas se las contaba la gorda Lucrecia al tuerto Alejandro, en un lenguaje bárbaramente desleído en una tintura medio guachinanga, medio tlascalteca, señal evidente de que la hembra de los Bermúdez Peleches hablaba ya *en mejicano* como los *jándalos* montañeses hablan *en andaluz*.

— Debe de estar hecha una tarasca, — pensaba su hermano, sonriéndose, cada vez que acababa de leer una de estas cartas. — Pero es buenota como el pan, y varonil como ella sola.

Después la contestaba larga y minuciosa-

mente sobre su modo de vivir, sus esperanzas y proyectos; los proyectos y esperanzas de Lucrecia; consejos sanos y observaciones cuerdas acerca de la obesidad prematura en sus relaciones con el método de vida, calidad y cantidad de los alimentos... Nacho. A este niño precoz, le dedicaba siempre un largo párrafo. Nacho crecería, Nacho tendría que estudiar, Nacho sería mozo, Nacho sería un hombre; y ¡ay de él! si mientras recorría este sendero largo y escabroso, no se cuidaba nadie de educarle como era debido para que el espíritu no se corrompiera dentro de un cuerpo mal oxigenado. «No tiene escape, Lucrecia. Dame tú un aire puro, y yo te daré una sangre rica; dame una sangre rica, y yo te daré los humores bien equilibrados; dame tú...» Y así sucesivamente, toda la retahíla que ya conoce el lector.

Luego, y por final de la carta, hablaba de su hija, de su Nieves. ¡Qué hermosísima estaba, cómo crecía de hora en hora, qué revoltosa era y qué gracia le hacía, sobre sus grandes ojos azules, aquel fruncir de entrecejo á cada repentina impresión que

recibía, lo mismo de disgusto que de placer! Su pelo era rubio como el oro viejo, y el matiz de sus carnes, el del más puro nácar, con unas veladuras de color de rosa en las mejillas, en los labios húmedos y en las ventanas de la nariz, que daba gloria verla. Saldría algo, pero algo muy singular, de aquella miniaturita de mujer. Él tenía ya sus planes formados, sus cálculos hechos para más adelante. En esos cálculos entraba, y por mucho, el venerable solar de Pelechés, con sus vastos horizontes y sus aires salutíferos... pero á su debido tiempo, en su día correspondiente... No había que confundir las cosas, que atropellar los sucesos. Todo vendría por sus pasos contados, y todo vendría bien con la ayuda de Dios y sus buenas intenciones.

A Pelechés no había vuelto él más que una vez, y muy de prisa, desde la muerte de sus hermanos, porque estaba muy lejos y los negocios mercantiles y los cuidados de la niña le amarraban á Sevilla de día y de noche; pero no por eso le perdía de vista. A la hora menos pensada daría una vuelta por allí, ó todas las que fueran nece-

sarías para el mejor logro de sus acariciados planes. Entretanto, en buenas manos andaba todo ello, para tranquilidad suya y prestigio de sus hidalgos progenitores.

Con este continuo hablar, Alejandro de su Nieves y Lucrecia de su Nachito, llegó á empeñarse entre los dos hermanos una verdadera puja de alabanzas de los respectivos vástagos; y picada Lucrecia en su puntillo de madre del niño más hermoso del mundo, envió á su hermano un retrato del prodigio, vestido de *ranchero*, con su listado *jorongo*, sus amplias *calzoneras* y su sombrero *jarano*. ¡No se veía al infeliz debajo de las enormes alas y de la pesadumbre de los pliegues! «¿A mí con esas?», se dijo Alejandro; y retrató á Nieves vestida de andaluza, con mantón de grandes flecos y rosas en la cabeza. Salió hecha una lástima la preciosa criatura; pero su padre lo vió de muy distinto modo y mandó el retrato á Lucrecia, que, como había llevado á mal los peros que su hermano se atrevió á poner al pintoresco vestido de Nacho, se despachó á su gusto en la lista de reparos al atalaje de su sobrina. Entonces convinie-

ron ambos en que los chicos se retrataran «al natural». Hízose así, y en seguida el cambio de los retratos entre la gorda Lucrecia y el tuerto Alejandro. Por cierto que hubo una coincidencia bien singular en las dos cartas, conductoras de las respectivas tarjetas, que se cruzaron en el Océano. Cada una de ellas contenía en posdata esta pregunta: «Y tú ¿por qué no me envías tu retrato?» Preguntas que obtuvieron en su día las correspondientes respuestas.

La de Lucrecia fué en estos términos:

— Por no asustarte.

Y la de Alejandro en éstos otros:

— Porque desde el contratiempo que sabes, no me conocerías.



También iban en posdata estas respuestas. En el cuerpo de las cartas sólo se trataba de las impresiones recibidas por cada firmante en la contemplación del retrato, «al natural», del hijo del otro, siendo muy de notar que cada padre extremaba las ponderaciones de su correspondiente sobrino, y ninguno de los dos mentía, porque es la pura verdad que Nacho y Nieves eran tal para cual, y, según decía Lucrecia á su hermano, «como nacidos el uno para el otro, á pesar de llevarle mi Nachito cuatro años á tu Nieves».

Pues el dicho traje cola, y cola larga; porque aposentó en las mientes de Alejandro una idea que jamás había pasado por ellas. Nieves tenía entonces seis años cumplidos; Nacho, diez mal contados; cuando ella tuviera veinte, él tendría veinticuatro. De molde. Nieves era monísima, y llegaría á ser una arrogante moza; Nacho era guapo de verdad, y prometía ser un mozo gallardo. De perlas. Nieves era rica; su primo, tanto ó más que ella; los dos eran ramas, por un lado, de un mismo é ilustre tronco; y por el otro, allá se andaban tam-

bién, porque si el padre de Nacho era hijo de pobres y oscuros menestrales de Villavieja, la madre de Nieves procedía directamente de un bodegonero de Triana y de una lavandera de Carmona. Esto no se lo había confesado él á ninguno de su casta, pero era la pura verdad y había que tomarlo en cuenta en aquel caso. Después, todo quedaba en la familia, realizado el naciente proyecto; y según los tiempos corrían y lo entornado que andaba el mundo, por dudosa que resultara la formalidad del mejicanillo, érale á él conocido al cabo; y lo conocido, por malo que fuera, siempre sería preferible á lo bueno sin conocer.

Pensó mucho, muchísimo, en estos particulares; y en la primera carta que escribió á su hermana, la dijo: «podemos seguir tratando de *eso*, si te parece», después de repetirla el dicho y de glosarle con cierta discreción, á su manera.

Y de ello se trató largo y tendido entre los dos hermanos, con entero y cabal beneplácito del marido de Lucrecia, la cual engordó de pronto cosa de ocho libras más,

porque también los pensamientos agradables y las esperanzas risueñas se convertían en sustancia para aquel corpazo tan agradecido.

Andando los meses, la niña sevillana aprendió á leer; y entonces el muchuelo mejicano, que ya sabía escribir, la dedicó una carta para poner á prueba su destreza en la lectura, y en unos términos tan zalameros y dulzones, que se pegaban hasta de la vista. Nieves leyó la carta sin la menor dificultad, porque la letra era primorosa, pero no la entendió; y por no entenderla y por antojársele que sabía á melaza, le dió empacho y la metió en grandes ganas de saber escribir para decirle á su primo que la escribiera de otro modo ó dejara de escribirla.

— Es el estilo de allá, — la dijo su padre para temprarla un poco é ir preparándola el estómago.

Pasó más tiempo, y Nieves, en cuanto aprendió á escribir, cumplió su palabra. En una carta, escrita con reglero, letra muy desigual y peor ortografía, puso á Nacho para pelar: «No te esquiribiré má

— le dijo entre otras cosas — si tú no canveas de modo... Aver. Te pasas de fino, higo, y tó te sale pringoso de puro arrope que lechas... Aver. Aquí tenemo jotro ablá que no sabe tanto á jigo pasao... Aver.»

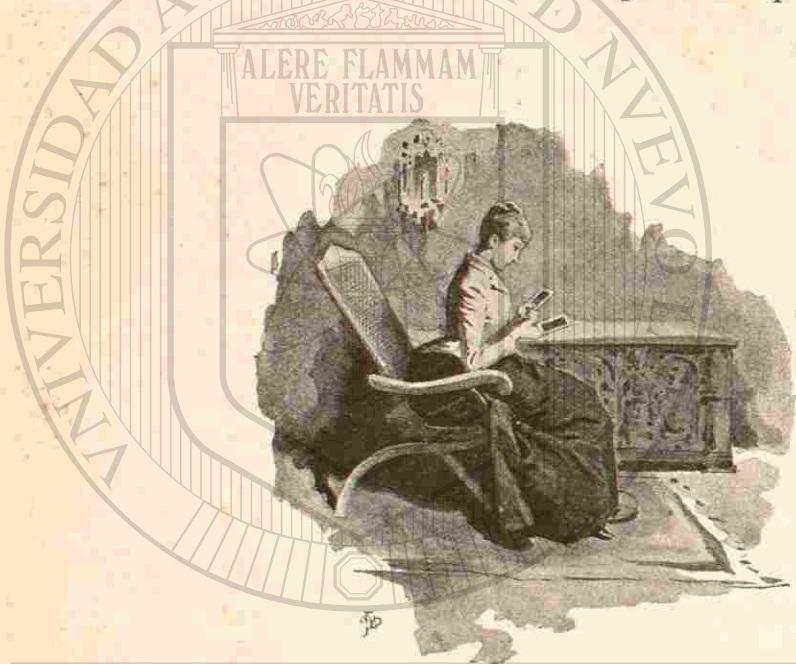
Nacho se enmendó algo, no en aquellos días, sino años después, cuando ya cursaba leyes y su prima, cendolilla de quince mayos, había ingresado en un colegio. La enmienda completa del mejicano era imposible, porque en aquel modo de escribir entraba Nacho entero y verdadero: así hablaba, así andaba y así comía. De estampa continuaba bien, muy bien: algo desmadejadillo y perezoso, pero guapo, muy guapo; y como seguía el cambio de retratos, no ya entre los padres, sino entre los hijos, directamente, si la sevillana había perdonado al primo muchos pecados de estilo en virtud de aquellas otras dotes físicas, también el mejicano, en vista de las extraordinarias de su prima, había sabido dispensarla el matraqueo de sus *guasas*, y con mayor facilidad las incurables faltas de ortografía. De intereses, como

la espuma los dos. Si á don Alejandro le salían redondos los negocios en que se metía, á su cuñado no le cabía ya el dinero en casa, según expresión de Lucrecia, ni á ella las carnes sobre el cuerpo. Era mucho engordar el suyo; y lo peor de todo, que no podía saber cuándo ni en qué pararía aquella marea de grasa; porque el apetito iba también en auge, y más bravo se le ponía cuanto más alimento se le daba. Por de pronto, nada le dolía; y fuera de no poder calzarse ni vestirse, ni acostarse por sí sola, andaba como un reló. También la tenía con algún cuidado el temor de que su gordura llegara á impedirle el proyectado viaje á la tierra nativa, cuya ocasión podía tocar ya con los dedos á poco que alargara el brazo, porque si á aquellas horas el caudal de su marido no daba para comprar á peso de oro toda Villavieja con sus inherentes y aledaños, no distaría de ello media talega...

Corrieron tres años más, al cabo de los cuales Nacho recibió la investidura de licenciado en Derecho, y Nieves quebrantó los cerrojos de su clausura para no volver

jamás á ella. Nuevo cambio de retratos entonces. El de Nachito con las hopalandas y el birrete del oficio, y el de su prima con todos los atalajes y arrequives de una mujer hecha y derecha. Le caía muy bien la vestidura aquella al mejicanillo. Luciría en estrados informando en una causa ruidosa, ante un público de ociosos, más ó menos criminales también, y de señoras distinguidas. No era el tipo del letrado grave, con cara de estuco y alma de papel sellado, revelada en unos ojuelos de vidrio, al compás de una voz campanuda y hueca, que va sacando, uno á uno, como del fondo del estómago, resobados sofismas de taracea que se hubieran insaculado allí después de usados por otros cien jurisperitos de igual corte. Nada de eso: Nacho, con sus ojos dulces y expresivos, su barbita sedosa, sus facciones correctas y finísimas, y su actitud elegante, podría no valer en el fondo un puñado de alfileres, porque chascos mucho más gordos dan ciertos diamantes falsos; pero *á la vista*, era el tipo del abogado nuevo, del abogado artista, que no anda por los caminos trillados de las clási-

cas y vetustas tradiciones forenses, sino por las cumbres espinosas y arriesgadas de los nuevos problemas jurídicos; de los que no usan los libros de la profesión para



ejercerla; de los que van á la Audiencia no á alegar, sino á demoler; no á invocar textos y razones del acervo común, sino á enredarse en teorías frenopáticas dentro

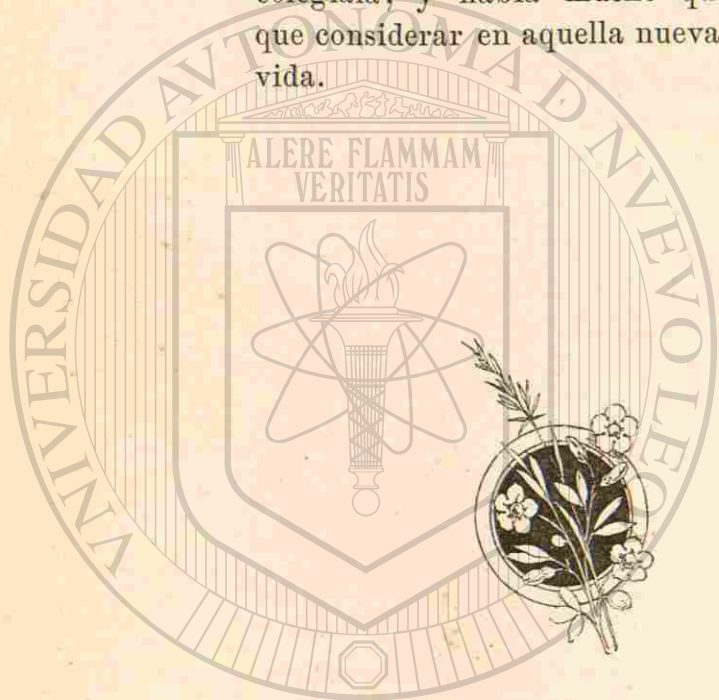
de un laberinto de disquisiciones antropológicas, para acabar declarando loca de remate á toda la humanidad que anda fuera de los manicomios, con el heroico fin de salvar del patíbulo, por loco irresponsable, al distinguido criminal á quien defiende, convicto y confeso y reincidente además.

Por supuesto que no son de la cosecha de Nieves estas señas que aquí se dan de su primito. No ahondaban tanto sus malicias todavía. Ella miraba la imagen por el único lado accesible á su vista juvenil y algo deslumbrada por los primeros resplandores del mundo á cuyas puertas acababa de llegar, recién salida de las del colegio; y mirándola por ese lado y de tal modo, se limitó á pensar de su primo lo que cabe en estas sencillísimas palabras:

— No está mal así.

En seguida se puso á contemplar su propio retrato con bastante mayor avidez que el de su primo. Nada más puesto en razón. Por vez primera se veía en verdaderos hábitos de mujer, sin el menor vestigio del

cascarón de la niña, ni de la librea de la colegiala; y había mucho que mirar y que considerar en aquella nueva fase de su vida.



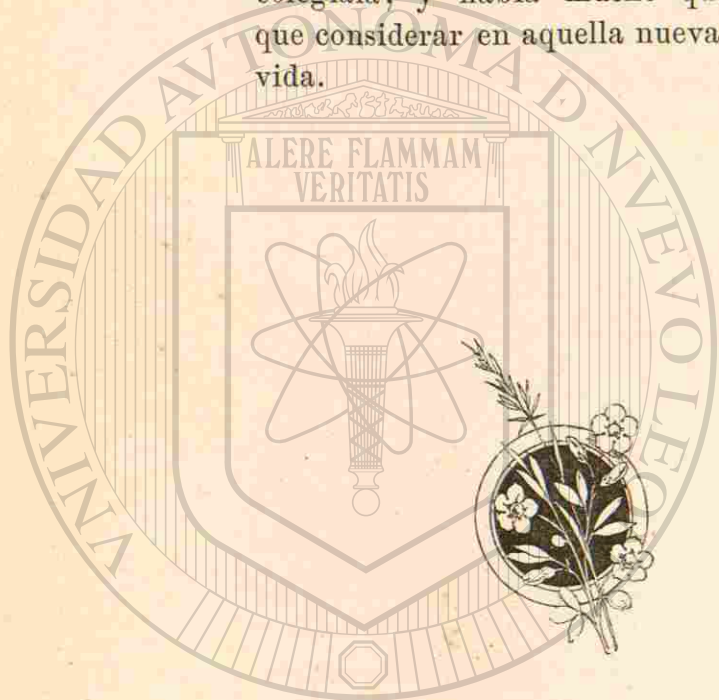
II

LA TESIS DE DON ALEJANDRO

DE grandes emociones fué para Nieves el día del estreno de aquellos hábitos para ir á retratarse con ellos; pero no tan hondas como las que sintió su padre en el momento de verla aparecer á la puerta de su gabinete, calzándose los guantes y diciéndole al mismo tiempo: «cuando quieras, papá», con una sonrisilla de ojos y de media boca (porque la otra media la tenía ocu-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cascarón de la niña, ni de la librea de la colegiala; y había mucho que mirar y que considerar en aquella nueva fase de su vida.



II

LA TESIS DE DON ALEJANDRO

DE grandes emociones fué para Nieves el día del estreno de aquellos hábitos para ir á retratarse con ellos; pero no tan hondas como las que sintió su padre en el momento de verla aparecer á la puerta de su gabinete, calzándose los guantes y diciéndole al mismo tiempo: «cuando quieras, papá», con una sonrisilla de ojos y de media boca (porque la otra media la tenía ocu-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pada con una penquita de albahaca) que venía á significar: «¿qué te parece de tu hija con estos flamantes atavíos?» Hasta entonces, en el colegio ó fuera del colegio, con los vestidos un poco más largos ó un poco más cortos, siempre había sido Nieves para su padre una niña, más alta ó más baja, más *hecha* ó menos *hecha*; pero una niña al cabo, «la niña», como él la llamaba hablando con su ama de llaves ó con el primero que se le ponía por delante; la niña, con los gustos y los deseos y el descuido propios y naturales de la edad del candor y de la inocencia; pero ¡canástoles! desde aquel momento crítico, con aquel talle ceñido y sutil que ponía de relieve formas, anchuras y redondeces jamás notadas por él; con aquel mirar receloso por debajo del ala del sombrero, medio borgeñón, medio macareno, y aquel cruji-
 de faldas y asomar, rozando el borde de la fimbria, de unos pies como almendras azucaradas, y aquel resbalar de la luz sobre las ondas de sus cabellos rubios... ¡canástoles! era muy otra cosa. En todo aquello había mucha más canela de la que se había él

figurado, y cabía más de otro tanto si se quería suponer. En aquella cabecita graciosa se reflejaban pensamientos de *cierta especie*, y en aquel cuerpo saleroso, latidos... ¡y vaya usted á saber! Pero señor; ¿en dónde había tenido el ojo bueno hasta entonces? Porque aquello no podía ser la obra repentina, el milagro de algunos jirones de tela y unos cuantos cintajos de más. No, ¡canástoles! aquello allá estaba de por sí, más adentro ó más afuera; pero allá estaba... No tenía duda: para estimar una estatua en todo su merecido valor, había que verla colocada en su pedestal. ¡Canástoles, canástoles, si daba que rumiar el caso, para un hombre de los



®

planes y de las ideas que él tenía en el meollo!

— Pues vamos andando, hija del alma, — contestó, como distraído, á la insinuación de Nieves, sin dejar de mirarla con su único ojo, muy abierto, ni de pensar lo que pensaba. — Te cae bien, bien de verdad, el atalaje ese que te pones por primera vez... ¡No, no, y llevar le llevas con una soltura!... ¡Canástoles con la chiquilla!... A ver, á ver por detrás... No te pares, no: sigue, sigue andando... ¡Mejor que mejor! ¡Canástoles con la criatura de antes de ayer!... A la calle ahora... Eso es... así se anda... como el sol y la luna... ¡Ajá!

Y la criatura aquella salía ya patio adelante entre la fuente y los rosales de las macetas, que en aquel momento solemne la saludaban, la una con sus rumores más blandos, y las otras con su fragancia más exquisita, mientras, desde la galería del piso, la vieja ama de llaves, rondeña de pura casta, la echaba *saetas*, lo mismo que si pasara la Virgen en la procesión de Viernes Santo.

El retrato *salió* bien, como tenía que salir con aquel modelo tan á propósito y aquel fotógrafo tan acreditado. Nunca don Alejandro lo había puesto en duda. Pero ¡qué le importaba á él en aquellos instantes el retrato de su hija? Lo que le importaba era lo otro, lo otro, ¡canástoles! lo que en su concepto no daba espera; por lo cual lo puso «sobre el tapete» en cuanto volvieron á casa los dos y tomaron un respiro.

— Repito lo dicho, hija del alma, — comenzó diciendo: — estás de perlas vestidita de mujer; vamos, como si hubieras nacido así...

— Si no he perdido la cuenta, — respondió Nieves, — me lo llevas dicho como treinta veces en menos de dos horas.

— Y estarás en lo cierto, si es que no te has quedado corta en la cantidad, — replicó su padre sin maldita la intención de bromearse; — porque es tema ese que no se me aparta del magín desde que asomaste por aquella puerta, pocas horas hace. Es cosa muy natural; ya ves tú, te dejo aquí colegialilla, como quien dice, y te encuentro

hecha una real moza dos pasos más allá. Soy tu padre; tú eres mi única hija: ¡qué canástoles ha de preocuparle á uno sino son esas cosas tan agradables y tan...? En fin, que estoy en lo mío estando en esas cavilaciones y con esos recreos del ánimo... Pero aguárdate un poco, que no voy á tomar punto de ello en esta ocasión para acabar de aburrirte con otra rociada de chicoleos... ¡Pues tendría que ver la ocurrencia, canástoles! ¡Ja, ja, ja! No, hija, no, cada cosa pide su sazón y su tiempo; y una idea salta porque la empuja otra que quiere saltar también; y así, de idea en idea, cuando uno menos se lo sueña, se halla con que ha formado un rosario de ellas que no tiene fin, y se ha visto y se ha revuelto entre los cascos medio mundo... ¿Eh?... ¿Te vas enterando tú?

— Ni esto, — respondió Nieves señalando con la uña del dedo pulgar la mitad de la yema del índice de su diestra.

— Pues ya irá saliendo el caso poco á poco, — dijo su padre echándose á reir y apoyando ambas manos sobre los respectivos muslos; — ya irá saliendo... Conque,

mucho ojo ahora, para que no se te pase por alto el hilo.

Nieves, á todo esto, no sabía si reirse ó si apenarse, porque lo cierto era que nunca había oído ni visto á su padre hablar de aquel modo, ni en aquellas trazas; y así sucedía que tan pronto enseñaba los dientes prietos y esmaltados, como fruncía el entrecejo, ó carraspeaba sin necesidad; pero sin apartar la mirada, entre curiosa y tímida, del ojo sano y algo cobardón de su padre.

— ¡Por vida del ocho de bastos! — exclamó éste interrumpiendo de pronto su descosido relato. — ¡A qué estoy yo dándote que cavilar y hasta que temer con estos recovecos y estas parsimonias, lo mismo que si pensara en salirte á lo mejor con alguna historia del otro mundo? ¡Ja, ja, ja! Pues estaría bueno eso, ¡canástoles! Nada, hija, nada: todo se reduce á una especie de recuento de cosas y de planes que yo pensaba hacerte dentro de unos días, y se me ha antojado hacertele ahora mismo, desde que he notado que no necesitas el aprendizaje ni de esos pocos días siquiera,

para desempeñar en regla tu nuevo pape-
lito de señorita formal... Y ahí tienes la
razón de los treinta y tantos piropos que
te llevo echados en un periquete... Espe-
raba verte con cierta inseguridad al prin-
cipio... ¿eh? con cierto encogimiento, y
hasta... En fin, al asunto, ¿qué canástoles!
que todavía, por el empeño de huir del
perejil, se me va á plagar de ello la frente.
Al caso, pues, he dicho; y el caso, sin más
rodeos, es este: hay dos modos... dos prin-
cipales, entiéndelo bien, de colarse por las
puertas del mundo: el uno de sopetón, y
el otro por sus pasos contados. Yo soy par-
tidario de este modo, y hasta le consi-
dero de necesidad, como el conocer letra á
letra el silabario para aprender á leer de
corrido y como se debe. ¿Estás tú? Pues
bueno. Tú sales del limbo ahora; te coge
una modista que lo entiende, te emperejila
y engalana á uso de mujer que es hija de
padre rico y bien relacionado en la tercera
capital de España, y me dice á mí: «ahí
está esa alhaja, paradita para brillar
entre las más resplandecientes. Déla usted
el pase, y adentro con ella...» «Poco á

poco», respondo yo entonces, no á la mo-
dista, sino á ti, que lo has oído: «á la parte
de allá de esa puerta hay mucho bueno;
pero también mucho malo: lo uno y lo otro
tienta y seduce por igual, y todo ello anda
revuelto y salta á los ojos voraces, hecho
una ensalada. Hay, por consiguiente, que
aprender á mirar, y que educar y fortifi-
car el estómago antes de colarse ahí con
la posible seguridad de que no se nos dé
gato por liebre á lo mejor del cuento...»
¿Estás tú? Pues aplica ahora el símil á la
realidad del caso nuestro, y te digo: mira,
Nieves, yo, en tu lugar, á tu edad, en tu
posición, con tus racionales esperanzas de
una larga y regalona vida, tan regalona
como decorosamente quepa en una mujer
honrada y de buena y cristiana educación,
no comenzaría á gustar los placeres lícitos
del mundo por lo más revuelto y lo mayor,
sino por lo más tranquilo y más pequeño;
no me expondría á corromper mis buenos
instintos con los aires viciados y los ejem-
plos peligrosos de la vida social de las
grandes ciudades, sino que me prepararía
debidamente con otros aires más puros y

otros ejemplos más... vamos, más... ¡Canástoles! pongámoslo en plata y acabemos: quisiera yo, Nieves de mi alma, que, ante todo, nos fuéramos, pero en seguidita, por una temporada tan larga como pudieras resistirla tú, á Pelechés, al solar de tus mayores, donde yo nací y deseo morir, cuanto más tarde, por supuesto; á Pelechés digo, donde no has estado nunca, porque la fuerza de las cosas lo ha querido así, no porque á mí se me haya pasado por alto la necesidad, como te consta por lo que me has oído lamentarlo á cada instante. ¡Oh, y cómo había de lucirnos en el cuerpo y en el alma esta determinación llevada á cabo en ocasión y en época tan oportunas! Sin obligaciones escolares tú, desligado yo de las trabas de mis negocios apremiantes, porque, en previsión de este caso, he ido arreglando las cosas á mi gusto con el sosiego y el pulso necesarios; libre tú, libre yo, con el tiempo y el dinero de sobra en aquella comarca tan alegre y tan saludable... Pelechés, por sí, no es gran cosa para divertirse una mocita como tú; pero á dos pasos está la villa donde hay un poco

de todo lo que hay aquí, hasta gentes bien educadas, con su correspondiente sociedad y respectivas diferencias de nivel; pero sencillo y noble y aun patriarcal si se quiere; y además de ello, pintorescas y sanas costumbres populares, horizontes admirables y ambiente salutífero. De todo ello te puedes henchir, hija mía, sin el menor riesgo de que te perjudique ni en la salud física ni en la moral; antes al contrario, caerá como fecundante rocío sobre la hermosa primavera de tu vida, y dando mayor firmeza y desarrollo á lo mucho bueno que ya tienes, hará que sea mejor que ello todavía lo que vayas acopiando. Ya sabes la fe que tengo yo en ciertos principios de higiene, aun puestos en práctica en los sitios y ocasiones menos á propósito para acreditarlos. No tiene escape, Nieves: dame un aire puro, y yo te daré una sangre rica; dame una sangre rica, y yo te daré los humores bien equilibrados; dame los humores bien equilibrados, y yo te daré una salud de bronce; dame, finalmente, una salud de bronce, y yo te daré el espíritu honrado, los pensamientos nobles y las cos-

tumbres ejemplares. *In corpore sano, mens sana*. Es cosa vista... salvo siempre, y por supuesto, los altos designios de Dios. Me lo has oído muchas veces; y no podrás negarme que durante tu niñez, á falta del aire libre de mi tierra, te has sorbido la mitad del que corre á caño suelto en los paseos más desahogados de Sevilla. Pues si la receta no falla ni en naturalezas miserables y enclenques y de mal enderezados pensamientos, ¡qué prodigios no obrará en la tuya que es modelo de naturalezas ricas, nobles y bien equilibradas? Miel sobre hojuelas, hija mía... Para concluir de una vez: véate yo en Peleches alegre y satisfecha y triscando como suelta cabritilla, aclimatada á aquellos lugares y aquellas costumbres medio bravías y medio urbanas, y de tu cuenta dejo el señalarme entonces el día y la hora para hacer tu presentación al mundo ruidoso de las grandes capitales... Con el temple de las armas que hayas adquirido de ese modo, que te entren moscas aquí... ni en San Petersburgo... Y este es el caso, mondo y lirondo.

Dicho esto, afirmó otra vez don Ale-

jandro las manos en los correspondientes muslos, y con el ojo bueno clavado en los de Nieves y la cara muy risueña, se dispuso á recibir la contestación.

Que no se hizo esperar mucho, porque precisamente le estaba retozando á Nieves en los labios y en los ojos y en todo el cuerpo, vuelto á su ordinaria tranquilidad, mucho antes de que diera fin el pintoresco discurso de su padre.

— ¡Valiente caso!—dijo echándose á reir de todas veras.

— ¿Por ahí le tomas?—exclamó su padre muy gozoso también, aunque no poco sorprendido.

— Y ¿por dónde sinó?—replicó su hija. — ¡Pues si he estado ya á pique más de dos veces en estos últimos días, de pedírtelo como un gran favor! ¿No conoces bien mis gustos?

— ¡Canástoles!... De manera que todo lo que te he estado predicando...

— Sermón perdido, papá del alma... ¡Y cuidado que te había salido bien! ¡Qué lástima!

— ¡Aduladora! Pues mira, aunque mis

sudorcillos me había costado, por bien perdido le doy.

— ¡Eso es ser rumboso!... ¿Y no tienes que pedirme algún otro favor por el estilo?

— Mujer, — respondió Bermúdez, después de dudar unos instantes y rascándose un poco la cabeza con un dedo; — tanto como favor, no diré; pero otro ratito de plática amistosa, nada más que amistosa, del corte de la presente, puede que sí.

— ¿Sobre Peleches también? — preguntó Nieves frunciendo un poco el entrecejo monísimo.

— Precisamente sobre Peleches, tomado como punto principal de la plática, no.

— Y ¿ha de ser ahora mismo la plática esa?

— Tampoco, — respondió don Alejandro, volviendo á dudar y á rascarse. — Dentro de unos días, si se me ocurre y viene á pelo; porque te advierto para tu tranquilidad, que no es asunto de vida ó muerte para ti ni para mí... Hablar por hablar, como el otro que dijo, y cosas de señor mayor... porque ya voy subiendo los cincuenta y cinco arriba, hija del alma; y hay

que tenerlo todo presente á estas alturas, y mirar á muchos lados, por si á lo mejor se le van á uno los pies... y sanseacabó el viaje de repente ¡canástoles!

— Vaya, — dijo aquí Nieves, con un gesticillo muy gracioso, — hazte el ancianito ahora y ponme triste á mí.

— ¡Eso sí que fuera una gansada de órdago! — exclamó Bermúdez formalmente indignado contra sí mismo, — y sin maldita necesidad, porque, hoy por hoy, siento retozarme en el corazón la vida de los treinta años... Es la pura verdad, créemela por estas que son cruces. Dije eso... por decir.

— Pues por decir dije yo lo otro, inocente de Dios, — respondió Nieves á su padre, dándole un



10476

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

beso en la mejilla correspondiente al ojo huero.

— Pelillos á la mar entonces, — concluyó, casi llorando de gusto, el buen Bermúdez Peleches, y pagando el beso de la hija con otro muy resonado.

— De modo, — añadió ésta, quedándose delante de la silla que antes había ocupado, — que no hay más asuntos que tratar por ahora entre los dos?

— ¿Por qué lo preguntas?

— Porque tengo que hacer en otra parte de la casa... Ya ves tú: la señora de ella, y lo mejor del día gastado en conversación...

— ¡Canástoles, lo que voy á salir yo ganando con una ama de gobierno tan hacendosa como tú!... Pues respondiendo á tu pregunta, digo que no hay más asuntos.

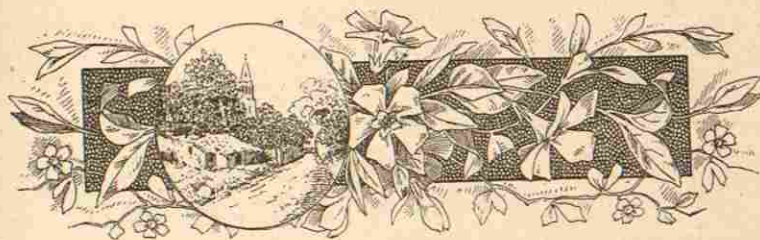
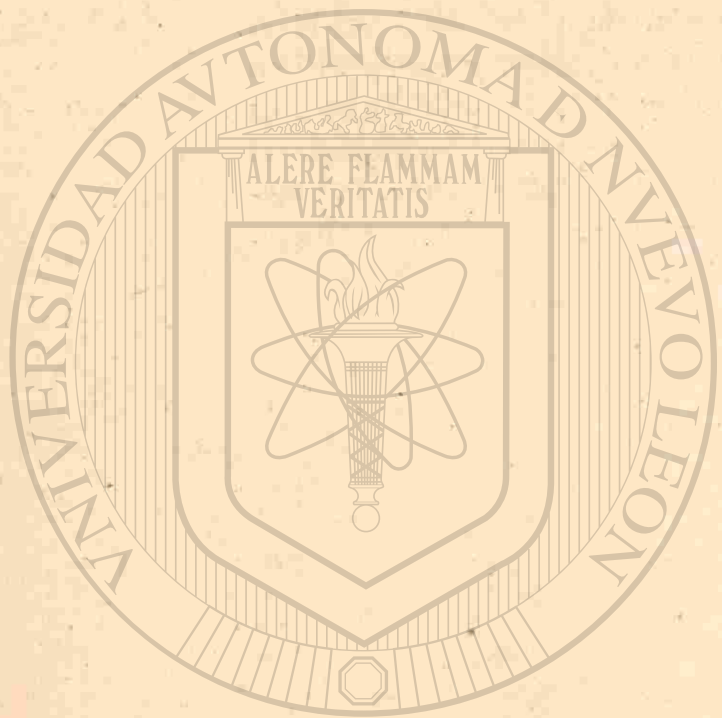
— Hasta luego entonces.

— Hasta siempre, hija del alma... ¡Ah! por si se me olvida después: ya sabes que el primer ejemplar de tu retrato ha de ser para los de Méjico. El *suyo*, á la hora presente, debe de estar ya si toca ó llega.

Se dió por enterada Nieves con un movi-

miento de cabeza sin volver la cara, y salió de la estancia. Su padre salió también, pero con rumbo opuesto, y se encerró en su despacho en el cual escribió una muy extensa carta, que mandó más tarde al correo, con sobre dirigido «Al Sr. D. Claudio Fuertes y León, comandante retirado, en Villavieja».





III

EL OJO DE BERMÚDEZ PELECHES

EL retrato de Nacho llegó á Sevilla, días andando, con una carta del flamante jurisperito para Nieves, y otra de su madre para don Alejandro, y la fotografía de Nieves salió para Méjico con una carta de ésta para su primo, y otra de su padre para Lucrecia.

Lo de esta hembra denodada, había lle-

gado ya á su grado máximo. Para escribir lo poco que escribía á su hermano, tenía que ingeniarse metiendo la barriga debajo de la mesa; y aun así apenas alcanzaba con la mano al papel. Era una boya que no cabía ya en ninguna parte, ni concebía otra postura, relativamente cómoda, que la de las boyas, flotando, la cual era irrealizable, tan irrealizable como su viaje á España, si Dios no hacía el milagro de enflaquecerla una tercera parte cuando menos, en lo que faltaba de primavera, para poder embarcarse en los primeros meses del verano. Poniéndose en lo peor de lo probable, era cosa resuelta ya que viniera Nacho solo á conocer á su familia de España, y á dar, de paso, un vistazo á lo más importante de los Estados Unidos y de Europa. Tal era el proyecto acordado allá, y se realizaría á mediados del verano. También Nacho hablaba de ello á su primita; pero ¿en qué términos?

Esto es lo que deseaba averiguar don Alejandro; porque es de saberse que Nieves, desde dos años atrás, no leía á su padre las cartas que la escribía su primo, ni tampoco

los borradores de las que ella le escribía á él. Los dos hermanos Bermúdez Pelechés continuaban en perfecto acuerdo sobre cierto plan forjado desde que los respectivos hijos eran pequeñuelos. Pero ¿conocían los hijos los proyectos de sus padres? ¿Los tenían por buenos y los habían aceptado con gusto? Don Alejandro podía jurar que de sus labios no había salido una palabra dirigida á Nieves, con intento de descubrirselos. Su hermana Lucrecia aseguraba lo propio con relación á su hijo. ¿Sería verdad? Y siéndolo, ¿habría nacido la misma idea entre los dos primos, á fuerza de cartearse y de cambiarse los retratos... ó por obra de ciertos diablejos desocupados que se divierten trayendo y llevando por los aires é ingiriendo en este oído y en el otro el rumor de las confidencias más secretas, y hasta el polvillo de los pensamientos mejor guardados? En su concepto era llegada la hora, medio anunciada días atrás á su hija, de tratar con ella de este peliagudo caso. La fortuna se la puso á tiro, en el acto de colocar Nieves el retrato de su primo en un elegante marco de *peluche*.

rojo, y tomó pretexto de ello para entrar en materia...

— Te repito — la dijo — que le está de molde el vestido ese.

Nieves, sin volver la cara hacia su padre, alejó el retrato que tenía puesto ya en el marco; y después de contemplarle unos instantes con los ojos un poco fruncidos, plegó otra vez el brazo y respondió con la mayor indiferencia mientras dejaba el cuadro sobre el mueble más próximo:

— No está mal así.

Lo propio que ya había dicho otra vez, como se recordará, y sin que nadie se lo preguntara.

Con igual frescura y la misma indiferencia, respondió al largo y malicioso interrogatorio con que su padre la estuvo asediando un buen rato.

— Y ¿qué tal de estilo? — llegó á preguntarla. — ¿Se ha corregido algo de aquellas melopeas guachinanguitas desde que yo no leo sus cartas?... Porque bien sabes tú que, de dos años acá, lo menos, ya no me las enseñas, como me las enseñabas antes... ¡Picarona!

Ni por esas. Nieves no se puso colorada ni se apuró lo más mínimo. Respondió lisa y llanamente que allí estaban las cartas, si quería leerlas, y que si no le había ense-



ñado las recibidas durante los dos últimos años, consistía en que precisamente era ese el tiempo corrido desde que ella había caído en la cuenta de que no tenía sustancia maldita la retórica de su primo.

¡Canástoles! ¡y se lo decía tan fresca y tan...! Pues para fingimiento y embustería, ya pasaba de la raya aquello; y si le hablaba en verdad, le quedaba por andar todo el camino para llegar adonde se dirigían él y su hermana desde tiempos bien lejanos. ¡Por vida de...!

Tocó en seguida otro registro nuevo: Peleches. Cómo era aquella casa, qué habitaciones tenía, cuál de ellas sería más á propósito para Nacho y cuál para ella, para Nieves, según lo que aconsejaba el buen sentido... y también las circunstancias. (Esto de las circunstancias lo subrayó muy fuerte, hasta temblarle un poco la voz y los párpados del ojo bueno.) Nieves bajó entonces un tantico los suyos; y mientras daba golpecitos con los dedos de su diestra en el cristal del retrato de su primo, con la otra mano deshojaba, sin percatarse de ello, una de las flores del manojito que llevaba prendido sobre el pecho. Por allí dolía, según las señales que no pasaron inadvertidas para el ojo de Bermúdez. Pues ¡duro allí, canástoles, hasta que sangrara! Y se ensañó el buen hombre, fantaseando

cuadros domésticos, idílicos y bucólicos; pero ¡cosa rara! cuanto más clamoreaba la zampoña de Virgilio y Garcilaso, más indiferente y fresca iba mostrándose Nieves. ¡Cómo demonios era aquello? Acabó por perder la paciencia y los estribos, y se tiró á fondo con estas preguntas:

— En fin y remate de todo este fregado, hija mía: á ti ¿te interesa algo ó no te interesa la venida de tu primo? ¿te da igual que viva con nosotros ó con los parientes de Villavieja? ¿que coja ley á la casa y á las personas de Peleches ó que no se le dé un ochavo de cominos por ellas? ¿que se marche aburrido á los ocho días de llegar ó que no se deje arrancar de allí ni con azadones y agua hirviendo? ¿que sea un borreguito de mieles para ti ó que no le merezcas mayor estima que un costal de paja? Responde, y entendámonos.

Como el ojo de Bermúdez flameaba algo y su hablar era vehemente y su acento un poco duro, Nieves, con estos síntomas y bajo el peso abrumador de tantas y tan delicadas preguntas, quiso responder, pero con la debida cordura, y no supo. Ataru-

góse mucho, sofocóla el trance inesperado, y acabó por no saber de qué lado sentarse ni en qué sitio fijar la vista de sus turbados ojos.

— Entendido, hija mía, entendido, — exclamó al punto su padre, que no desperdiciaba síntoma ni detalle. — Entendido de pe á pa, como si los mismísimos angelitos del cielo me lo cantaran al oído. Entendido — añadió levantándose de la silla en que se sentaba — y no se hable una palabra más. ¡Ah, qué torpe y qué simple y qué bárbaro fui empeñándome en que se me pusiera en las palmas de las manos lo que no debe ser mirado sino con los ojos de allá dentro!... ¡Qué sabes tú de esas cosas tan quebradizas, tan escondidas y tan hondas, ni con qué vergüenza te atreves á echarles la zarpada brutal para revolverlas y profanarlas?... Perdóname, hija mía, siquiera por la honrada intención que tuve al ponerte en el apuro en que te puse. Quédate con tu secreto que te acredita de juiciosa, y no se habla más de esto hasta que tú lo desees. A mí con lo callado me basta. Un beso ahora para sellar las paces, y adiós.

Se adivinan la temperatura del beso y la calidad de la sonrisa con que despidió Nieves á su padre.

El cual, andando hacia su despacho, resumía y salpimentaba de este modo los frutos de su terminada indagatoria:

— Se ve y se palpa. No cabe la menor duda. Está en inteligencia perfectísima con su primo; y no por sugerencias extrañas ni por consejos officiosos de nadie, sino por nacimiento espontáneo, ó providencial, de esa idea ó de ese sentimiento, en la cabeza ó en el corazón de entrambos; circunstancia que dobla el interés y el valor de la cosa. Nachito, según las incesantes afirmaciones de su madre, no tiene tacha en su moral, y según lo declaran bien palpablemente sus retratos, tampoco la tiene en su físico. De caudal, no se hable: será una mina de oro acuñado. Nachito, con estas condiciones y prendas tan ventajosas, hoy por hoy, entiéndase esto bien, hoy por hoy, reina en el corazón y en la cabeza de su prima. La cabeza y el corazón de Nieves, hoy por hoy... hoy por hoy digo, están como dos tablitas de cera virgen: lo

que en ellas se imprima, allí se quedará por los siglos de los siglos, si no se borra con la impresión de otro muñequito nuevo que estampe alguna mano alevosa. Un padre, de los ramplones de tres al cuarto, no hubiera parado mientes en este particular delicadísimo; y por lo mismo que veía á su hija precozmente desarrollada en lo físico y en lo intelectual; por lo mismo que la veía transformada, de la noche á la mañana, en mujer, y en mujer donairosa, elegante y llamativa, con todos los elementos á propósito para brillar y divertirse honradamente en el mundo, «al mundo con ella antes con antes», se habría dicho; y en el mundo la habría zambullido de golpe y porrazo... ¡Ah, padre bobalicón y mal aconsejado! ¡Quién es capaz de predecir lo que será de los pensamientos y de las inclinaciones y hasta de los caprichos de tu hija, respirando un ambiente que jamás ha respirado, y sin armas para defenderse en una región que nunca ha visto, llena de tentaciones y de estímulos que han de cebarse en su desapercibida naturaleza, como los mosquitos en el almíbar? Y si tienes en

algo lo que lleva ya estampado en sus tablitas de cera, ¡quién te asegura á ti que no será borrado por la impresión de otra cosa, y que esta nueva impresión no resultará llaga maligna y enfermedad incurable? Pues bien: yo, aunque con un ojo solo, he guipado más que tú, que tienes los dos servibles, en ese delicado particular; y porque vi á Nieves precoz y que tenía algo que guardar en su almarío, algo muy bien estampado en sus tablitas de cera, precisamente por eso, en lugar de meterla ahora en las bullangas del mundo y sus esplendores engañosos, me la llevo á las soledades de Peleches, donde corre el aire libre y puro, y hay luz sin estorbos y naturaleza en toda su grandiosidad, para que nutra la sangre y fortalezca el espíritu, y se endurezca la cera y no se borre á tres tirones lo que en ella hay estampado; á Peleches, ciego, á Peleches, donde ni en ambiente ni en costumbres se hallará, aunque se busque de intento, cosa que pueda tentar á la inexperta doncella para torcer y malear la índole de sus ideas ni la dirección de sus juiciosos pensamientos. Y si al fin de la

jornada resulta que no merece su primo los que ella le viene consagrandó, tanto mejor para que lo conozca así y no la mate ni la alucine la pesadumbre... ó el despecho del desengaño. Esto es jugar á pulso y con tino y delante de la cara de Dios; esto es, en suma, llevar las precauciones y el celo y el tacto hasta donde humanamente pueden llevarse. Con ello cumplo como padre avisado y como padre cariñoso; y así me encuentro satisfecho, lo que se llama satisfecho hasta la hartura... ¡Canástoles! y á la porra lo demás.

Pues bueno: si las exploraciones de don Alejandro Bermúdez Pelechés en los profundos de la conciencia de su hija, tan alarmantes por lo aparatosas, las hubiera hecho, con su llaneza habitual, Virtudes, por ejemplo, la íntima de Nieves en el colegio, Nieves, por derecho y á la buena de Dios y con el laconismo que ella usaba, habría satisfecho la curiosidad de Virtudes en la siguiente forma, palabra más ó menos:

— Desde que sé leer y escribir, tengo yo sospechas de que papá y mi tía Lucrecia

quieren que sirvan *para algo* las cartas y los retratos que nos mandamos tan á menudo Nachito y yo. Chiquitín era él, y ya me requebraba. Se lo reprendí muchas veces, no precisamente porque me requebraba, sino por el modo de requebrarme. ¡Me decía unas cosas tan pegajosas! Figúrate que hasta me llamaba *huerita*, porque soy rubia. Él tomaba las reprensiones á broma, y apretaba el requiebro; y papá, que entonces leía las cartas, las que iban y las que venían, celebraba mucho estas peleas y me aseguraba que, con el tiempo, irían teniendo más sustancia los donaires de mi primo, y que entonces ya me gustarían. Por de pronto me ponía en las nubes su hermosura, y me leía las cartas en que su madre le ponía sobre el sol, por el cuerpo y por el alma. No tenía pero ni por dentro ni por fuera. A mí lo mismo me daba. Creímos los dos, él entró en la universidad y yo en el colegio. Como pollo guapo, lo era de verdad entonces; y por lo que toca al estilo, algo se había corregido en lo meloso, pero todavía se pegaba. En el colegio hay que entregar y que recibir abiertas las

cartas, para que se entere de su contenido la Madre que entiende en esas cosas. Pues á mí me las recibían y me las entregaban cerradas, por encargo terminante de papá; con esto y con haberme advertido él que no interrumpiera mi correspondencia con Nachito á pesar de mis ocupaciones de colegiala, me afirmé más en creer que algo se andaba buscando en el empeño de que nos carteáramos á menudo y en secreto el mejicanito y yo. El tal mejicanito, según iba creciendo y estudiando, iba ahondando, aunque no mucho, en los asuntos de sus cartas; pero á mí me seguía sonando todo ello á música de gomoso, y por ese lado me despachaba con él. Así llegamos los dos, Nacho al fin de su carrera y yo á salir del colegio, sin haberme dicho él nunca cosa alguna en serio y formalmente, y sin echarla yo de menos ni extrañarme de que no me la dijera. Que continúa siendo guapo y hombre de bien y es muy rico, y va á venir á España para vivir con nosotros y conocer á su familia... no me pesa nada de ello. Que viene con intenciones declaradas de que resulte lo que yo sospecho que

se han propuesto sus padres y el mío... eso será lo que sea y según yo esté de humor, y me llene él ó no me llene. Que estando así las cosas, le desfiguran las viruelas, ó resuelve no venir ni acordarse más del santo de mi nombre... pues tal día hará un año. Sentiré lo de las viruelas, como se siente una desgracia en un amigo que es pariente además; pero en cuanto á lo otro, una agradable curiosidad de menos, y santas pascuas.

— Corriente, — diría entonces la curiosa Virtudes, deseando conocer hasta el último escondrijo del almario de su amiga. — Nada te inquieta, nada te apura, y vives en la mayor tranquilidad, por lo que toca á tu primo el mejicano; pero á la edad en que te hallas, con la salud y la belleza que posees, recién salida de la prisión del colegio, lo adorada que te ves de tu padre, tan rico y tan complaciente y tan campechano, ¿qué demonio es el que más te tienta ahora?... Porque alguno ha de tentarte, ó es mentira que el demonio no sosiega. ¿Cuál es tu mayor ambición por de pronto? ¿qué es lo que con mayores ansias apetece y deseas?

Sin titubear hubiera respondido Nieves:

— Aire, luz, independencia, ruido de arboledas y música de pajarillos. Sé que hay grandes ciudades llenas de maravillas, para admiración y recreo de las personas ricas y desocupadas, y que las mujeres de nuestra clase brillan y gozan entre los placeres de su mundo. Todo eso está bien donde está, pero hoy no me tienta, porque no lo echo de menos todavía. Si me metieran entre ello, lo aceptaría sin grandes repugnancias; pero puesta á elegir, me quedo con lo otro que me gusta más ahora, y sin temor de que me engañe el pensamiento, porque bien sabes tú que siempre fuí muy inclinada hacia ese lado. Y no hay más.

Y no lo había, realmente, en los adentros de la pobre muchacha, tan mal comprendida por su padre en ese particular... y en algún otro, pues no debe olvidarse que el arrechicho gordo de don Alejandro Bermúdez Peleches, nació de haberla visto, de súbito, vestida de mujer, con unos fulgores y unos centelleos y un poder incendiario que le metían miedo; y hay que dejar bien

declarado, hasta por obra de justicia, que no había en la naturaleza física de Nieves el menor detalle que no estuviera en cabal armonía con el sosegado equilibrio y la honrada disciplina de su conciencia moral.

Efectivamente: ese equilibrio y ese sosiego y esa honrada disciplina, y no otras cosas más feas, acusaban el tranquilo y hondonar de sus rasgados ojos azules, su boca tan bien plegadita y tan fresca; la blancura nacarada de su tez, la riqueza sobria y elegante de los contornos de su busto, la finura de su talle



®

y el aplomo reposado y la gallardía de su andar.

No era alta ni daba en cara por hermosa; pero sí por *interesante* en sumo grado. La única nube que oscurecía á menudo la transparente claridad de su semblante, era un repentino fruncimiento de su lindo entrecejo; pero este detalle, como efecto mecánico de una extremada sinceridad de pensamientos y de impresiones, no daba á la expresión de su mirada el menor acento de dureza. Era sana como un coral, muy ingenua, sobre todo, y diligente y animosa. Pintaba un poco, tocaba regularmente el piano, y leía con gusto los buenos libros de imaginación. No era una artista; pero sentía y saboreaba el arte á su manera.

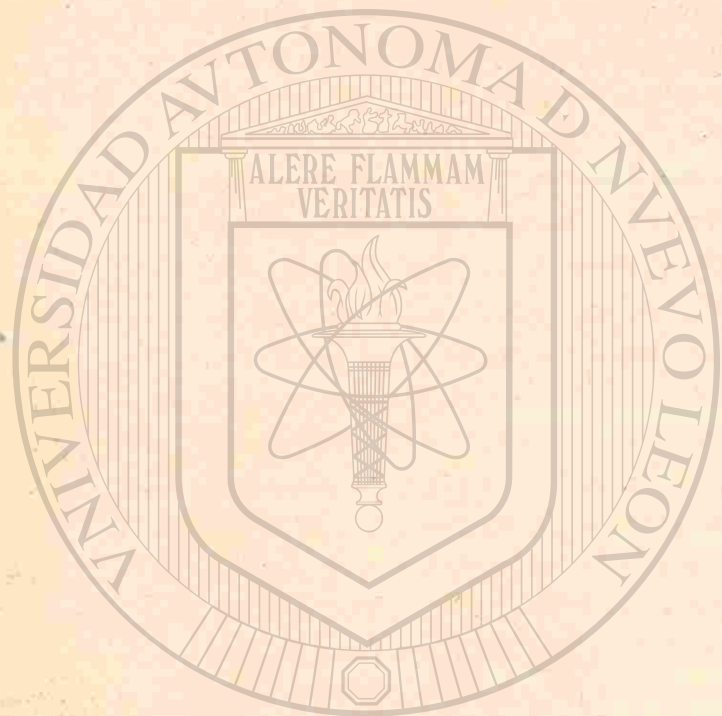
¡Y el bendito de su padre, sin acertar á leer lo que estaba tan á la vista en aquel libro tan abierto!

Pensando como se ha visto, llegó Bermúdez á su despacho; y manoseando la correspondencia que el ama de llaves había dejado sobre su pupitre mientras andaba él á caza de los secretos de Nieves, topó con una carta que traía el sello de la adminis-

tración de correos de Villavieja. Alegróse mucho de ello, y se sentó para leerla con toda comodidad, porque prometía, por el bulto, ser bastante larga.

Abrióla, y lo era en efecto. La firmaba don Claudio Fuertes y León, y decía lo que podrá ver el lector, si es curioso, en el siguiente capítulo.





IV

DE LO QUE ESCRIBIÓ DESDE VILLAVIEJA
DON CLAUDIO FUERTES Y LEÓN, Á DON ALEJANDRO
BERMÚDEZ PELECHES

MI amigo y señor: quedan en ejecución y serán cumplidas conforme á los deseos de usted, las órdenes que se sirvió darme en su favorecida carta última, lo propio que lo han sido ya las que me ha ido comunicando en sus tres gratas anteriores, «en previsión», como usted decía, «de lo que pudiera suceder el día menos pensado». La

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

noticia de que, al cabo, sucederá con entera certidumbre y en fecha no lejana, que también me fija usted, me ha servido de grandísima satisfacción. Quédame, sin embargo, el temor de que le engañen á usted algo los deseos en cuanto comience á realizarlos en esta vetusta y apolillada soledad, al cabo de tantos años de rodar por el mundo y de residencia en una de las ciudades más hermosas y florecientes de él. Cuando menos, es muy de recelar que, si no usted, porque ha nacido aquí y lo conoce bien y lo ama, pues lo arraigó en su corazón siendo niño, la señorita Nieves, que se halla en muy distinto caso, se aburra á los cuatro días; y en aburriéndose ella, ayúdeme usted á sentir. Pero á esto me replicará usted que me meto en lo que no me importa, y á buena cuenta le pido mil perdones por el atrevimiento.

»Cuando venga usted verá que se ha sacado todo el partido posible del deteriorado palacón, y que no pegan del todo mal, después de las reparaciones hechas en él, aunque de prisa y corriendo y con los pocos y malos elementos que aquí hay,

el piano y los demás muebles, trapos y cachivaches que usted me ha ido remitiendo, en los lugares que ocupan, según sus minuciosas instrucciones. En pliego adjunto le envió una nota bien detallada y comprensiva de todas las mejoras efectuadas en Pelechés bajo mi dirección, para gobierno de usted antes de salir de Sevilla. Celebraré que le satisfaga.

»Dicho esto, paso á cumplir lo más peliagudo de todas las comisiones que he tenido el gusto de recibir de usted desde el día en que me honró con el cargo de apoderado suyo en este término municipal. Díceme usted que le envíe abundantes noticias, que sean así como á modo de pintura fiel de Villavieja en su estado actual, mirada por fuera y por dentro, porque hace muchos años que la ha perdido usted de vista y desea, cuando á ella vuelva, no pisar como en terreno desconocido. Con la seguridad de hacerlo mal, pero con el propósito firme de servirle á usted fielmente, allá va, á la buena de Dios, la pintura que me encomienda; y «si sale con barbas, san Antón...»

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA DE CIENCIAS Y LETRAS
FACULTAD DE CIENCIAS Y LETRAS
MONTERREY, MEXICO

»Si le dijera á usted que Villavieja estaba en el propio ser y estado en que usted la dejó tantos años hace, le engañaría á usted y adularía á Villavieja; porque, en rigor de verdad y cumpliendo la ley de su destino, tiene de peor que entonces el estrago natural del tiempo transcurrido, y el de las miserias y la incuria de sus habitantes. De mejor, ni un ladrillo, ni un clavo, ni una teja. Lo que á la salida de usted estaba temblando, se ha venido al suelo, y mucho de lo que estaba firme y erguido entonces, se tambalea ahora preparándose para caer, ó escarbando para echarse, como en casos parecidos se dice por acá. De pueblos de secano que tuvieron grande importancia en tiempos remotos y hoy son montones de ruinas solitarias ó poco más, abundan los ejemplos; y hay razón para que abunden, porque entonces se guerreaba y se vivía de cierto modo, y los lugares más altos y más inaccesibles ó de más fácil defensa, eran los preferidos para fundar pueblos; al revés de lo que acontece hoy por exigencias de nuestro modo de vivir; pero ejemplos de puertos de mar, de pobla-

ciones costeñas, que vayan de mal en peor desde medio siglo acá, no conozco más que uno, el de Villavieja. No parece sino que se le dió el castigo con el nombre que se le puso. A este propósito le diré á usted que he registrado los archivos municipales, los eclesiásticos y hasta desvanes particulares con el fin de averiguar algo sobre la fundación de esta villa y el origen y fecha de su nombre, y que nada he conseguido. Con decirle á usted que ni siquiera figura en el mapa de España que hay aquí en la escuela pública, está dicho todo. Si se hace uno cruces al notar aquella falta de rastros históricos donde tanto debieran abundar, le dicen los doctos villavejanos: «eso y más de otro tanto destruyó *la francesada*». «Corriente, se les replica; pero ¿en qué consiste lo del mapa? ¿por qué no figura este puerto en él?» A estas preguntas responden que también eso es obra de los franceses, por rencores de otros tiempos, es decir, de los tiempos «de la francesada». Aquí anda «la francesada» todavía tan fresca y tan rozagante como si hubiera pasado por Villavieja antes de ayer. Replíqueles usted

que el mapa ese y otros tales no están hechos en Francia, sino en España. Lo negarán en redondo, porque no conciben en los españoles que no sean villavejanos, talentos tan considerables; y si alguna excepción le admiten, sostendrán que la omisión se ha hecho, se hace y se hará en ese mapa y en todos los mapas, por envidias y malquerencia de la gente de Madrid. El caso es que se ignora por qué se bautizó á esta villa, al nacer, con el calificativo de *vieja*, ó si se le dió más tarde á título de mote expresivo. Lo que no tiene duda es que el nombre, ó la maldición ó lo que sea, le cae á maravilla.

» Tiénese, y tengo yo también, por causa principalísima de este mortecino estado de cosas, la inextinguible y tradicional enemiga que existe, como usted sabe, entre los Carreños de la Campada y los Vélez de la Costanilla, los dos principales barrios, según usted recordará, bajo y alto, respectivamente, de Villavieja. Estas dos familias que tuvieron cierta relativa importancia fuera de aquí, y aquí mucho prestigio siempre, han podido, y aun hoy que han venido

muy á menos, podrían, hacer ó conseguir que otros hicieran algo bueno y beneficioso para la localidad; pero precisamente les ha dado la calentura por ahí; es decir, por estorbar, por destruir los de arriba cuanto proyectan ó discurren los de abajo, y viceversa; y de este modo unos por otros, se va quedando la casa por barrer. Añádase á esto que Villavieja nunca ha podido agenciarse un valedor en Madrid ni en la capital de la provincia; que la carretera nacional pasa á media legua de distancia de la villa, sea porque los ingenieros no tuvieron noticia de nosotros cuando la trazaron, ó porque nos concedieron escasísima importancia; que la provincia no ha querido construir ese pequeño ramal de empalme, y que este municipio no ha logrado mejorar debidamente la áspera senda que hace sus veces, porque siempre que lo ha intentado, no con gran empeño, ha nacido la sospecha en los de la Campada ó en los de la Costanilla, de que el intento era cosa de los de la Costanilla ó de los de la Campada, y se le ha llevado el demonio con las artes de costumbres; añádanse, repito,

y ténganse presentes estos hechos y algunos más de su misma traza, que no necesito mencionar, y hasta resultará una justificación de la conducta de los villavejanos. Al verlos tan tranquilos, tan apegados á su cáscara y tan satisfechos y enamorados de ella, verdaderamente se duda si el estado material de la villa es obra de la dejadez del habitante, ó si el habitante es así porque haya encarnado en su naturaleza, como espíritu, la catadura singular de la villa.

»Alguien se forjó la esperanza de que con la moda del veraneo entre las gentes ricas del interior, y las excelentes condiciones de esta playa, tan abrigada y espaciosa, no faltaría quien se fijara en ella, empezando de ese modo y por ahí una era de relativo florecimiento para la villa y su puerto. ¡Buenas y gordas! Vino, seis años hará, una familia de muy lejos, con dinero abundante y dispuesta á bañarse y á pasar aquí una larga temporada. Por de pronto, le costó Dios y ayuda encontrar hospedaje, y ése malo. Al día siguiente estuvieron á punto de ahogarse la señora y sus dos hijas, por no haber hallado á ningún precio quien

se prestara á servir las de bañero, y no saber ellas dónde se metían. Al hijo mayor, joven de veinte años, le desplumaron aquella misma noche en el Casino; y al otro día se largaron todos por donde habían venido, después de haberles sacado el redaño el posadero. Claro está que no han vuelto por aquí, ni alma nacida tampoco.

»En otra ocasión se denunció en este mismo término, y á la puerta de casa, algo que parecía buena mina de carbón de piedra: lo olieron unos ingleses y la compraron por poco dinero. Creímos algunos que por ese lado iba á hallarse la villa un buen remiendo para su capa; pero después de algunos trabajos preparatorios y una explotación somera de la mina, la abandonaron los explotadores, ó mejor dicho, se la vendieron por cincuenta mil reales á tres sujetos de aquí. Al cabo se quedó con la empresa uno solo, comprando las representaciones de los otros dos con un ochenta por ciento de merma. Este sujeto, un tal Barraganes, rematante de arbitrios, la explota desde entonces arañando por encima y ocupando en las labores, sólo á tempo-

radas, cuando más, ocho obreros, cuyo hallazgo le cuesta un triunfo. Para llevar á vender, donde convenga mejor, lo que se va acopiando de este modo tan sosegado, viene un vaporcillo de cabotaje cada cuatro ó seis meses; y éste es el único barco que fondea en este puerto años hace. Los ingleses hicieron una carreterilla desde la mina al embarcadero, cosa de dos kilómetros, pero, por desgracia, en dirección contraria á la general del Estado; afianzaron un poco el ruinoso muelle con unos cuantos sillares y media docena de tablones, y eso hemos salido ganando. De estas cosas y otras que también dejo mencionadas, y algunas que mencionaré más adelante, ya le enteré á usted en su debido tiempo, así como del rumbo que gastaba el inglés principal, lo apegado que estaba á la villa y lo muchísimo que la hubiera enseñado, si como se marchó á los dos años de haber venido, porque la mina les dió chasco, permanece entre nosotros dos años más si quiera; pero se lo vuelvo á referir á usted porque, en mi deseo de darle el cuadro completo, no quiero omitir en él ninguno

de sus componentes principales, aunque ya le sean conocidos.

»No habrá usted olvidado lo que pasó con aquel señor catalán que estuvo aquí no hace mucho con el intento de establecer una fábrica de salazón y de escabeches, trayendo, para surtirla de pescado, una escuadrilla de lanchas bien tripuladas, y contratando rumbosamente á las tres que aún había en el puerto. En cuanto le conocieron las intenciones los villavejanos más arrimados á la playa, le dieron tal zambullida en la mar, cogiéndole de improviso un anochecer, de Diciembre, por más señas, y tal corrida de palos á la salida, que no esperó ni á mudarse la ropa para huir de Villavieja, lo mismo que un perro de aguas.

»No quiero citar más ejemplos de esta clase, por lo mismo que abundan en mi memoria y también en la de usted; y le advierto que de las mencionadas tres lanchas pescadoras que había en este puerto cuando la zambullida y subsiguiente zurribanda al catalán, no queda ya más que una. Las otras dos se hicieron astillas en la playa, donde las habían varado para

recorrerlas un poco, con un marejón tremendo de Levante, cosa rara aquí, que se las fué encima una noche, de repente. Los dueños se quedaron sin ellas, y los pescadores que las tripulaban *á la parte*, tan satisfechos. Así como así, estaban deseando dejar el oficio que, tras de peligroso, no les daba de comer por falta de mercado, en lo cual tenían razón, bastante más que la que tuvieron para echar á palos de Villavieja al señor catalán que quiso contratarlos con buen sueldo.

» Ahora se han agenciado un par de bote-cillos remendados; y merodeando aquí y allá con ellos, como merodean otros tales, á mar llana, van viviendo muertos de hambre. A estos botes, cosa de media docena en junto, y á una lancha, queda reducido hoy el material de pesca en un puerto tan considerable como éste. Y así y todo, anda de sobra el pescado en la villa, no por lo mucho que viene de la mar, sino por lo que, de lo poco, sobra para el consumo de la población, único mercado que tiene por falta de comunicaciones rápidas con otros.

» El comercio, en general, ha ido á menos, aunque le parezca á usted mentira. Han quebrado dos establecimientos de comestibles, de los que usted conoció, y se ha cerrado otro. Quedan otros tres: uno de ellos en la Costanilla, otro en la Campada y otro en la plazoleta del Maravedí. De tabernas no hablo, porque se supone que abundan.

» También ha habido alguna merma en el ramo de pañeros. Por de pronto, la anti-quísima y afamada *Perla de Ezcaray*, ya no existe. Murió el viejo don Anselmo que era el alma de la casa, y ha sido forzoso liquidarla á instancias del yerno del difunto, un tal Córcoles, logrero y trapi-sondista de medianeja reputación. Los demás del gremio, unos arrastrándose poco á poco y otros como pueden, continúan en sus covachones de los arcos de la Plaza Mayor.

» Allí encontrará usted igualmente, y en próspera fortuna por cierto, al rechoncho Periquet, *El Valenciano*, como lo reza el letrero, con sus porcelanas sospechosas, su cristalería polvorienta, sus rollos de esteras

resobadas y sus innumerables baratijas de relumbrón. Se le metió en la cabeza que había de dar en la suya al presuntuoso *Bazar del Papagayo*, que está á su vera, y lo ha conseguido sin gran esfuerzo. Este bazar, de gran fachada y de fondos negros y vacíos si no de telarañas y de sogas de esparto, de escobas de palmiche, un poco de herraje basto, otro poco de loza de Talavera, dos sartas de cencerrillos y otros pocos más de incongruencias por este arte, tiene, como usted recordará, un gran papagayo de cartón pintorroteado encima del letrero que corona su escaparate. Pues Periquet, que no tiene escaparate, en su empeño de competir en todo con el bazar, ha colocado encima del letrero de su tenducho embarullado, pero bien provisto, una cotorra, también de cartón y también muy pintarrajeada, sosteniéndose sobre la palabra DE, ó mejor dicho, con cada letra de estas dos en la correspondiente pata. En seguida descifraron el jeroglífico los desocupados villavejenses, que hasta en grupos de seis en seis acudieron los primeros días para leer en voz alta y á una: «*La cotorra*

de *El Valenciano*». Después soltaban una risotada, miraban hacia el fondo del bazar contiguo, y se iban haciendo muchos comentarios. Todo esto halagó en gran manera la vanidad de Periquet, y, como es de suponer, agravó los sordos rencores de los propietarios del tendajón, que siendo villavejanos de pura raza, se sienten heridos en lo más hondo por el agravio que les hace su villa nativa ayudando á que los arruine y vilipendie un intruso y groserote que todavía usa *alpargates* y pañuelo á la cabeza, y no sabe leer ni escribir.

»Lo que no ha podido quitarle *La cotorra de El Valenciano* al *Bazar del Papagayo*, es la tertulia de prima-noche, lo mismo en invierno que en las demás estaciones del año, pero principalmente en la de invierno. Allí acuden puntualísimos, en cuanto comienza á anochecer, el párroco y los dos coadjutores, el médico viejo don Cirilo, el procurador Ajete, el abogado Canales, y *Chichas*, antiguo y ya retirado tendero de la plazuela del Maravedí, donde hizo el capitalejo con que ahora vive de holgueta. Estos son los tertulianos fijos del bazar. El

médico, el abogado y el párroco, son los hombres que más saben aquí de cosas de Villavieja, de antaño y de hogaño; y de esas cosas es de lo que más se habla en la tertulia, cuando se habla, porque comúnmente no se habla de nada allí, ni se ve, porque siempre se está á oscuras. Así es que infunde cierto miedo el mirar hacia adentro cuando se pasa de noche por delante de la puerta. Se ve, en aquel antro tan hondo y tan oscuro y tan silencioso, brillar de rato en rato una chispa aquí y otra allá, que son las producidas por otras tantas chupadas á los cigarros en ejercicio... y nada más se ve, por mucho que se mire; ni ordinariamente se oyen otros ruidos que algún carraspeo seco, ó el crujido de una silla, ó la sonada de unas narices... En estos casos, aunque se sabe lo honradas y pacíficas que son las gentes allí congregadas, al pensar en meter la cabeza dentro, le asalta á uno el temor de que le agarren por ella manos invisibles que le amordacen y le arrastren más allá, y le lleven, le lleven, hasta la boca de una sima muy honda en la cual le arrojen para que le

vayan devorando poco á poco sabandijas y ratones. Cuando la tertulia se deja oír un poco desde el soportal, es porque se hacen (rara vez) comentarios de alguna noti-



cia política. Por lo común, el mayor ruido es el murmullo acompasado y dormilento que producen los relatos eruditos ó doctrinales del médico ó del abogado ó de los

señores curas. Tienen este bazar y esta tertulia cierto color venerable y especial, y por eso les consagro algunos renglones más que á otras cosas de acá, sabiendo que no le molesto á usted aunque no le diga nada que ignore.

»El relojero Chaves murió años hace, pero queda la relojería donde siempre estuvo, tres puertas más abajo del bazar, lo mismo que usted la conoció. Su hijo, es decir, el del relojero, que es quien está al frente de ella, sabe tal cual su obligación; y, lo mismo que su padre, hace y vende jaulas y ratoneras, y compone cerraduras finas y rosarios, y cura por el método *Le-Roy*, muy acreditado aquí.

»La tienda verdaderamente nueva para usted en los Arcos, es la de un sastre riojano que vino á Villavieja hará cosa de seis años. No lo hace mal, y presta un gran servicio á los villavejanos que, sin pedir primores ni mucho menos, nos veíamos y nos deseábamos antes para vestirnos fuera de aquí; porque pensar que los otros dos sastres que usted conoció y aun quedan, salieran de sus medidas con tiritas

de papel, de sus perneras acampanadas y de sus faldones con frunces, era pensar los imposibles.

»También ha mejorado algo el estilo de nuestros zapateros; pero poca cosa.

»Vive todavía *Gorrilla* el platero, y en su mismo tenducho lóbrego de la Rinconada de la Colegiata. Allí le verá usted cuando venga, detrás del vidrio roñoso (en el que continúan colgados de un alambre horizontal los mismos tres pares de pendientes de plata y el mismo sonajero y la misma colección de sortijas usadas) con la cabeza gacha y la cara tapada por la visera enorme de su gorra de nutria, medio pelada ya, ocupado en soldar con el soplete una cosa que siempre parece la misma, con la puerta cerrada y sin un marchante dentro, ni fuera, ni tampoco en las inmediaciones, yendo ó viniendo. ¡Y dicen que vende y que gana, y hasta que tiene mucho dinero! Lo tendrá; pero dudo que lo haya adquirido con el oficio.

»Y ya que ando tan cerca de la Colegiata, no quiero irme á otra parte con el relato, sin presentarle á usted su buen

amigo, y mío y de todo el mundo, don Adrián Pérez, tan entero y tan campante como si no pasaran años por él, en su sempiterna farmacia de la Plazoleta y frente por frente del pórtico del templo, con su levita negra de largos faldones, desabrochada siempre; su chaleco, negro también, abotonado hasta el pescuezo, y éste muy liado en una corbata de tres vueltas, negra igualmente, y de seda, sin asomo de cuello de camisa por ninguna parte (aunque sí del cordón del escapulario por debajo del cogote, muy á menudo, ó por encima de la nuez) y su sempiterno gorro de terciopelo sobre la cabecita (solamente gris todavía, á pesar de sus setenta y cinco muy corridos), sobándose á cada instante el codo izquierdo con la mano derecha, hablando poco, mirando risueño y sin apresurarse, ni asombrarse, ni conmovirse, ni disgustarse, ni mucho menos enfadarse por nada. Es, como ha sido siempre, la encarnación viva de la parsimonia y del bienestar, en la mejor farmacia del mejor de los pueblos del mejor de los mundos posibles. De la botica no hay que decir que sigue las leyes de su

boticario: los mismos tarros de porcelana con los propios nombres en latín abreviado; la misma Virgen de las Mercedes, patrona especial del establecimiento, en su hornacina de caoba, encaramada en lo alto y principal de la estantería, es decir, en el *Ojo*, el «ojo» á que se endereza la pedrada del refrán; el mismo pildorero de castaño con sus enroñecidos *trastes* de hierro; el mismo cazo para los cocimientos, la misma tijera para cortar el baldés de los confortantes de siempre, y hasta el mismo papel emborronado, de planas, comprado á lance á los chicos de la escuela, para sus cucuchos de píldoras y envolturas de medicamentos en polvo.

»La novedad única (á lo menos para usted) de esta botica, es el hijo del boticario, y boticario él también de cinco ó seis años acá. Es un bigardón de los demonios, que tan pronto le parece á usted blanco como negro, hábil como inepto, aquí listo y allá simple. Pica en muchas cosas, y aun no he podido averiguar hacia cuál de ellas le arrastran sus verdaderas aptitudes. Parece, por de pronto, de buen

acomodar, y ayuda á su padre en la botica con los mejores deseos.

»Excuso decir á usted que en este rincón de Villavieja es donde mejor ha caído la noticia de la próxima venida de usted, no porque afirme que ha caído mal en otras partes, sino porque de la cordialidad con que le quiere á usted y á cuanto le pertenece este bonísimo sujeto, respondo con el pellejo, y no me atrevo á tanto con los demás. Bien sabe usted cómo abundan aquí la carcoma y los celillos de clase; y aunque todos los Bermúdez, por dicha suya y desgracia de Villavieja, han sabido aislarse en su nido de Peleches de las intrigas y miserias de acá abajo, al cabo es usted Bermúdez, tiene mucho dinero y raya más alto que nadie entre todos los villavejanos, aunque no se proponga rayar. En fin, ya me entiende usted.

»Como la pintura que voy rasgando no ha de ser escrupulosa estadística para gobierno de la dirección de Contribuciones, sino cosa muy diferente, hago caso omiso de los demás ramos mercantiles é industriales de la localidad y de la vida que

arrastran, amén de que se adivina fácilmente esa situación precaria con lo que dejo apuntado en esta misma carta y le tengo dicho en otras sobre lo á menos que han venido el mercado de los lunes y la feria de primero de cada mes. Estos recursos, que fueron para Villavieja minas de plata en otros tiempos y tanto decayeron después, continúan á esta fecha de mal en peor. Claro es que la enfermedad alcanza en proporción debida á la gente de la Aldea, nuestro barrio de labradores; y ese malestar de este importante gremio, le verá usted bien reflejado en la vega, tan floreciente y pomposa años atrás.

»Decía el inglés de la mina, ingeniero de cuenta y hombre de mucho mundo, que era muy de notarse que los villavejanos, tan indolentes y apáticos en cuanto se refería á mejoras y útiles progresos locales, fueran para todo lo demás tan animosos, tan regocijados, hasta bullangueros, y tan susceptibles y quebradizos de piel. Y decía la pura verdad. Un villavejano de viso se encogerá de hombros al ver cómo se le hunde medio tejado, y perderá el sueño si aquella misma

noche se le ha demostrado en el Casino que su *levisac* atrasa más de dos temporadas en el reló de la última moda. ¡Oh! en este y otros parecidos asuntos son terribles los villavejanos, sobre todo las hembras. Tenemos *mundo*, tenemos *clases*, tenemos *distinguidos* y *cursis*; horas de *tono* y horas *vulgares*; y si no se puede con ricas telas, imitamos con percalinas la forma y los colores del vestido, que, según la revista de modas que reciben las *Escribanas*, ó las de Codillo, llevaba una gran señora parisiense en cierta recepción del Elíseo. Para estos apuros y otros semejantes, hay aquí un contingente regularcito de costureras con humos de modistas, que se despistojan con el afán de conseguir que sus exigentes parroquianas no encarguen sus vestidos á la capital, que dista catorce leguas. Y lo mismo se desvela y por idéntica causa, el sastre riojano; porque los hombres elegantes de aquí son punto menos que las hembras distinguidas.

»Las que más se *distinguen* ahora son las mencionadas *Escribanas* y de Codillo. Las primeras, llamadas así por ser hijas

del difunto escribano Garduño, que dejó bastante dinero, aunque no lo que suponen las gentes, son tres y la madre; ésta bajita y gorda, y aquéllas altas y delgadas, no de mal parecer, pero tampoco guapas. Se atufan por cualquier cosa, y muchas veces van riñendo unas con otras por la calle, á media voz, pero muy sofocadas é iracundas. Las de Codillo, hijas de don Eusebio Codillo, el dueño del *Café de la Marina*, de la calle del Cantón, hoy arrendado á un murciano, son cinco y muy desiguales entre sí en color, en estatura y en carnes; pero todas ellas tienen cierto andar, cierto sonreír y cierto... vamos; y sobre todo, unos humos de señoritas principales y acaudaladas, que meten miedo. A Codillo, que siempre fué una tenaza y una esponja para el dinero, le da ahora por despilfarrarse con la familia y hasta por acompañarla vestido de punta en blanco. Es teniente de alcalde, está viudo, y eso le salva, porque su mujer era una ficra hasta para amarrar el ochavo.

»Con menos caudal que estas dos familias y con los trapitos arreglados en casa,

forman en la misma clase, primeramente las dos nietas del *Indiano*, aquel fachenda que usted conoció ya viejo. El heredero, su hijo Martín, se comió en dos años la mitad de la herencia, y con la otra mitad pretendió en lejanas tierras á una supuesta ricachona, que resultó pobre del todo después de casada, pero muy vanidosa. Vive ella y se murió él; y con lo poco que dejó, bien estiradito y apurado, se dan el gran pisto las tres hembras de la casa.

»Después de ellas, ó á par de ellas, mejor dicho, las *Corvejonas*, así llamadas por ser hijas de don Aniceto Martínez Liendres, *Corvejón* de apodo, por herencia de su padre que fué herrador y albéitar, con igual mote, como usted recordará. Traficó Aniceto con suerte en ganados, casó bastante bien con una hija de otro traficante asturiano, y ahí le tiene usted con su *don* como una casa, y aunque le han mermado los caudales en más de la mitad, con unos humos que no le caben en la chimenea.

»Al lado de las *Corvejonas* figuran las *Pelagatas*... Pero ¡qué jugo va usted á sacar de la lista que yo forme, si toda esa gente

es nueva y desconocida para usted, sin precedentes de nombre ni de arraigo en toda la población? Ya las conocerán ustedes cuando vengan, si conocerlas quieren, lo propio que á las de la jerarquía subsiguiente, las calificadas de cursis por las primeras, y, como tales cursis, menospreciadas.

»Entretanto, sepa usted que, de poco tiempo acá, anda fluctuando entre las dos categorías, con síntomas de caer en la primera, la sobrina de su señor cuñado de usted, el marido de doña Lucrecia. Desde que empezó á enriquecerse de veras este insigne villavejano, amparó rumbosamente á la familia que le quedaba aquí, su madre y una hermana, ésta casada con un labrador del barrio de la Aldea donde ellos vivían y eran labradores también. Murióse la vieja, quedó el matrimonio joven, con una niña, ya establecido en el casco de la población y viviendo de sus rentas, ó sea de la pensión del mejicano. Metieron á la niña en la «enseñanza» de doña Eustoquia; no era un adoquín, ni fea: desbravóse allí bastante, consiguió luego desbastar y pulir

algo á su madre, que bien lo necesitaba; murióse el padre de un tabardillo, porque la holganza y el buen pesebre le tenían hecho un odre y algo picado á la bebida; creció la muchachuela y se hizo una moza regular y de buen aire; tomóle tal cual á su lado la madre... y hasta hoy como la espuma. Ambas saben que viene este verano su sobrino de usted, y afirman que se hospedaré en su casa cuando pare en Villavieja, y que, como las quiere tanto... «¿quién sabe lo que podrá suceder?» Conque sírvale á usted todo ello de gobierno: lo uno, para su satisfacción, y lo otro por si se ha pensado en preparar cuarto al mejicanillo en Peleches.

»Hablando ahora en serio otra vez, añado á lo dicho sobre las mujeres *de tono* de Villavieja, que tienen para exhibirse en toda su pomposidad, cuatro bailes *de tabla* al año; uno, el más solemne, el tradicional del Ayuntamiento el día de la Patrona de la villa, y tres en el Casino, dos de ellos en carnaval y uno en pascua de Resurrección. Todos de sala y con larga cola, no de vestidos, sino de disgustos; en unas, por-

que no fueron invitadas; en las invitadas, porque no debieron serlo muchas «cursis» que lo fueron. Lo propio sucede cuando en el Casino hay veladas artístico-literarias y leen los chicos poetas de la localidad, y tocan el piano las señoritas que lo entienden. Siempre quedan detrás de la fiesta ocho días largos de murmuraciones y disgustos. Por eso, si bien se mira, donde mejor lo pasa durante el invierno la juventud de ambos sexos, es en las reuniones que dan en competencia las Escribanas y las de Codillo, y, á veces, las Corvejonas. Cada cual de ellas invita á «sus relaciones» y nadie tiene derecho á quejarse si no es invitado ni «relación» de la casa. Los paseos de moda son, en invierno y con mal tiempo, los Arcos de la plaza, y con sol, la Chopera de la Campada; en el verano, los mismos Arcos en el primer caso, y en el segundo la Glorieta de la Costanilla, el mejor paseo de Villavieja, como usted sabe, porque le tiene casi lindero de Peleches, dominando la playa y el mar por una parte, por la otra la vega y por la otra la villa; y no domina por la cuarta, es decir

por el Sur tanto como por la opuesta, porque allí está Peleches que lo domina todo, incluso la Glorieta.

»Las horas de tono en todas las estaciones del año para pasear las señoras, son las últimas de la tarde y á la salida de misa mayor en los días festivos... En los días de trabajo no se pasea: se callejea por la villa con cualquier pretexto, ó *se anda*, como los simples mortales, por donde se quiere ó se puede.

»Como eterna protesta contra todos estos ceremoniales de similor, quedan míseros restos de aquellas pocas familias de relativo abolengo, que en tiempos de nuestra juventud eran gala y ornato de la villa. Se complacen en asistir de trapillo adonde estén las otras muy emperejiladas, ó en no asistir de ningún modo, como á sus bailes, ó en andar muy majas en sitios y á horas diferentes. Así protestan; pero no triunfan, porque la ley de los más se impone al cabo.

»Se va extendiendo demasiado esta carta, y aun me resta hablar á usted de los hombres; no mucho, porque habría de suce-

derle á usted con los que bullen y «dan el tono», lo propio que con las hembras equivalentes: no los conocería por más que se los fuera citando uno á uno. Hay *clases*, también, y *distinguidos* y *cursis* entre ellos, y distancias, por tanto, que se guardan hasta en el Casino diariamente. Esto le baste, que mundo y habilidad y cacumen le sobran á usted para deducir el resto.

»El Casino es el *alma mater* de todos ellos. Allí van á parar los más altos y los más bajos, los *cursis* y los *distinguidos*, de día y de noche; y si en el establecimiento no se ha puesto una tachuela desde que usted le conoció (donde aún continúa, encima del *Bazar del Papagayo*), no es por falta de concurrentes abonados, sino porque, más ó menos *distinguidos*, todos los que van pasando por allí son de madera villavejana, que ya sabe usted la virtud que tiene en esto de dejar que las cosas se acaben por sí mismas, aunque no falta quien afirma que en el *comfort* de la casa se gastaría algo más si se jugara algo menos, y no tan á menudo, en la famosa *leonera*, escondrijo

de la sociedad donde los socios se despluman á diario como unos caballeros.

»Ya le indiqué á usted de pasada que había chicos poetas aquí que leían en ciertas veladas. Es la verdad; y también bullen y peroran en los soportales de la plaza, y á la puerta de la Colegiata cuando entra ó sale la gente, y en la Glorieta, y en la Chopera, y en el Casino y donde quiera que haya público que los oiga. Han tenido hasta conatos de un periódico semanal; pero la falta de una imprenta en la villa les aguló la fiesta. A alguien de ellos se le ocurrió después hacerle autógrafo y reproducir los ejemplares con una prensa de copiar, como las usadas en el comercio, y así se hizo, con gran éxito y resonancia en toda la población.

»Comenzaba ya el periódico á producir disgustos entre muchas familias aludidas por los chicos, cuando llegó de la universidad, va á hacer un año ahora, Tinito *Maravillas*. Éste es un jovenzuelo chiquitín, paliducho y lacio, con gafas, pelo de ratón y patillitas transparentes. Usa á diario *chaquet* negro y bastón. Es hijo de un taber-

nero de aquí, algo levantisco, el cual se ha medio arruinado para darle la carrera, porque desde que Tinito (Agustín) comenzó á hablar, se le antojó á él que *sacaba* mucho talento y había de llegar á ser una maravilla, si se le educaba convenientemente. Tinito lo creyó así también, y por maravilla se tiene después de licenciado, y por maravilla le ha proclamado y le proclama su padre en la taberna y en todas partes, y *Maravillas* se le llama donde quiera. Pues este *Maravillas*, que se había hecho notar aquí en todas las temporadas de vacaciones, ahora es una barbaridad lo que destaca, particularmente entre sus contemporáneos, por lo que sabe y por su modo de pensar. A los chicos del periódico autógrafo los asustó. Villavieja necesitaba, en su lastimoso estado de modorra, algo más que coplas y chismografía. Él había escrito en revistas librepensadoras, de gran importancia, y sabía lo que eran esas cosas. Si querían su colaboración, no tenía inconveniente en prestarla, pero á condición de que el periódico fuera dirigido por él y saliera en letras de molde; lo cual no era

difícil imprimiéndole en la capital. La proposición sedujo, y en realizarla se anda desde entonces.

» Tinito habla poco, casi nada; pero se deja ver en todas partes, con la cabecita muy alta y en la cara una sonrisa entre compasiva y desdeñosa. No va á misa, por supuesto; y si se le pregunta por qué, hace un gestecillo como de asombro, sin dejar de sonreirse, y no responde más. Oye hablar de Dios, sonrisita; oye hablar de reyes, sonrisita; oye, en fin, hablar de todo lo corriente en los pueblos regidos por leyes, usos y costumbres á que estamos avezados usted y yo, sonrisita. A su padre se le cae la baba con estas cosas de Maravillas, sobre todo cuando le ve echar desprecios, á su modo, sobre el viejo resabio de «las clases», tan arraigado en Villavieja; y Maravillas, en tanto, teniendo á menos decir de quién es hijo, y pegándose como una lapa á lo que aquí se tiene por aristocracia de la población, que no sabe, á la hora presente, si temerle, si admirarle, ó si reirse de él; porque en Villavieja ha habido siempre muy poco entusiasmo por las ideas políti-

cas y filosóficas. Lo más exaltado de aquí no pasa todavía del progresismo histórico, tal como lo dejó el Duque de la Victoria al volverse á Logroño en 1856.

» Sin embargo, no ha predicado enteramente en desierto el joven apóstol desde que vino Licenciado de Madrid. Ya tiene algunos partidarios casi entusiastas, entre los mareantes y los zapateros, á quienes se digna hablar, de tarde en cuando, de Compte, de Büchner y de Lombroso, asegurándoles de pasada que él conoce hasta la última palabra de la ciencia experimental, escoba



y azote del viejo mundo teológico y metafísico.

»Yo creo que habría palos en el Casino, si á Maravillas le diera por hablar tan recio allí, porque solamente con la estampa y la sonrisita es ya una indigestión continua para ciertos y determinados temperamentos: uno de ellos el fiscal, de seguro: y muy probable, el hijo del boticario, que es atroz por lo sincero, por lo acelerado... y por lo forzado, y se pasa las horas muertas jugando al billar con el Ayudante de Marina que está siempre desocupado. No tiene otro vicio; pero un taco espantoso.

»El fiscal lleva en este juzgado cuatro años, y es un sujeto digno de estudio. Es aragonés, solterón y joven todavía, pero algo acabado. Detesta la profesión tanto como á la villa, y ni siquiera trata de disimularlo. Las acusaciones suyas son dietorios y palizas contra todo lo que trae entre manos, hasta la ley, que no le da cuanto necesita para despacharse á su gusto. Para él no hay atenuantes ni eximentes. Siempre pide el máximun de la pena para toda clase de delitos. Cuando habla de Villavieja, la

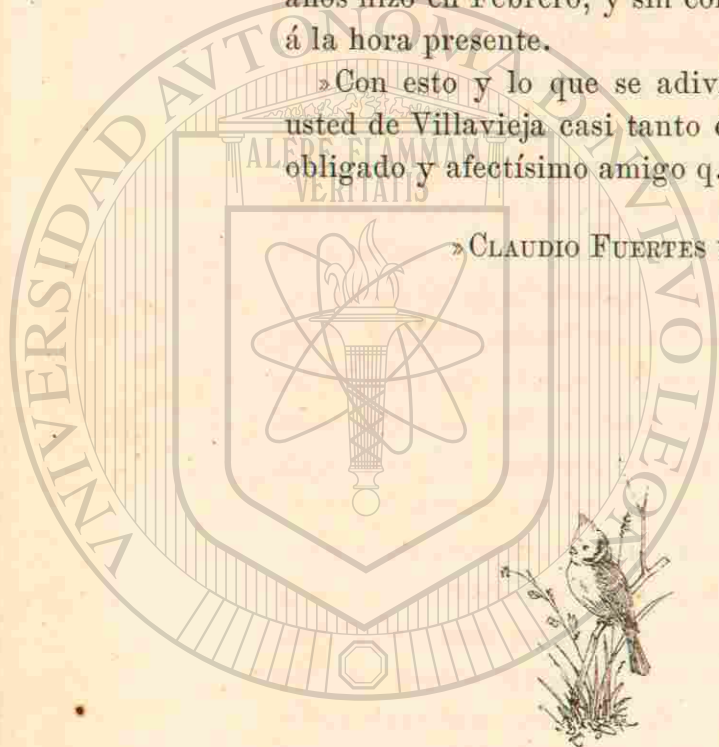
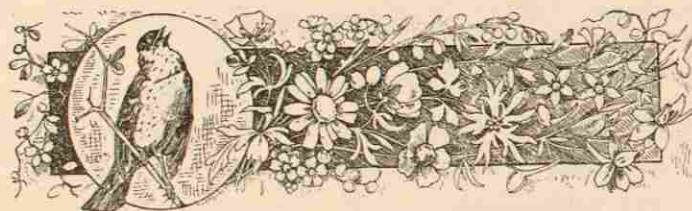
acusa del mismo modo, porque está deseando que le echen de la carrera y de aquí. Pone cada mote que no le levanta nadie, por lo bien que cae. Tiene talento y gracia y se deja querer, porque, después de todo, es un lagarto muy apreciable, hombre de bien y de trato muy ameno. Antes jugaba mucho al tresillo: ahora se le halla casi toda la noche y parte de la tarde fumando y tomando café en una mesa, cerca de la de billar, viendo como juegan el hijo del boticario y el Ayudante de Marina, hablando con ellos á su modo á ratos, y á ratos con dos abogados y un médico, jóvenes, de lo más culto y tratable que hay aquí, y conmigo, que solemos acompañarle...

»Para concluir, mi señor don Alejandro: continúan los cerdos revolcándose en las calles sin empedrar, y las gallinas picoteando el césped del encachado de la plaza; el casón histórico, llamado de *los Capellanes*, se desplomó en Abril del año pasado; está mal sostenido con puntales lo que queda del convento de Premostratenses; se va á apuntalar la fachada Norte de las Casas consistoriales, y en la calle del Cán-

como se abrió de repente una sima, tres años hizo en Febrero, y sin colmar se halla á la hora presente.

»Con esto y lo que se adivina, ya sabe usted de Villavieja casi tanto como su muy obligado y afectísimo amigo q. l. b. l. m.

»CLAUDIO FUERTES Y LEÓN.»



V
QUINCE DÍAS DESPUÉS

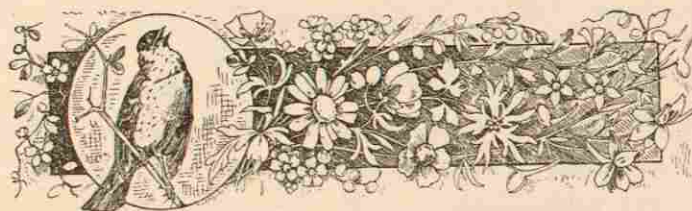
AQUELLA mañana madrugó don Alejandro casi tanto como el sol, y eso que era el de los días más largos del mes de Junio, de los «de por san Juan». No había pegado el ojo en toda la noche; y no por miedo á los ladrones ni por extrañar la cama, sino por la comezón de la pícara curiosidad, que le tuvo en vilo. Por si á Nieves le

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

como se abrió de repente una sima, tres años hizo en Febrero, y sin colmar se halla á la hora presente.

»Con esto y lo que se adivina, ya sabe usted de Villavieja casi tanto como su muy obligado y afectísimo amigo q. l. b. l. m.

»CLAUDIO FUERTES Y LEÓN.»



QUINCE DÍAS DESPUÉS

AQUELLA mañana madrugó don Alejandro casi tanto como el sol, y eso que era el de los días más largos del mes de Junio, de los «de por san Juan». No había pegado el ojo en toda la noche; y no por miedo á los ladrones ni por extrañar la cama, sino por la comezón de la pícara curiosidad, que le tuvo en vilo. Por si á Nieves le

había pasado lo propio, se acercó á la puerta de su gabinete, aplicó el oído á la cerradura, y, en efecto, Nieves se revolvió allá dentro.

— ¡Nieves! — llamó trémulo de gusto.

— ¡Papá! — respondió la voz argentina de Nieves. — Estoy concluyendo de arreglarme... Allá voy en seguida.

— ¡Ajá! Pero dime: ¿has cumplido tu palabra?

— Como que me estoy vistiendo casi á oscuras.

— Así se hace, ¡canástoles! Pues mira: ya, por lo poco que falta, no lo echemos á perder con una mala tentación. Firmes con ella si acomete, ¿eh?

Se oyó la risa franca de Nieves muy cerquita de la puerta, que á poco rato se abrió dando paso á la sevillanita envuelta en un blanco y holgado peinador, con toda la espesa y fina mata de su pelo rubio dorado tendida sobre la espalda.

— Para que veas que no te engaño, — dijo á su padre señalando al fondo del gabinete: — mira qué oscuro está todo.

En efecto, no se veía otra luz allá dentro

que la que se filtraba por las rendijas de los postigos cerrados con sus aldabillas sobre las correspondientes vidrieras: la precisa para andar allí sin tropezones.

Entonces fué don Alejandro quien se rió.

— ¡Qué cosas tenemos á lo mejor los hombres llamados formales! — dijo. — Pues mira: pequeñeces son y hasta tonterías parecen; pero tienen su encanto, y, ¡qué demonios le queda de placentero á la vida si se le quitan esos recreos?... ¿No es así? Pues, canástoles, el que se riera de nosotros ahora, sería un grandísimo majadero.

— Ya se ve que sí, — dijo Nieves siguiendo el humor á su padre. — Pero, dime, — añadió: — ¿también aquí me está prohibido mirar?

— Aquí no, — respondió muy formalmente don Alejandro, — porque esto tiene bien poco que ver. Tú hazte el cargo: ya que la casualidad te metió en Peleches por primera vez de noche cerrado, la gracia de la cosa está para mí en estimar yo mismo el efecto que te produzca lo que te vaya poniendo delante de los ojos y que no se ve todos los días ni en todas partes. ¿Te ente-

ras? Pues no hay más. Pero aguárdate un poco... ¡Catana!... ¡Catana!...

Esto lo gritó don Alejandro desde la puerta que daba al pasillo, para que acudiera la rondeña, que se llamaba así.

— Tengo yo mi puntillo de vanidad, — dijo á Nieves mientras la quintañona venía, — en que este erizo andaluz que desde que salió de la tierra no ha puesto la mirada en cosa que le parezca bien, aprenda á mirar como es debido lo que se ve desde aquí, hasta que se muera de repente por mal de asombro y maravilla.

En esto llegó Catana, con su cabeza gris, su color cetrino, sus ojos negros y bravíos, su sempiterno vestido de indiana muy floreado, y su pañolón negro, de seda, con los picos anudados atrás.

— ¿Qué manda zu mercé? — preguntó desde la puerta.

— ¿Qué has visto — la preguntó á ella su amo — de tantísimo como hay que ver desde esta casa?

— Ná, zeñó.

— ¡Cómo que nada?

— Ná... zino e peor que ná; porque

azomé la fila, andando en mi trajín, por un ventaniyo de eta parte, y too lo vide negro, y dije: po zeñó, pa poca y mala zalú, á la joya... Y no he querío ver má.

— Pues aguántate aquí á la vera nuestra, — dijo Bermúdez después de reirse con Nieves de la ocurrencia de Catana, que hablaba siempre con la mayor seriedad, — para que te mueras pronto y de una vez, y á gusto mío... Y vamos á ello, empezando por lo de adentro por ser lo peor. Esta pieza en que nos hallamos, como te dije anoche, ¿te acuerdas, Nieves?, es el salón de recibir, vamos, el estrado. Ya ves que, por extenso... ¿eh? se pueden correr potros en él. De esto ya te enteraste anoche, pero no de los cuadros... ni del tillado de castaño negro con remiendos de cabretón, por falta de luz. Mira qué puertas, de roble, con su cristalillo de á terciá en su correspondiente cuarterón. En cada tiempo su estilo. Esta Purísima tan estropeada, es copia de una de Murillo, y dicen que no era mala cuando la trajo de Madrid mi bisabuelo paterno. Este retrato que la sigue por la izquierda, es de mi padre, y el otro de

la derecha, de mi madre. Son obra de un pintor que anduvo tomando vistas por estos sitios, muerto de hambre. Así están ellos. Del mismo pincel y de la misma época son estos cuatro de este lado: Héctor, Aquiles... ¡Demonio! parece que te voy á hablar del sitio de Troya... Cosas de mi padre. Pues son mis hermanos y mi hermana Lucrecia, y yo; yo sin pelo de barba todavía, pero con mis dos ojos cabales... con los que tú me alcanzaste aún, Catana, en época bien memorable para mí... Pero no hablemos de esto, canástoles, que es muy amargo y muy duro de digerir... Corriente. Pues con decirte que estos seis retratos le costaron á mi padre cuarenta duros y el hospedaje del pintor, que todavía se consideraba rumbosamente pagado, te digo cuanto hay que decir sobre el mérito de su pincel.

— Y este señor del pelucón y casaca bordada, ¿quién es? — preguntó Nieves.

— Ese es, digo, ese fué don Cristóbal Bermúdez Pelechés, cuarto abuelo mío, y fundador del mayorazgo en los principios del siglo pasado. Desempeñó en Méjico el cargo de Intendente general durante mu-

chos años, y de allá vino nadando en oro; casó en Madrid con una señora de la cepa ilustre de Pacheco, y labró esta casa sobre la más modesta, aunque no menos hidalga, en que él había nacido... Pero de este preclaro ascendiente nuestro ya me has oído hablar muchas veces, lo mismo que de este otro que le sigue, con hábitos de sacerdote y la medalla de la Inquisición colgada del cuello. Fué inquisidor, también en Méjico, y trajo de allá estas cornucopias que ves alrededor de la sala junto á la cornisa del techo. Tiéneselas por cosa notable, aunque no lo parecen á la simple vista. Este vargueño tan roído ya por la polilla, también fué traído de Méjico por el mismo inquisidor... ¿Te fijas en la sillería, eh? Ya habrás notado que no juega con el vargueño ni con las cornucopias, ni se honra con tan señalada procedencia. Es ebanistería de la más mala entre lo peor que se ha hecho y estilado en esta tierra. Con todo, tiene para mí gran mérito por los recuerdos que me trae á la memoria... ¿Te vas enterando tú también, desaboría gitana?

— Zi zeñó, — contestó la rondeña, muy grave y con los ojos muy abiertos.

— Pues á otra cosa entonces, porque se acabó la sala... Voy ahora á enseñaros algo de lo de afuera, pero de lo menos bueno; lo que corresponde á la fachada del Sur, que es adonde miran los tres balcones de ella, ó sean este que voy á abrir, otro del gabinete mío y otro del tuyo, Nieves... Ahí está lo menos hermoso del panorama. Desde la plataforma de la torre os le hubiera enseñado para que le gozarais sin estorbos por todas partes; pero, según noticias de mi amigo Fuertes, la plataforma está de mírame y no me toques, sin contar con que le falta á la torre media escalera, cabalmente la mitad de abajo... Mas esa y otras dificultades parecidas, ya se irán remediando.

Nieves y Catana, mientras hablaba así don Alejandro, después de mirar lo que se descubría de frente y sin esfuerzo, querían salir al balcón para mirar hacia los lados.

— Poco á poco, — les dijo don Alejandro conteniéndolas: — no se permite mirar más que por derecho y desde ahí ¿estamos?: lo

otro ya se verá desde donde deba verse... Por de pronto, la fachada es de sillería, como la del Este... No hay para qué verla, señoras, porque lo afirmo yo, como afirmo que sobre cada balcón de los tres de este piso, hay otro más pequeño y de púlpito, con sendos escudos de armas en los dos entrepaños principales... Quietecitas he dicho, que tiempo les queda de comprobar lo que afirmo... y vayan mirando. Aquí, debajo, un poquito de jardín, bastante disimulado, porque la verdad es que hasta que yo mandé que le aliñaran un poco, contando con que ibas á venir tú, nadie se ha cuidado de él en muchísimos años. Eso que ahora es una tapia regular con puerta enrejada, fué *en años ténporas*, como dicen los *poencos* de tu Serranía, ¡oh gitana! casi muralla de sitio con su portón correspondiente; como fué patio con horno y pozo, que aun se conserva, según podéis ver, y no sé cuántas accesorias, esto que á la presente es jardín. Después de la calzadita que pasa por delante de la puerta, otro cercado, con árboles, pradera y tierra labrada, que se va hundiendo poco á poco

según se va alejando, lo mismo que la faja de pinos que le contornea por nuestra izquierda. Es, como si dijéramos, la huerta de esta casa... Vuelve á subir el terreno después de una larguísima hondonada; pero con otro ropaje más basto y más bravío, y acaba en una gran mancha verdinegra que se esparce á un lado y á otro...

—Eza mancha jué lo negro que yo vide, —dijo Catana sin poderse contener.

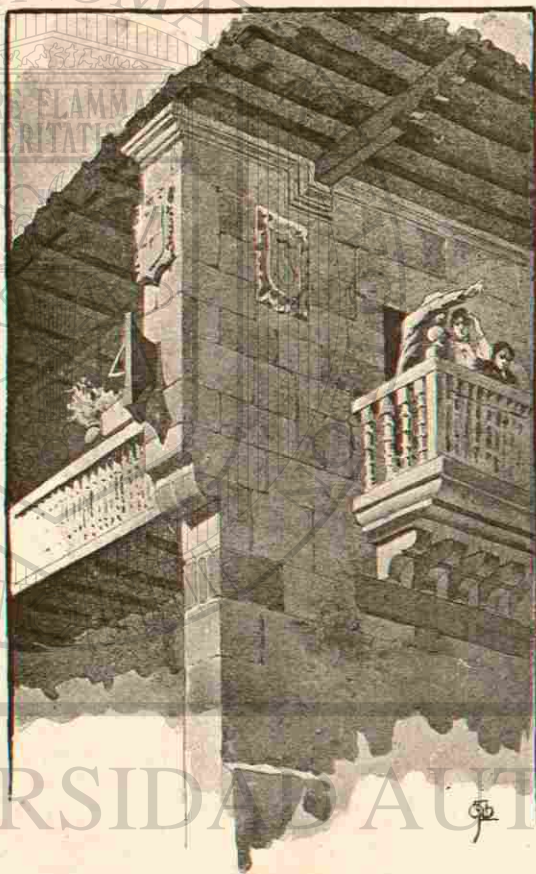
—Pues esa mancha negra, mi señora doña... espantos sin sustancia, es un magnífico pinar, y de mi legítima pertenencia, como la huerta y lo que sigue hasta él... ¿estamos?; y aunque algo triste de color, no es para que nadie enferme al mirarlo, y mucho menos una res brava de ciertas espesuras que yo me sé. ¿No es verdad, Nieves? Sé franca, tú que pintas algo y entiendes más que Catana de estas cosas.

Fíjate bien: aquí la lozanía de la huerta; después el recuesto verde sucio; luego el pinar casi negro; en seguida un monte gris, rapado y pedregoso; y en último término, una montaña azul. ¿No tiene todo este conjunto su belleza especial? Además,

os lo tengo anunciado como lo menos bello del panorama, y no podéis, en buena conciencia, llamaros á engaño ahora... Y se acabó este primer número del programa... A otro en seguida... y quédense estas puertas abiertas para que se vaya inundando de la gracia de Dios toda la casa...

Por aquí, por el pasadizo este... Alto en esta puerta de la izquierda, y mucho cuidado con no torceros un pie en algún rendijón del tillado de adentro. Como la pieza tiene balcón, único claro que hay en la fachada correspondiente, la del Noroeste, se cuelan las invernadas por él lo mismo que si no vinieran á Peleches más que para eso. ¡Como está tan alto y tan descarado!... Nadie ha podido habitar en esta pieza jamás. Cuidado, repito, mucho cuidado donde se pisa... ¡Ea! ya está de par en par, digo, ya están separados estos pingajos de puerta... Ponte aquí, Nieves, y tú á este otro lado, Catana... Vamos, ¿qué hay que decir á esto?... No os fijéis en este primer término, que es árido y escabroso, como todo terreno de costa, sino en lo demás, en lo llano, que es la vega de Villavieja, verde

aquí, parda allá, con sus caseríos salpicados, después alturas grises y alturas ver-



des, y sierras peladas y montes oscuros...
¿Veis una rayita blanca, allá lejos, que

culebrea un ratito en el contorno de la vega y luego se pierde entre dos cerrillos? Pues es el camino real. ¿Veis otra rayita que cruza la vega por este lado de la izquierda, en dirección á los mismos dos cerros en que se pierde el camino? Pues es la senda que une á Villavieja con él. Por ahí vinimos anoche nosotros, sólo que al llegar á la entrada de la villa, tomamos otro camino que sube á Pelechés por esta ladera... Vedle aquí arrastrándose debajo del mismo balcón en que estamos... ¿Eh? ¿Qué tal? Me parece, señora serrana, que aquí no hay negruras que maten ni asusten á ciertos corazoncitos temerosos y delicados... Bien claro, abierto, luminoso y variado es por donde quiera que se mire todo ello... Vamos, diga usted que sí ó que no, como Cristo nos enseña.

—¿E de zu merzé la vega tamién?— preguntó Catana á su amo, en lugar de responderle.

—Una buena parte de ella,— contestó Bermúdez un poco amoscado. —Pero ¿qué tiene que ver lo uno con lo otro? ¿Lo barruntas tú, Nieves?

Nieves, que toda era ojos y respiración, para gozar á sus anchas de la luz y los aromas de que estaba inundada la campiña, adivinando la malicia envuelta en la pregunta de Catana, contestó á la de su padre, sonriéndose con la rondeña:

— Es una salida como otras tuyas, por no mentir. Teme que lo sientas si te dice que no la gusta... por lo menos tanto como...

— Como la Serranía de siempre, vaya, — concluyó don Alejandro.

— Ezo igo yo, — confirmó Catana, mirando á Nieves con la cabeza algo gacha.

— ¿Y tú también eres de su parecer, hija mía?

— Yo no, papá, — contestó Nieves al punto y sin la menor traza de engañarle. —

Es decir: por de pronto, me gusta esto mucho, muchísimo: lo que hay es que no conozco lo otro que le parece mejor á Catana, y pudiera serlo. ¿No es así, Catana?

— Así, — respondió Catana, acentuando la palabra con la cabeza.

— Pues ahora mismo voy yo á poner á su señoría macarena — dijo Bermúdez em-

pujando hacia dentro á las dos mujeres — delante de algo que no se pueda ver desde allá por mucho que levante la jeta el serrano de más alzada... ¡Canástoles con los melindres de mi abuela y el pujo de la comparación!... Por el pasillo de la derecha hasta la puerta de enfrente... Esta pieza, Nieves, no te la quise enseñar anoche, porque aun estaba arreglándose cuando te fuiste á acostar: ya te lo dije. Es donde más se ha esmerado don Claudio, y la que más le ha dado que hacer después de tu gabinete. Se ha empapelado, pintado y casi tillado de nuevo... Mírala. Aquí tienes el piano, los avíos de pintar y de hacer labores, libros, dibujos... en fin, tu taller de artista y tu saloncillo de mujer hacendosa. Ahora no hagas más que pasar y mirar, y ni siquiera me des las gracias que se te están escapando por los ojos y por la boca. La cosa, en primer lugar, no vale la pena, y en segundo, venimos aquí por otras muy diferentes... A la una, á las dos... ¡Ahí está eso, y muérete ya, gitana, porque te ha llegado la hora!... Más afuera todavía las dos: aquí, en la misma

barandilla del balcón... Eso es. ¡Mirad, y hartaos!

Nieves prorrumpió en exclamaciones de entusiasmo, y Catana, con los ojos muy abiertos, se quedó como una estatua. Don Alejandro se gozaba como un chiquillo en el éxtasis de las dos.

— ¡Échate leguas de mar! — comenzó diciéndolas, — por el frente, por la derecha, por la izquierda: infinito por todas partes, menos por esta en que está el palco de Pelecheros para recrearse los Bermúdez en contemplar esa maravilla de Dios... Y no se me salga ahora con que se ha visto la mar en Cádiz ó en Bonanza, ¡canástoles! porque no admito la comparación. Mar será ella, como son mares otras muchas que se pudieran citar; pero no son esto, ni por lo grande, ni por lo hermoso, ni por estar como colgadito del tejado, á la misma puerta del balcón, para deleite de los ojos al abrirlos en la cama. Y que no vale mentir... ¿Ves ese antepecho de la derecha, Nieves? Pues es uno de los dos claros que tiene tu gabinete. ¿Ves este otro de la izquierda? Pues corresponde al gabinete que

tiene la entrada por el comedor... el reservado para lo que tú sabes... De manera que no me salgo de lo cierto al deciros que desde la misma cama se puede recrear la vista en este asombro. Llano y sosegadito está ahora como el cristal de un espejo, y gusto da ver cómo saltan y centellean en él las chispas del sol que va subiendo poco á poco; pero no sé si os diga que le prefiero y me gusta más cuando se le hinchan las narices... ¡Ah, lagartija de secano! Aquí te quisiera yo ver cuando esa llanura se encrespa y ruge y babea y comienza á hacer corcovos, y echa las crines al aire, y no cabe ya en su redondel, y embiste contra las barreras bramando á más y mejor, y se esquila canto á canto, y vuelve á caer, y vuelve á embestir por aquí, por allá y por cincuenta partes á un tiempo... ¡Dios, qué rugidos aquellos, y qué espumarajos y qué...! Entonces no es azul como ahora, ¡quía!... las iras la vuelven cárdena... En fin, que tiene mucho que ver... Y á todo esto y por mucho que la mar se embrazca, el puerto, aquel rinconcito de la izquierda, lo mismo que un vaso de agua.

Y se explica bien: sus contornos interiores son como dos curvas de un paréntesis; la una, la de allá, mucho más saliente que la otra; de manera que resulta por aquel lado una muralla, un cabo que sirve de rompe-olas del Noroeste, que es de donde vienen siempre los grandes temporales de esta costa; y como los de Levante son rarísimos, haceos la cuenta de que dormir en este puerto es como dormir en la cama.

— Pero ¿dónde están los barcos? — preguntó Nieves.

— ¿Qué barcos, hija?

— Los del puerto. No veo ninguno.

— Eso es harina de otro costal... ¿No recuerdas lo que, á este propósito, te leí en Sevilla, de la carta de don Claudio?

— Es verdad: que no hay más que un vapor... cuando le hay. Pues ahora no está.

— No lo sabemos; porque el saliente de la torre nos impide ver el fondeadero, que está muy arrimado á la villa. Desde la otra fachada lo veremos con lo que nos falta que ver de todo el panorama circundante...

— ¡Ay, papá! — exclamó Nieves de pron-

to, — ¡lo que yo gozaría correteando en un barquichuelo por esas llanuras tan azules!

— ¡Cabá! — saltó la rondeña estremeciéndose: — pa que la niña ze malograra á lo mejó...

Soltó una risotada el tuerto Bermúdez y dijo:

— Me gusta que te tiente ese deseo, Nieves, y te prometo satisfacétele muy á menudo, sin los riesgos que asustan á Catana... Mira un vapor...

— ¿En dónde?

— En el horizonte... Fíjate bien en el punto que yo señalo.

— Ya le veo... ¿Le ves tú, Catana?

— No le veo, niña.

— ¿No ves un penacho de humo sobre una mancha negra?

— ¡Ajá! Ahorita le guipé...

— Y ¿no veis más acá unas motitas blancas, como triangulitos de papel?

— Sí que las veo, — respondió Nieves.

— Pues son lanchas de pescar.

— ¡Tan allá?

— ¡Yo lo creo!

— Y ¿de dónde son?

— De los puertos de esta costa... Dios sabe de cuál de ellos... Porque ¡cuidado que es línea larga, eh?... Vete pasando la vista sobre ella de extremo á extremo... Lo menos cuarenta leguas.

— ¡Jezú!

— Y no rebajo una pulgada, señora rondeña... Y á propósito: ¿para cuándo deja usted el morirse? ¿Por qué no se ha muerto ya?

— ¿De qué, zeñó?

— De asombro.

— Con la venia de zu merzé, — contestó la serrana, — me queo un ratico má: jasta el otro espanto.

— ¿Cuál?

— El mayó que me ha e dá zu merzé.

— ¿Luego te parece poco lo que estás viendo?

— Psch... Asín, asín.

— Vamos, Nieves, es cosa de matarla de veras.

— No te apure la flema de esta socarrona, — dijo Nieves dándola un pellizco en el brazo que estaba más al alcance de su mano derecha, — que aunque no fuera

embuste lo que aparenta, aquí estoy yo que me he asombrado por las dos...

— Lo creo, y eso me consuela y la salva á ella de una desgracia... Y ahora, vamos á la otra fachada para ver lo que resta; que la maravilla de este lado aquí quedará aguardándote, por mucho que tardes en volver á saborearla... Sígueme, que ya voy andando por el mismo camino que nos trajo acá... Tuerzan á la derecha ahora... Esta es la entrada á la cocina y sus accesorias... Esta es la puerta del comedor... Otra cuatropea como la sala... ¿eh, Nieves? Bien que ya la viste anoche... El gabinete de que te hablé antes... Un balcón y dos antepechos... Vamos al balcón... No es maleja esta vista tampoco, ¿verdad, Nieves?

— ¡Hermosa! — contestó Nieves con entusiasmo.

— ¡Yo lo creo! — añadió su padre. — Parte de la mar que vimos desde ese otro lado, y el puerto entero y verdadero... Mira, allí tienes el muelle, con... uno, dos, tres... tres botecillos, ó lo que sean, porque no se distinguen bien á tan larga

distancia. De vapor, ni señal, hija. Pues vete mirando desde el muelle hacia tierra: toda la villa, con su barrio de labradores, que parece un aduar de Marruecos; detrás del aduar, el estero con sus junqueras, adonde viene á desembocar el río que ha bajado de aquellas alturas rozando un buen pedazo del perfil de la vega. No se le ve el cauce, pero te le va señalando bien esa faja de vapores que se van elevando y deshaciendo con el sol, la abundancia de arbolado y cierto verdor del terreno... Repara con qué gracia está tendida Villavieja en el suyo. Ella es fea como un demonio, mirada calle á calle y casa por casa; pero vista en conjunto, hasta su color de hollín la hace gracia. La parte de acá, que está en rampa, aunque suave, no la podemos ver toda, porque nos lo impide el borde de la meseta sobre la cual estamos nosotros y á bastante distancia, pero se ve algo de lo principal... casi toda la Colegiata y un poco de los primeros edificios de la Costanilla, que arranca hacia acá del mismo costado de la Colegiata y es el camino más usado para venir desde la villa á Pelechés

y al paseo de la Glorieta, que es esa especie de alameda que ves á dos pasos de la entrada de este patio, un poco á la derecha. El paseo es bonito, porque lo son sus árboles chaparros; y la vista que se alcanza desde él y el aire salino que le refresca en verano, no tienen precio. Por el extremo de allá baja una senda que conduce al muelle sin tocar en la villa. La senda se llama del *Miradorio*, porque este nombre se da á aquel lejano término de la meseta por donde pasa para caer de repente cuesta abajo... Viniendo ahora con los ojos á cosas de menos fuste, para tomar nota de todo, aquí á plomo tenéis otro patio perte-



neciente á la casa, con su cerca y entrada correspondientes. Ese cobertizo es el gallinero; el que le sigue, leñera, y este otro de enfrente con honores de casita con la mitad de la panza fuera del cercado, cuadra y pajar. . . Después os enseñaré la planta baja y el piso alto y hasta los desvanes, para que os vayáis orientando dentro del venerable palomar de Peleches. Abajo veréis el Oratorio, que, según noticias y por encargados encargos míos, se conserva bien y servible. Si hallamos cura, nos dirá la misa en él; si no, iremos á oirla á la Colegiata, que no está lejos... si el tiempo lo permite; porque si no lo permite, con la buena intención cumplimos...

Nieves lo miraba todo hasta con voracidad, y escuchaba á su padre delectadísima. Catana, con los brazos uno sobre otro, según su eterna costumbre cuando nada tenía que hacer con ellos, y con la cabeza algo inclinada, revolvía los ojos negros y bravíos, de las cosas señaladas á don Alejandro, y de don Alejandro á Nieves, evitando siempre el choque de la mirada de aquél con el rayo de la suya; pero muy

poseída del cuadro y, acaso acaso, gozosa, aunque no lo declarara.

— Si yo viviera aquí mucho tiempo, — continuó el buen Bermúdez, — arreglaría las cosas de manera que tú, hija mía, sacarás á estas singulares ventajas que rodean á Peleches, todo el interés y la sustancia que ellas son capaces de dar, para hacerte la vida, no solamente llevadera, sino deleitosa. Tendría, por ejemplo, una embarcación ligerita y segura, para recrearte y recrearnos en los placeres de la mar; haría convertir ó convertiría yo á mis expensas, ese mal camino que nos une con el del Estado, en una calzada en regla; tendríamos un carruaje cómodo que nos llevara y nos trajera por esas comarcas de Dios, tan dignas de visitarse, en lugar de las infames tartanas de que se puede disponer ahora por las condiciones de nuestros infernales caminos; tendría... ¡qué sé yo lo que tendría, en mi ardiente deseo de verte gozosa y alegre y sana en el solar de nuestros mayores! Pero esto has de resolverlo tú misma, y á tu resolución absoluta y soberana queda. Conste así, con el testimonio,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO RATES"
1966 1625 SHINTERKEY, MEXICO

algo sospechoso, de cierta zaina rondeña que no escucha, reventando por declarar que no vale toda su tierra de lobos contrabandistas, un puñado de lo que se coja en la parte más triste de cuanto se ve desde Peleches. Entretanto, echaremos mano de los recursos de que podemos disponer, hoy por hoy; y con ellos solamente, yo te prometo, hija mía, que si perseveras en tus buenos propósitos, no has de aburrirte un minuto aquí, por muy recio que llegue á tronar, como Dios nos dé salud... Ahora, y por de pronto, tenga usted la bondad, señora Catana, de ordenar que se nos sirva en seguidita el desayuno; y con las fuerzas que nos dé y mientras le tomamos, ó de sobremesa, haremos el plan de campaña para hoy, ó para toda la quincena, si nos conviene á ti y á mí. ¿No es cierto, Nieves?... Pues andando para dentro. Pero aguardaos un poco y oídme la última palabra, como ahora se dice: recorriendo con la vista la inconmensurable extensión de estos horizontes, y respirando el ambiente, medio terral, medio salino, que llena todo el panorama y anima y engrandece el es-

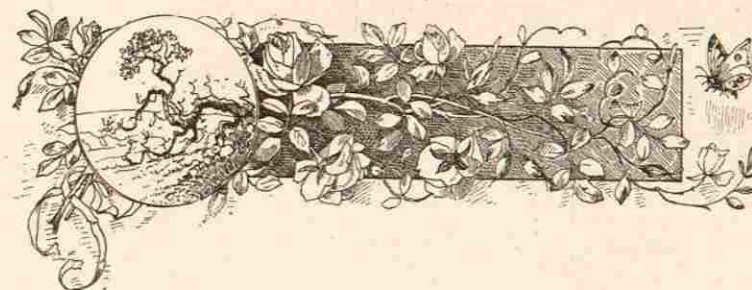
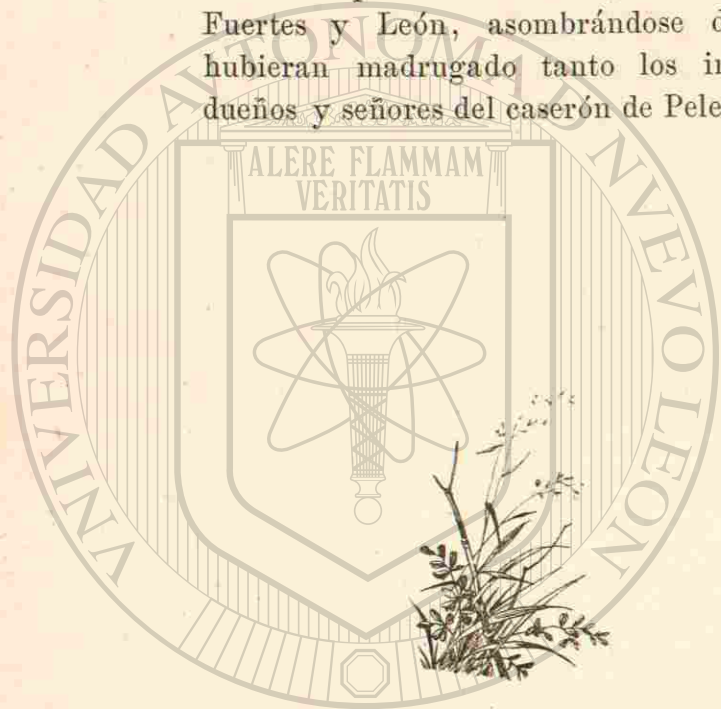
pectáculo de sus términos y detalles maravillosos, ¿no es verdad que se siente uno como más fuerte y más satisfecho? ¿que si se tienen penas se olvidan? ¿que si le dominan á uno rencores los acalla? ¿que si vacila entre lo cierto y lo falso, entre lo útil y lo pernicioso, entre lo nimio y lo grande, se le revela de pronto y como por milagro, la verdad desnuda y clara? ¿que no nos asalta, en fin, una idea que huela á innoble, ni un deseo que no sea honrado? Respondedme con franqueza.

Se le respondió que sí inmediatamente; y satisfecho con la respuesta, don Alejandro Bermúdez rompió la marcha hacia dentro, diciendo á las dos mujeres, con el mayor entusiasmo, como si nunca se lo hubiera dicho hasta entonces:

— ¡Si no tiene escape! Dadme vosotras un aire puro, y yo os daré una sangre rica; dadme...

Cuando dijo la última palabra de esta conocida tesis, Nieves estaba ya sentada á la mesa del comedor, en espera del desayuno; la rondeña, en la cocina para que acabara la cocinera de prepararle, y abo-

cando al pasadizo frontero, don Claudio Fuertes y León, asombrándose de que hubieran madrugado tanto los insignes dueños y señores del caserón de Pelechés.



UANI L

VI

ENTRE BUENOS AMIGOS

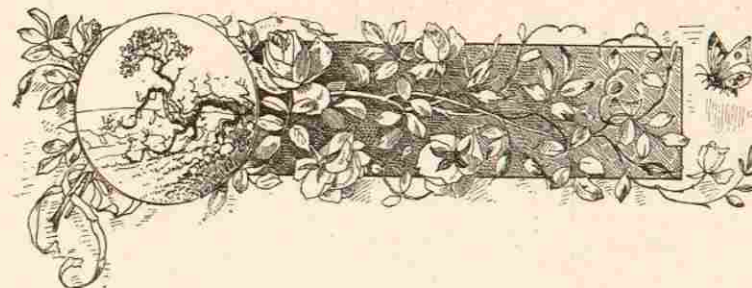
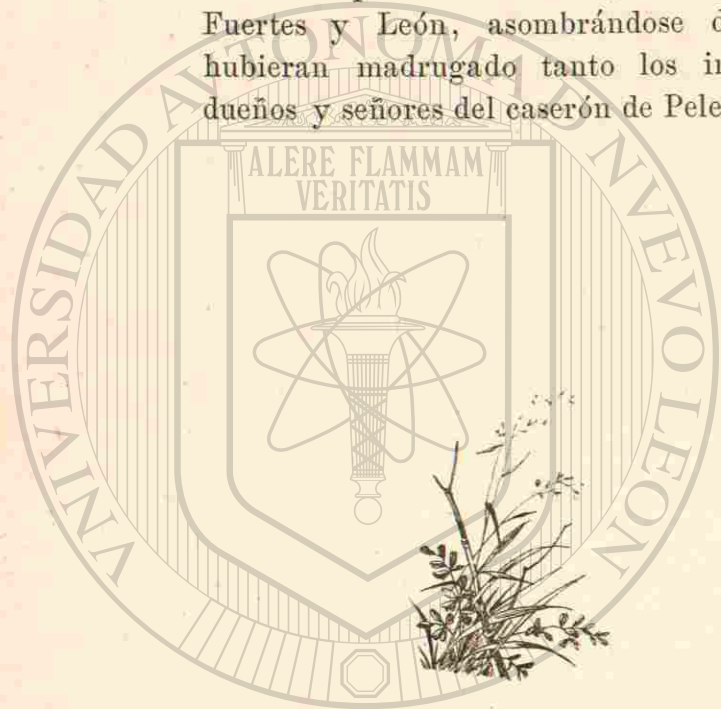
SEÑOR don Claudio! No podía usted llegar más á tiempo ni en mejor ocasión... ¡Catana!... ¡Catana!... ¿Café? ¿Chocolate? ¿Cosa de tener?... Con franqueza, don Claudio: lo que más apetezca y mejor le guste á estas horas... ¡Catana!...

— Pero, señor don Alejandro, ¡si yo no acostumbro á desayunarme hasta más tar-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cando al pasadizo frontero, don Claudio Fuertes y León, asombrándose de que hubieran madrugado tanto los insignes dueños y señores del caserón de Pelechés.



UANI L

VI

ENTRE BUENOS AMIGOS

SEÑOR don Claudio! No podía usted llegar más á tiempo ni en mejor ocasión... ¡Catana!... ¡Catana!... ¿Café? ¿Chocolate? ¿Cosa de tener?... Con franqueza, don Claudio: lo que más apetezca y mejor le guste á estas horas... ¡Catana!...

— Pero, señor don Alejandro, ¡si yo no acostumbro á desayunarme hasta más tar-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de! Cabalmente he venido tan de madrugada, por averiguar de sus sirvientes, mientras ustedes descansaban, qué era lo que habían echado más en falta anoche, para disponer con tiempo el remedio. ¡Cómo había de sospechar yo que después de las fatigas del viaje...?

— Pues ahí verá usted. ¿Y si le digo que hace ya más de una hora que andamos de ronda por toda la casa, de pieza en pieza y de balcón en balcón, mira aquí y asómbrete allá?...

— ¡Es posible?...

— Y ¿por qué no ha de serlo?

— En usted, pase, porque está más avezado, es de aquí y lo tiene ley; pero esta señorita...

— ¡A buena parte va usted! Cuando me levanté yo, ya estaba ella de vuelta, como quien dice. ¿No es verdad, Nieves? Hay que advertir también que antes de acostarnos anoche, habíamos pactado cierto compromiso... Pero que diga ella si le ha pesado la madrugada...

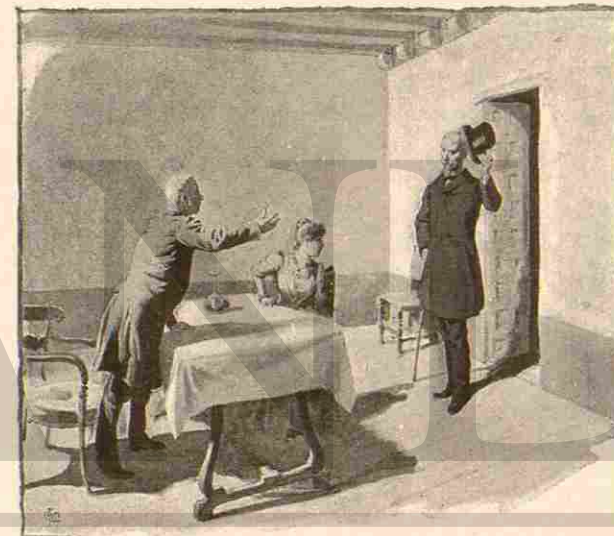
— De manera que la ha gustado la situación de Pelechés?

— ¡Oh, muchísimo!

— Vaya, pues lo celebro infinito; porque temía yo lo contrario.

— ¿Por qué, recanástoles?

— Hombre, acostumbrada á la hermo-



sura y la animación de una ciudad como Sevilla, nada de particular tendría que al verse de pronto en una soledad como ésta...

— De modo que donde hay soledad, no

cabe belleza ni...? ¿Se quiere usted callar, alma de cántaro? No le haga caso, Nieves... ¡Pues, hombre, me hace gracia la ocurrencia! Desde aquí al cielo, señor don Claudio... Y no me replique, para taparme la boca, que poco he demostrado mi entusiasmo por las maravillas de Pelechés volviéndoles la espalda durante tantos años; porque bien dicho lo tengo por qué ha sido y cuánto lo he deplorado... ¿Está usted? Pues ahora díganos qué va á tomar, porque está Catana deseando saberlo para servirle en el aire...

— ¡Ea! pues ya que ha de ser... lo mismo que ustedes tomen.

— Ya lo oyes, Catana: lo mismo que nosotros... Y respondiendo ahora á cierta indirecta pregunta que usted nos ha hecho, le digo que lejos de echar en falta cosa alguna en esta casa para nuestra comodidad, todo lo hemos hallado en su punto y lleno de motivos de agradecimiento y de aplauso á la previsión, al acierto... en fin, que ha hecho usted milagros... ¿No es así, Nieves?

— De toda verdad, don Claudio... Nada se echa de menos aquí.

— Repare usted, señorita, que yo no he hecho más que cumplir las órdenes de su papá lo mejor que he podido... De todas maneras, me felicito de no haberme equivocado... Pero ¿de veras le gusta á usted esto, Nieves?

— De veras, don Claudio, se lo juro á usted... Y ¿por qué no había de gustarme?

— Por lo que antes dije á usted. ¡Es esto tan diferente de aquello!

— Pues por esa diferencia me gusta á mí esto.

— ¡Ajá!... Tómame esa y vuelve por otra...

— De manera que usted está satisfecha?...

— Satisfechísima.

— Y dispuesta á sacar partido de...?

— De todo, don Claudio. Y si no lo estuviera, ¿para qué venir aquí?

— ¡En los mismos rubios, señor Fuertes! y vaya usted contando. A usted se le ha figurado que Nieves era una niña dengosa que se nutría de huevo hilado y alfenique, y le faltaba la respiración en cuanto se la sacaba de la estufa... ¡A buena parte va usted con la suposición!

— No suponía tanto, señor don Alejandro; pero entre los dos extremos... Y en fin, yo celebro en el alma que la señorita Nieves sea como es; y excuso decirles á ustedes que no sólo por deber, sino con muchísimo gusto mío, me pongo á sus órdenes desde ahora para servirla, para acompañarla...

— Ya nos habíamos permitido nosotros contar con ese factor en los cálculos que hemos venido haciendo por el camino; pero, inocente de Dios, ¿sabe usted con quién trata? ¿conoce usted los ánimos, los bríos y los propósitos que hay en ese cuerpecito que se abarca por la cintura con la llave de la mano? ¡Ay, amigo don Claudio! usted y yo, para sopas y buen vino.

— Poco á poco sobre eso, mi señor don Alejandro. Usted sabrá á qué paso le anda la vida por sus adentros; pero no el que lleva la mía por los míos.

— Pues hombre, ya que me la echa usted de plancheta, le diré que allá saldrán las dos en andadura, como salimos en años uno y otro.

— No es regla esa, don Alejandro.

— Sobre todo, cuando se saca en la cuenta el pico gordo que me saca usted á mí.

— ¡Yo á usted?

— ¡Toma, y se admira, canástoles!

— ¡Yo lo creo!

— Pues mal creído...

— ¿Cuántos años tiene usted, entonces, ó, mejor dicho, cuántos cree tener?

— Ni tampoco cincuenta y ocho...

— Lo menos sesenta y dos...

— ¡Ave María Purísima!... ¡No le haga caso, Nieves!

— De todas maneras, igual le dé, porque ya no ha de echarse usted á pretender jovenzuelas; pero esta es una cuenta que se saca en el aire y por los dedos.

— Pues ya está usted sacándola.

— Cuando yo vine á Villavieja por primera vez...

— ¡Cómo! ¿No es usted de aquí, don Claudio?

— No, señora. ¿Usted no lo sabía?

— Lo habrá olvidado, porque yo creo habérselo dicho.

— No lo recuerdo.

— Yo soy de Astorga.

— ¡De Astorga?

— Sí, señora, de donde son las grandes mantecadas...

— Y los maragatos, canástoles, con sus bragazas de fuelle.

— Sí, señor, y á mucha honra.

— Pues ¿cómo vino usted de tan lejos?

— Lo mejor será que se lo cuente usted todo, don Claudio; porque, á lo que veo, ha perdido la filiación de usted que yo la he dado varias veces.

— Sí, y para que se vaya apartando la atención de cierta cuenta pendiente.

— ¡Habrás visto marrullero?... ¡Como si no me importara á mí más que á él dejarla bien saldada!

— Allá lo veremos, mi señor don Alejandro, porque todo se andará. Voy por de pronto á satisfacer la curiosidad de Nieves en cuatro palabras, porque siendo, aunque inmerecidamente, tan íntimo amigo de su padre, no está bien que sea un hombre desconocido para ella...

— Tanto como eso, no, señor don Claudio.

— Es un decir; y vamos allá. Yo vine á

Villavieja de teniente de carabineros, no cucharón, señorita, sino de colegio, del de Infantería. Aquí ascendí á capitán y me casé con una villavejana de bastante buen ver y no pobre del todo. ¿No es cierto, don Alejandro?

— Y se queda usted corto. Era de lo mejorcito de aquí... Y pasemos de largo sobre ese punto, antes que empiece á dolerle como de costumbre...

— Bueno. Tuve dos hijos varones. En esto se armó lo de Africa; tentóme un poco el patriotismo y otro poco la ambición; conseguí, bajo cuerda y sin que lo supiera mi mujer, que me mandaran allá; fuíme, haciéndola creer que me obligaban á ello; volví de comandante acabada la guerra; destináronme á Barcelona con el regimiento á que pertenecía; y entre si me convenía más dejar aquí la familia ó llevarla conmigo, enviudé; vílo todo de un solo color, y ése muy negro; disipáronse de repente todas mis ambiciones; pedí el retiro, concedieronmele, y quedéme en Villavieja donde había vivido muchos años, habían nacido mis hijos y poseían, por herencia de su

madre, media docena de tejas y cuatro terrones. Poco después, el señor don Alejandro, que siempre me había distinguido y honrado con su amistad, quiso honrarme y favorecerme nuevamente dándome plenos poderes para administrarle sus haciendas de aquí, que no son pocas. Esto acabó de afirmar mis raíces en la tierra de mi pobre mujer; raíces no muy agarradas ya desde que mis hijos, hoy oficiales del ejército, se habían ido al colegio militar y yo me veía solo y desocupado. Pero á todo se hace uno, Nieves, en esta breve y espinosa vida. Yo me fuí haciendo á mi soledad, y hasta he llegado á encontrarla relativamente placentera. De ordinario, no soy melancólico: al contrario, se me tiene por hombre feliz y regocijado. Yo no trato de desmentir mi fama, por si es merecida, y, sobre todo, porque nada me cuesta; y así vamos viviendo... y así soy ni menos ni más. Conque ¿me conoce usted ahora?

— Aunque no con tantas señas, bien conocido le tenía á usted, y estimado en lo que merece.

— Muchas gracias... y vamos á rematar

ahora el punto de las edades, que quedó empezado antes de abrirse este paréntesis que acabo de cerrar.

— ¡Canástoles, cómo le preocupa á usted ese punto, hombre! Pues supongamos que se echa la cuenta y que me sale usted alcanzado en cuatro años, ó que los dos salimos pata; después de todo ¿qué? Nadie tiene más edad que la que representa.

— Eso, mi señor don Alejandro, puede ser, y usted perdone, una huída, como otra cualquiera, del terreno, y desde luego no es exacto; y además, como argumento, es aquí muy sospechoso.

— ¡Vaya usted echando canela!

— Porque la hay á mano. Y á la prueba: me ve usted con esta facha algo quijotesca; un si es no es acartonado, con el pelo y los bigotes grises...

— Canos.

— Corriente: canos, al paso que usted, más metido en carnes que yo, con el pellejo más reluciente, su estatura regular y de buen arte; tan aseadito y curro, y tan recortaditas y cepilladas las blancas patillas...

— ¡Grisés, don Claudio!... mírelas usted bien y juguemos limpio.

— Grisés, corriente: vaya también esa ventajilla á favor de usted: poco me importa. Nota usted esa diferencia de ornato, nada más que de ornato, entre las dos fachadas, y piensa que sacadas juntas á la plaza, la de usted se llevará las preferencias. Concedido. Pero en seguida protesto yo y le desafío á que me siga con la escopeta al hombro, ó con el bastón en la mano por sierras y montes arriba, á la tostera del sol de Junio ó con las nieves de Enero; y entonces se descubren las máculas que hay debajo del revoque, y falla la máxima esa; porque es bien seguro que cuando yo comience á jadear, está usted agonizando.

— Eso se vería ¡canástoles!

— Por visto, señor don Alejandro, por visto... Y finalmente, que nos ponga á prueba Nieves, ó que me ponga á mí solo al realizar los planes que por lo visto tiene formados, utilizándome como guía y acompañante suyo, que es por donde habíamos empezado, y se verá si sirvo ó no sirvo para el caso, y quién cae primero de los

dos, ó el último de los tres, si se atreve usted á acompañarnos...

— ¡Vaya si me atreveré! ¡Y nos veremos allá, señor guapo!

— Pues no tienen ustedes más que avisar.

— Le cojo á usted por la palabra, señor don Claudio, con permiso de papá; y comienzo por mandarle que nos ayude, hoy mismo, á formar la lista de las expediciones que hemos de hacer por tierra y á pie...

— Repito que estoy á sus órdenes.

— Y por mar...

— Eso ya varía, Nieves. De la mar no entiendo jota. No me he embarcado aquí seis veces en mi vida; y en tres de ellas eché los hígados, sólo por asomarme á la boca del puerto. Soy de Astorga, y no hay más que decir. Pero no le apure la dificultad, que si los lances de la mar le gustan á usted...

— ¡Muchísimo!

— No han de faltarle medios de satisfacer el gusto. Respondo de ello.

— ¿De veras, don Claudio?

— Como todo lo que yo prometo, aunque me esté mal el decirlo.

— ¡No sabe usted la alegría que me da con la promesa!

— Cuando te digo, Nieves, que hasta lo de Caparrota se compuso... y mira, mira, hasta lo de nuestro desayuno que empezaba á darme mucho en qué pensar por su tardanza. Ya está aquí... Gracias, señora Catana: bien sé que la culpa no es suya ni de la cocinera, sino de nuestro madrugón, inesperado en la cocina... ¡Ea! don Claudio, adentro con eso... No tienen mala traza esos bollos. Hombre, ¿qué tal se anda aquí de pan?

— Bastante bien, como de carne y de leche... y de confituras.

— Pues estamos como queremos... Si te digo, Nieves, que esto de Peleches es Jauja...

— Vamos á ver, señor don Alejandro, y antes que se me olvide: yo, metiéndome quizá más adentro de lo que debiera, á una pregunta que me hicieron ayer ciertas parientas de usted, me permití responder afirmativamente.

— Si no se explica usted más...

— Voy á ello: la hija, que cuando habla

de usted con sus amigas, le llama «mi tío Alejandro» y de Nieves «mi prima Nieves»...

— ¡Demonio!

— Y ¿quiénes son esas parientas, papá?

— Pues una hermana y su hija del marido de tu tía Lucrecia.

— No veo el parentesco.

— Ni yo tampoco... ni ellas mismas le verán, porque no existe; pero desean aparentarle. Buen provecho les haga, ¿no es verdad?

— Se me olvidó ese detalle en mi carta, y ahora le recuerdo. La madre no llega á tanto. Se queda en «mis parientes de Sevilla» ó «los parientes de Peleches».

— Bien ¿y qué?

— Aguarde usted un poco... ¡canario, qué ricamente está hecho este café!

— Como obra de las manos de Catana, que no tienen igual para eso. También está rica la mantequilla...

— Esa es de primera aquí: recuerden lo que les dije de la leche. Pues á lo que íbamos. Rufita, que es la hija, la hija de doña Zoila Mostrencos, hermana carnal de don

Cesáreo, esposo de doña Lucrecia; Rufita, digo, la supuesta prima de Nieves y sobrina, por consiguiente, de usted, me paró ayer en la calle yendo con su madre y me dijo: «supongo, don Claudio, que esos señores no nos tirarán con algo si vamos á visitarlos en cuanto lleguen... porque pensamos visitarlos. Ya ve usted: un parentesco tan próximo y tan conocido en Villavieja... y estando ellos tan en armonía con los de Méjico, parecería mal que nosotros no los fuéramos á ver». Esto dijo Rufita.

— Y usted ¿qué la contestó?

— Que no las tirarían ustedes con nada: al contrario, que las recibirían muy bien...

— Perfectamente respondido... ¿Por qué te ríes, Nieves?

— ¡Por qué me he de reír, papá? Por la pregunta de Rufita. ¿Se ha oído cosa más graciosa? ¿Por quién nos tomarán esas señoras?

— No le choque á usted, Nieves: es estilo muy corriente ese por acá.

— Y ¿cuándo piensan venir?

— Pues cuéntelas usted aquí á la hora

menos pensada: de seguro antes de comer hoy.

— ¿Tan pronto?

— Y no serán ellas solas... Es el estilo también.

— De manera que también aquí hay que hacer visitas?

— ¡Uff! No se hace otra cosa.

— ¡Ay, Dios mío!

— ¡Bah! no te apure eso...

— ¡No faltaba más! Mire usted, para que le vaya sirviendo de gobierno: vendrán seguramente esta mañana misma, las parientas esas, y acaso, acaso, las de Garduño, es decir, las Escribanas, y Codillo con sus hijas; tal vez se atrevan las de Martínez Liendres, las Corvejonas: creo que se atreverán, lo mismo que las Indianas. A éstas las doy por infalibles en todo el día de hoy; y á otras por el estilo, mañana ó pasado. Todas ellas, fingiendo cumplir un deber de cortesía con ustedes al visitarlos, se agarran á esa ocasión para darse pisto entre las gentes de la villa y meterles á ustedes sus trápitos por los ojos... Cuando concluya esta tanda, empezará la de las otras, el *Faubourg*

Saint-Germain de aquí, «nuestra vieja aristocracia», como si dijéramos, los Carreños de abajo y los Vélez de arriba, que es ya lo único que nos queda de esa clase, y bastante averiado por cierto. Se da por entendido que no han de faltar ni el juez, ni el clero en masa, ni el médico viejo, ni otros personajes más ó menos pesados de palabra, más ó menos sinceros de intención.

— Pero, don Claudio, por el amor de Dios, ¿eso va á ser el acabóse!

— ¿Por qué?

— ¡Adónde vamos á parar con tanta visita? Todo el verano hace falta para recibirlas y pagarlas...

— Para ellos estaba ¡canástoles!

— Ya la he dicho á usted que no se apure por eso. En poco más de tres días les han de visitar á ustedes cuantas personas piensan visitarlos aquí. El ritual de este gran mundo no admite más largo plazo: se tomaría la visita á menosprecio. Pues bien, en otros tres ó cuatro días pagan ustedes las deudas, y al sol. Para venir á verlos á Peleches, traerá encima cada cual el fondo del cofre, sobre todo las mujeres; pero

este detalle no la obliga á usted á la recíproca, aunque para obligarla le usen ellas. Usted se viste como mejor le parezca; y le doy este consejo, porque la misma cuenta le ha de salir de un modo que de otro: al cabo la han de morder.

— ¡A mí?... Y ¿por qué, señor don Claudio?

— Porque también eso es de estilo aquí.

— ¡Pues me gusta!

— Y es usted recién venida, y el objeto de la pública curiosidad, y sevillana, y rica, y una Bermúdez del solar de Peleches, y sobre todo... ¡canario! ¿por qué no ha de decirse? guapa; pero ¡muy guapa!

— A que al fin me la va usted á echar á perder, canástoles? Por de pronto, ya me la puso usted colorada... ¡Semejante soldadote!

— Me dolería haberla molestado con este rasgo de franqueza, y la suplico que me perdone, si he tenido esa desgracia; pero conste que no rebajo una tilde de lo dicho, porque yo no falto á la verdad por ningún respeto humano. A lo que íbamos, Nieves: hasta es posible que algunas de las visitas

que reciba la diviertan á usted; pero diviértase con ellas ó no, usted, el señor don Alejandro, y yo si les sirvo de alguna cosa, continuaremos trazando planes para hacer usted aquí la vida á su gusto, y hasta poniendo en planta la parte de ellos que no estorbe á la etiqueta obligada en estos tres ó cuatro primeros días... Otra cosa y para gobierno de ustedes: en Villavieja se come á la española neta, de doce á una, y se cena de nueve á diez... Y á propósito de estos particulares: mi condición de viudo con casa abierta, me ha hecho entender un poco en los prosaicos menesteres de la vida. Desearía haberlo demostrado á satisfacción de ustedes en el abasto provisional que hice para su cocina y despensa. Puedo jurarles que puse en ello los cinco sentidos.

— Todo está en su punto, señor don Claudio, y nada falta ni sobra... ¡Para declararlo Catana como lo declaró anoche al tomar posesión de sus dominios!... De dos artículos de ello muy importantes, la manteca y el café, no hay que hablar, porque están á la vista las muestras, y ya hemos convenido en que son excelentes...

— Lo celebro de todo corazón, porque tengo un poquillo de vanidad en ser competente en ese delicado capítulo de la vida doméstica... Respecto á lo demás de la casa...

— Ya le hemos dicho á usted que tampoco tiene pero.

— No lo he olvidado, pero no voy á tratar de eso precisamente, sino de algo que no ha podido hacerse por falta de tiempo, y se podría hacer ahora más despacio y enteramente á su gusto. De esto y otras cosas parecidas quisiera yo hablar con usted cuanto antes.

— ¡Qué canástoles, hombre! ¿Tan urgente es el caso?

— Urgente, así en absoluto, no señor...

— Pues entonces ¡qué demonio! empleemos la sobremesa en puntos de más enjundia... Déme usted alguna noticia más de las gentes de nuestro tiempo. Verbigracia, del famoso boticario...

— Yo, con permiso de ustedes, los voy á dejar. Eso de las visitas me tiene con cuidado, y temo que me falte tiempo para arreglarme.

- Pues adiós, hija mía.
- Buen provecho, y hasta luego.
- A los pies de usted, Nieves.
- ¡Ea! ya está usted empezando.
- ¿Por dónde?
- Por donde usted guste ó más rabia le dé.
- ¿Se permite murmurar, ahora que estamos solos?
- ¿De quién, hombre malévolo?
- Del primero que salte en la conversación.
- ¡Como si supiera hacer otra cosa el inocente!
- Gracias por la lisonja.
- Es justicia, créalo usted... Pero ¿y si el que salte en la conversación no da motivos?
- Aquí todos le dan, poco ó mucho, en diferentes sentidos.
- ¿Hasta el pobre boticario?
- Ese es hombre aparte, no solamente en Villavieja, sino en todo el mundo sublunar.
- En fin, allá usted, que yo lavo mis manos...

- Pero no le disgusta el tema...
- Hombre, yo no he dicho...
- Las cosas claras, don Alejandro...
- ¡Canástoles! pues ¿qué más claras las he de poner?... Venga de eso, ó de lo que



mejor le cuadre... y á ver qué le parecen estas regalías para fumigar la conversación.

- La vitola es de primera.
- Pues á prender fuego á ese ejemplar... Ahí va la cerilla.

— Gracias, señor don Alejandro.

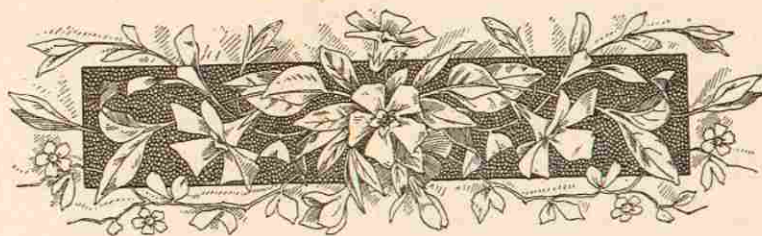
— Aguarde usted un poco. ¿No le sabría mejor el tabaco mojando la punta en ron, pongo por caso, ó en coñac?

— Es posible, ó en un chapurradito de los dos. No había dado yo en ello, ¡vea usted!

— ¿Sabe usted si lo hay en casa?

— Respondo de que vino á ella un buen surtido de esa clase de menesteres.

— ¡Catana! ¡Catana!... ¡El ron y el coñac... y unas copitas con ello!



VII

VISITAS

Lo anunciado á este propósito por don Claudio Fuertes y León en casa de don Alejandro Bermúdez, se cumplió casi al pie de la letra. A las once de la mañana, precisamente en el instante en que esa hora sonaba en la torre de la Colegiata, se sentaban en el estrado de Peleches, Rufita González y su madre, las «parientas» de la casa, con

— Gracias, señor don Alejandro.

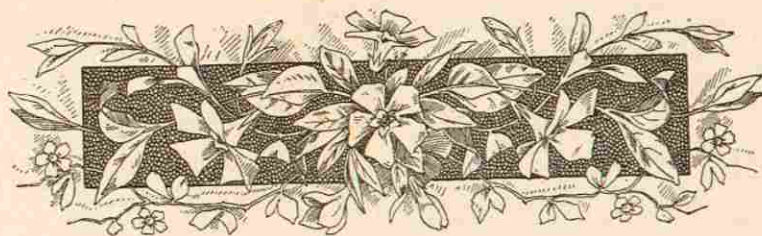
— Aguarde usted un poco. ¿No le sabría mejor el tabaco mojando la punta en ron, pongo por caso, ó en coñac?

— Es posible, ó en un chapurradito de los dos. No había dado yo en ello, ¡vea usted!

— ¿Sabe usted si lo hay en casa?

— Respondo de que vino á ella un buen surtido de esa clase de menesteres.

— ¡Catana! ¡Catana!... ¡El ron y el coñac... y unas copitas con ello!



VII

VISITAS

Lo anunciado á este propósito por don Claudio Fuertes y León en casa de don Alejandro Bermúdez, se cumplió casi al pie de la letra. A las once de la mañana, precisamente en el instante en que esa hora sonaba en la torre de la Colegiata, se sentaban en el estrado de Peleches, Rufita González y su madre, las «parientas» de la casa, con

todos los útiles de visitar encima: guantes, abanico, sombrilla y tarjetero, y los trapos mejores del baúl.

— Nosotras — decía Rufita después de los acostumbrados saludos; porque es de saberse que su madre apenas desplegaba los labios sino para sonreír continuamente y decir á todo «justo», — teníamos noticias exactas de su venida á Pelechés este verano, no solamente por don Claudio que tanto nos distingue porque nos aprecia muchísimo, sino por la misma tía Lucrecia que nos lo escribió por el último correo, al darnos parte de que vendría también mi primo carnal, Nachito, á conocernos á todos sus parientes... vamos, á ustedes y á nosotras, ya que no podía venir ella por haber engordado una barbaridad, ni tampoco el tío Cesáreo, que tiene que estar siempre á su lado, porque no se puede valer de por sí sola, de puro gorda que está... Por supuesto que de esta venida del primo, muy corrida por aquí, y de saberse también que se ha carteadado conmigo... ¡uff! han sacado los murmuradores horror de cosas: que si hay planes arreglados, ¡vea

usted!; que si debe vivir con nosotras, porque es hijo de un hermano de mi madre; que si vivirá en Pelechés, aunque es sobrino de ustedes *solamente* por parte de la suya; que si, por sus caudales atroces, estaría mejor arriba que abajo, por otros



particulares que conoce bien la pobre tía Lucrecia y no habrá olvidado tampoco el tío Cesáreo, más propio y hasta más decente sería vivir abajo que arriba... Vamos, lo de siempre que la murmuración mete la pata en negocios ajenos... Pero

nosotras, gracias á Dios... ¡y á buena parte vienen á hacer leña!... ¿eh, mamá?... nosotras bien conocemos que para alojar á una persona de la importancia de Nachito, no somos todo lo... vamos, todo lo principales y ricas que se requiere, por más que en educación y en sentimientos no tengamos que envidiar á las señoras más encumbradas; y por lo mismo que conocemos esto, no nos chocaría que mi primo se encontrara más á gusto en Peleches... ¡Ah! pues deje usted, que no falta quien dice que viene á casarse con usted, Nieves... usted sabrá si es cierto, ¡ja, ja, ja! Verdaderamente que no tendría nada de particular que así resultara después de conocerla á usted, tan elegante y tan bonita... Ya ve usted, comparada con una pobre villavejana como yo... ¡ja, ja, ja! la elección no podía ser dudosa... ¡ja, ja, ja!... Pues á lo que iba al principio, porque las palabras se enredan, se enredan... Sabiendo nosotras que venían ustedes, nos dijimos (se entiende, mamá y yo): ¿y qué hacemos? La cortesía y el parentesco de familia nos mandan que los visitemos; pero otras razo-

nes que tampoco son de olvidar, nos dicen: hay que dormirlo y rumiarlo bien, porque si con el mejor de los deseos que una lleve á esa casa, le dan á una un disgusto gordo por todo pago, ¡zambomba! Conque en esto, consultamos el caso ayer mismo con don Claudio; y, naturalmente, nos aconsejó que viniéramos, respondiendo él de que seríamos bien recibidas... ¡Pues no faltaría más! como nos dijo el señor de Fuertes: «¿qué tienen ustedes que ver con lo que en otros tiempos hubo ó no hubo entre los de arriba y los de abajo, siendo ya eso puchero de enfermo y ustedes unas señoras en toda regla, que no van á pedir á nadie media peseta para los panecillos del almuerzo?» Conque al saber que ustedes habían llegado anoche, nos dijimos: vamos á saludarlos y á ofrecerles la casa y nuestros respetos, porque arrieros somos... y casi parientes además; y esta mañana nos echamos encima lo primero que tuvimos á mano... Porque nos gusta mucho á mamá y á mí andar decentes, eso sí, pero sencillitas, muy sencillitas, como ustedes pueden ver... lo que no quita que tengamos siempre de

reserva alguna cosilla de más lujo, por si acaso truena gordo á lo mejor... Al revés que otras de aquí, que se llevan el cofre entero cada vez que se echan á la calle ¡uff! Porque ustedes no pueden figurarse la bambolla que hay en Villavieja, y los humos que gastan y el tono que se dan ciertas gentes... Vamos, cuatro zarrapastros, Dios me lo perdone, que estarían mejor barriendo las escaleras ó acarreando sardinas desde el muelle... ¡Ya verán ustedes, ya verán! sobre todo usted, Nieves, si no trae bien atascados los baúles y no saca un vestido nuevo cada día á la Glorieta ó á los Arcos... ¡ja, ja, ja! y si le saca, que luego se le copian y la miran de reajo y la despellejan viva. Son atroces, ¡ja, ja, ja!... Que diga mamá si empondero ni tanto así... Porque, hija, ¡nos tienen sacudida cada patada en la boca del estómago!...

Y así durante quince minutos sin que nadie pudiera meter baza en la conversación. Para Nieves, la garrulidad de Rufita era de una novedad asombrosa: estaba como fascinada escuchándola; pero más fascinada todavía viendo la multitud de

cosas que movía á un tiempo: la lengua, la cabeza, los ojos, el abanico, la sombrilla, los pies y las asentaderas. En cambio, su madre apenas movía cosa alguna más que los labios para sonreir, el abanico muy poco á poco, y la lengua para decir de tarde en tarde: «justo». Don Alejandro estaba poco menos suspenso que su hija delante de aquel espectáculo; pero no tan tranquilo como ella, porque le tenía en ascuas el temor á ciertas y determinadas alusiones de Rufita González.

Cerca ya del mediodía se levantaron las dos; y eso porque se oyeron rumores de nuevos visitantes que entraban en el pasillo.

—Sobre el particular del primo Nacho,— dijo Rufita despidiéndose,— repetimos á ustedes que, por nuestra parte, no habrá camorra ni cosa que se le parezca. Si él quiere quedarse en Peleches, que se quede; si quiere venirse con nosotras, que se venga. No estará tan bien alojado como aquí, ni tendrá tan guapa mesonera, ¡ja, ja, ja!; pero le daremos cariño largo y lo mejor de lo de casa; y... algo es algo, ¡ja,

ja, ja! De todos modos, no es puñalada de pícaro todavía, y pueden ustedes ir formando su composición de lugar para cuando volvamos á vernos. Porque hemos de volver á vernos, ¿no es verdad? Por lo pronto, cuando nos paguen ustedes la visita... y muchísimas veces más, como es natural entre personas de familia. ¿No es verdad, don Alejandro? ¡ja, ja, ja! Adiós, Nieves. *(Un par de besos.)* Toda de usted, señor don Alejandro... Despídete mamá, y vámonos. *(Se despide la mamá como puede, y salen las dos.)*

A la puerta del estrado se cruzaron con las Escribanas que entraban, muy arrebatadas de calor y un tanto airadas de semblante. Antes de salir de casa se habían picado las chicas por diferencias de opinión sobre lo que debían de ponerse para hacer aquella visita. Al fin se vistió cada una de ellas como mejor le pareció; pero todo el camino fueron tiroteándose á media voz unas á otras. Aun duraba la resaca cuando se cruzaron con las parientas de «los de Pelechés» á la puerta misma del salón. Por eso y por la mala ley que tenían, más

que de saludo fueron de mordisco las palabras y los gestos con que las pagaron sus muestras de cortesía.

Se sentaron todas después de muchos remilgos de exagerada etiqueta, y la Escribana madre fué quien habló la primera. Se habían creído obligadas á dar la bienvenida y ofrecer sus respetos á los señores de Pelechés, no solamente por la posición que ocupaban ellas en la sociedad de Villavieja, «aunque humilde, de alguna importancia», sino por lo íntimo de las relaciones que siempre hubo entre su difunto marido y la casa de Bermúdez. (Puro embuste.) Por otra parte, había entre las personas «propriamente decentes» de allí, verdadera necesidad de cultivar un poco el trato de las gentes bien nacidas y de buena educación, porque «ustedes no saben cómo se va poniendo esto de día en día... ¡atroz! ¡les digo á ustedes que atroc!» Y no estaba la culpa precisamente en el empeño de las de abajo en subirse muy arriba; sino en algunas que por haberse tenido siempre por de lo más cogolludo, no podían sufrir que otras tan buenas como ellas, por donde

quiera que se miraran, se pusieran á su lado; y no pudiendo asombrarlas ni siquiera deslucirlas en tanto así... ni competir con ellas, si bien se miraba, en dinero, ni en elegancia ni en educación, se dejaban pudrir entre cuatro paredones viejos, ó andaban al revés de todo el mundo. Y claro estaba: los sitios que dejaban desocupados ellas «en la buena sociedad», los iban ocupando «otras atrevidas del zurriburri»; se hacía de ese modo «una mezcla atroz», y luego, las gentes que no entendían mucho de estas cosas, á todas las medían por un mismo rasero. Quería la Escribana madre que Nieves lo tuviera todo muy en cuenta para que no se dejara engañar «por la pinta» y supiera «á quién se arrimaba». Este era un favor que ella quería hacerla con el buen deseo de evitarla muchos disgustos... Por de pronto, no citaba nombres; pero los citaría si Nieves lo creyera necesario...

La mayor de las hijas, pensando que caería bien allí un escrupulillo forzado, una atenuación irónica á lo dicho por la madre, apuntó cuatro palabras en este sen-

tido; pero en seguida se las tachó con otra ironía la escribanilla segunda; replicó la primera con una pulla á su hermana; intervino la menor con una zumbita mortificante para las otras dos, y volvieron á salirles á las tres los rosetones encarnados en las mejillas, á temblarles la voz y los labios, y en las manos los abanicos, que crujían y se despedazaban entre los dedos convulsos... La Escribana madre, bien conocedora de aquellos síntomas, para conjurar la tempestad, más ó menos sorda, que barruntaba, reía á carcajada seca los dichos de sus hijas, queriendo que los tomaran por chistes Nieves y don Alejandro que se miraban atónitos delante de aquella singular escena.

Por fortuna para todos, entró don Ventura Gálvez, el párroco de Villavieja, hombre de pocas teologías, pero de mucha moral, risueño, sencillote y bondadoso como él solo. Era ya viejo, aunque bien conservado, y el único resto de lo que fué Cabildo de la Colegiata de Villavieja antes del Concordato que los suprimió. Quedóse allí como coadjutor de la nueva parroquia, y á

los pocos años ascendió á párroco. Le estimaba mucho don Alejandro, y le dió un abrazo apretadísimo. Tuteaba á las Escribanas, porque eran hijas suyas de confesión y pertenecían además á una de las congregaciones que él dirigía, y las dijo algunas cuchufletas en cuanto las vió allí muy emperejiladas. Con esto se conjuró la tormenta que amagaba estallar. Llevando don Alejandro la conversación al terreno de don Ventura, habló éste del estado en que se hallaba la Colegiata: bastante bueno. Según los inteligentes, porque él no lo era, el templo, sin ser un monumento de gran importancia, valía la pena de ser atendido, aun sin considerarle, como le consideraba él ante todo, como casa de Dios. Era relativamente moderno, de estilo greco-romano, bien lo sabía el señor Bermúdez; y aunque no rico por su ornamentación, de cierta grandiosidad aparente... Para Villavieja, como la Catedral de Toledo. Los dos coadjutores (que ya vendrían á ver á don Alejandro, quizá en aquel mismo día) le ayudaban con celo y hasta con entusiasmo, y resultaban de ese modo bastante esme-

radas y solemnes las funciones del culto. Para el vecindario que tenía Villavieja, en rigor, en rigor, se necesitaba mayor personal que el que tenía la parroquia; pero teniendo en cuenta los tiempos que corrían, no se estaba mal del todo.

Gracias á los buenos sentimientos de los villavejanos, en el templo no se carecía de nada de lo principal... con excepción del órgano, que á lo mejor no sonaba, de puro viejo y remendado. Se trataba de adquirir otro, y ya se habían tanteado voluntades con bastante buen éxito... Don Cesáreo, el marido de doña Lucrecia, había ofrecido una cantidad considerable, y mayor, si fuere necesaria. Dios era la Suma Bondad y cuidaba de todos, particularmente de los villavejanos, entre los cuales no arraigarían nunca las malas ideas... Últimamente había caído allí una semillita de cizaña... cosa de nada; pero que, como todo lo malo, fructificaría si no se exterminaba á tiempo: el hijo de un tabernero mal aconsejado; un chilindrín presuntuoso, un tal Maravillas, que con el polvo de las aulas, ó de los garitos, en la ropa, se había echado á predicar

entre la gente menuda unas doctrinas endemoniadas, que corrían el peligro de tomar algún arraigo, por lo mismo que no eran entendidas ni del predicador ni de los oyentes. Por eso había que vivir alerta. ¡Semejante mequetrefe, ignorantón y atrevido! Últimamente andaba empeñado en la obra, que llamaba él redentora, de publicar un periódico, que se imprimiría en la capital, porque allí, en Villavieja, no había imprenta todavía... ¡Tendría que leer lo que dijera ese periódico escrito por un trastuelo que discurría y pensaba como Maravillas, en una población de tan sanas ideas como Villavieja!

Se habló mucho de esto; se fueron las Escribanas, y entraron, casi unos tras otros, el juez de primera instancia, el abogado Canales, Codillo con sus hijas, el médico don Cirilo, las Corvejonas y algunos notables más de la villa. Apenas se cabía en el testero del estrado donde recibían los señores de Peleches; y á estas apreturas y al respeto que infundían allí los personajes graves, se debió, para suerte de los de casa, que ni las Corvejonas ni

las de Codillo estuvieran en el lleno de sus papeles, como habían estado en los suyos respectivos las Escribanas y Rufita González, y se marcharon pronto.

Cuando se sentaron á la mesa, muy corrida ya la una de la tarde, los de Peleches, Nieves sentía quebrantos en el cuerpo, como si hubiera rodado por una montaña; y además estaba medio asustada con las cosas de aquellas mujeres tan parleteras, tan maldicientes y tan feroces. Le aterraba la idea de un trato frecuente con ellas, y pidió por misericordia á su padre que la librara de ese suplicio.

Don Alejandro se reía de buena gana de estos temores de su hija, y la entretuvo mucho explicándola la verdadera sustancia de aquellas cosas que la asustaban por no conocerlas tan bien como él. Desmenuzólas convenientemente; separó á un lado lo que en ellas había de malo por resabios de localidad y faltas de verdadera educación, y á otro lo que era sano y noble, honradísimo y muy estimable en el fondo, y demostró á su hija, sin gran esfuerzo, que, cultivando por este lado y con sumo tino y con poca

frecuencia el trato de aquellas personas, hasta llegaría á quererlas. De todas suertes, ella había ido á Pelechés para hacer una vida á su gusto, sin agravio ni ofensa de los demás, y esa vida haría allí.

Por la tarde continuaron las visitas, que subían á Pelechés sudando el quilo, porque aquel día achicharraba el sol. Dígalo la Indiana madre, que se presentó con vestido de terciopelo, el mayor lujo de todos los cofres de la villa, arreglado por cuarta ó quinta vez del que le regaló su Martín al casarse con ella.

Cerca ya del anochecer y cuando en Pelechés no se esperaba á nadie, llegaron los Vélez de la Costanilla. Eran tres, lo único que quedaba ya de los Butibambas de Villavieja: un señor don Gonzalo, alto, huesudo y pálido, con la cabeza calva y la cara muy rasurada, tieso corbatín y levita negra muy ceñida, bastante pasada de moda y de uso. Juanita Vélez, doncella cuarentona, larga y enjuta, por el estilo de su padre, lacia de pelo, de buenos ojos y muy regulares facciones, vestida de finas telas, pero muy antiguas; presuntuosa-

mente simple el corte de su atalaje, pero también algo anticuado; y por último, Manrique, el menor de los Vélez, hermano de Juanita, un giraldón desvaído y soso, con la boca muy grande y los dientes amarillos, mucho pie, largas piernas y bastante nuez. Era abogado por lujo, y por lujo consumía su juventud encerrado en el caserón de la Costanilla, por hábito de tener en poco á las gentes de Villavieja.

Aquella visita fué pesada y melancólica, y además muy molesta para Nieves, que estuvo incesantemente entre las miradas de los dos hermanos: las de Juanita, inquisidoras y mordicantes, y las de Manrique, voraces y hasta desvergonzadas. Se cruzaron pocas palabras entre los tres; y de esas pocas, las de Nieves fueron monosílabos; las de Juanita impertinencias, y las de Manrique, sandeces. Don Gonzalo, que leía *La Época*, habló un poco con don Alejandro de las audacias de los partidos extremos y de la decadencia de la aristocracia española por influjo necesario de las nuevas corrientes, de las que no se apartaba lo que debía y á lo cual la obligaban sus glo-

riosas tradiciones y la altísima misión que le estaba encomendada por la Historia, y hasta por la Providencia divina... Esto le llevó como una seda á trazar un croquis de su vida en aquel centro minúsculo en que bullían y se agitaban, en las debidas proporciones, los mismos instintos malos y las mismas concupiscencias que en las grandes capitales. A Dios gracias, había logrado conservar hasta la fecha todo su prestigio y en la misma fuerza en que le había heredado de sus mayores. No concebía, en su clase, la vida de otro modo, ni podía acomodarse á ciertas artimañas y componendas con las clases inferiores, como hacían otros... porque así les iba mejor. Era cuestión de dignidad nativa, y no había que disputar sobre ello.

No pensaba en semejante cosa el tuerto Bermúdez, que le escuchaba sin pestañear y bostezando á ratos; y eso que podía jurar que lo de las artimañas y las componendas con las clases inferiores, iba con él porque era rico y del solar de Pelechés, y vivía en Sevilla, y tenía negocios y amigos de muchas castas en varias partes, incluso

Villavieja; sabía también que los Vélez de la Costanilla le detestaban con cuanto le pertenecía, y que si venían á visitarle entonces era sólo por darse lustre y venderle la fineza; sabía además que el resoplado Vélez, con todos aquellos pujos de idealismo aristocrático, era, so capa, el mayor y más funesto intrigante que había en Villavieja, con excepción del otro, de Carreño, el de la Campada, que allá salía con él en intrigas y en agallas; y sabía, por último, que era relativamente pobre y pobre vanidoso, vivía retraído y envidioso y maldiciente, lo mismo que sus hijos é igual que todos sus fidalgos progenitores. Lejos de pensar en contradecirle en nada el campechano Bermúdez, á todo le dijo «amén» por ser ese el camino más derecho para llegar al fin de la visita, que era lo que más descaba entonces.

Túvole al sonar las nueve de la noche; y los Vélez de la Costanilla se despidieron y se marcharon con el mismo insípido ceremonial con que se habían presentado en el solar de Pelechés.

En cuanto se vió Nieves á solas con su padre, le dijo:

— Creo que estoy mala, papá, y que si vienen más visitas esta noche, me muero.

— Y yo también, — respondió don Alejandro, recorriendo el salón á grandes pasos para desentumecerse. — Pero no tengas cuidado, que no vendrán; y si vinieran, perderían el viaje y el tiempo, porque voy á dar órdenes para que se cierren las puertas, como si nos hubiéramos muerto ó zambullido ya en la cama... Pero dime antes: de todas las visitas que nos han hecho hoy, ¿cuál te ha parecido la más molesta?

— La última, — respondió Nieves sin vacilar. — Ésta de los Vélez. ¡Ay, qué estampas de escaparate! Siquiera las otras...

— Justo, resultan divertidas.

— Eso es.

— Pues aun te faltan otros ejemplares de primera: los Carreños de la Campada, rivales de los Vélez de la Costanilla, que acabas de conocer... y lo que Dios nos tenga destinado, hija mía; porque al paso que vamos hoy, no es fácil adivinar lo que

sucedirá mañana. De todas suertes, la batallá ha de durar pocos días... Recuerda lo que don Claudio nos dijo.

— Sí; pero ¿y los del pago?

— Esos no te apuren: se toman á nuestra comodidad, ó no se toman... ó se corta por donde convenga; y que arda Troya si es preciso. A nosotros ¿qué? Por de pronto, cenaremos para cobrar fuerzas; y con eso y el descanso de la cama, amanecerá Dios mañana y medraremos... ¡Catana! ¡Catana!...

Se presentó la rondeña á los pocos momentos, con una carta en la mano; y mientras se la alargaba á su señor, la dijo éste:

— Que se cierren los portones de la calle y que nos preparen la cena á escape... ¿Quién ha traído esta carta?

— Un mandaero.

— ¿Espera la respuesta?

— No zeñó.

Abrióla don Alejandro que ya había entrevisto al pendolista en la bastarda algo temblona del sobre; leyó la firma ante todo, y dijo á Nieves:

— De quien yo me presumía por la letra.

— ¿De quién, papá?

— Del famoso farmacéutico. A ver qué se le ocurre al bueno de don Adrián.

«SR. D. ALEJANDRO BERMÚDEZ PELECHES.

»Mi amigo, señor y dueño: hallándome imposibilitado de salir hoy de esta su casa por la torcedura de un pie (cosa de poca importancia); ausente mi hijo desde que se fué esta mañana á hacer una de las suyas, y no queriendo ser el último de sus buenos amigos en dar á ustedes la bienvenida, se la mando en estos renglones.

»Mientras llega la ocasión de dársela de palabra, tengo un señalado placer en repetirle que soy de usted verdadero amigo y s. s. q. s. m. b.

»ADRIÁN PÉREZ.»



— Así habían de hacerse todas las visitas — dijo Nieves — para que no resultaran pesadas.

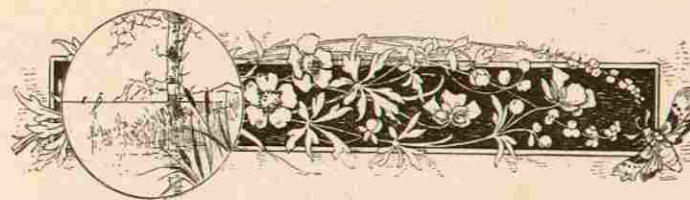
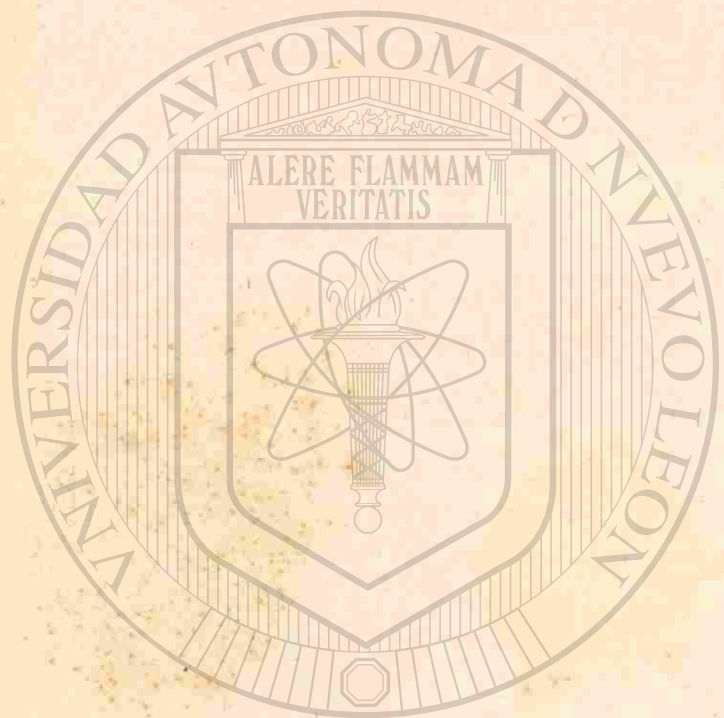
— Pues precisamente es la de este perínclito boticario de las pocas, si no la única, que yo hubiera recibido hoy con verdadero placer. Tanto, que mañana mismo he de ir yo á verle.

— ¡Ay, papá! — exclamó Nieves alarmada de veras. — ¿Y si vienen visitas estando yo sola?

— Ya se elegirá una hora conveniente, — respondió su padre para tranquilizarla. — Y á mayor abundamiento, te llevaré conmigo, y tomaremos el aire de paso, y estiraremos los tendones; y si vienen visitas, que vengan; y si se amoscan... mejor... ¡canástoles! ¡Viva la libertad de Pelechés!

Y se fueron al comedor, triscando como dos chiquillos después de salir de clase.





VIII

EN EL CASINO

El de Villavieja tenía bien poco que ver y mucho menos que admirar. Esto ya se sabe por referencia de don Claudio Fuertes; pero una cosa es saberlo de oídas, y otra muy diferente verlo con los ojos de la cara; subir por su escalera angosta, entre la tienda de Periquet y el *Bazar del Papagayo*; sentir estremecerse los peldaños desnivelados, debajo de los pies; abocar al ves-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tíbulo mal oliente, oscuro, casi tenebroso de día, con algunas perchas desiguales y una bastonera de listones, larga y estrecha; echarse á la ventura por cualquiera de los dos pasadizos que arrancan de allí, uno á la derecha y otro á la izquierda, con el suelo esponjoso y temblón, de puro viejo, y ver aquí un cuarto lleno de cajones vacíos, de quinqués desvencijados, de montones de periódicos de desecho y de vasijas quebradas; más allá un tabuco con honores de secretaría, conteniendo un estante de pino con papeles y algunos libros de cuentas, cuatro sillas ordinarias y una mesa con tapete verde, cartapacio de badana y escribanía de azófar; un saloncillo después con una mesa larga con media docena de periódicos encima y buen número de sillas alrededor, un armariote entre dos huecos de la pared con algunos libros maltratados y varias colecciones de la *Gaceta*, un reloj de caja en un testero, y en el de enfrente un calendario debajo de un gran anuncio encuadrado de los chocolates de Matías López, y dos quinqués, con refractores de latón, colgados del techo sobre la mesa.

Todo aquello era el «gabinete de lectura». Frontero á él, es decir, en el otro extremo del corredor y con luces á la plaza, el gran salón: la mejor pieza del Casino; salón de tertulia, de tresillo, de billar y de café al mismo tiempo, y de baile cuando llegaba el caso. Entonces se arrimaban á la pared las sillas de paja y las cuatro butacas descoyuntadas y bisuntas que ordinariamente andaban de acá para allá al capricho de los desocupados; se amontonaban las mesitas y los veladores en el cuarto oscuro ya conocido, y en la *leonera* y otro cuarto más por el estilo que había á su lado, ó en la cocina, y se convertía la mesa de billar en mesa de ambigú vistosamente adornada, en la cual se destacaban y lucían mucho las pilas de azucarillos y las bebidas refrigerantes en la cristalería de Periquet; se encendían las dos docenas de velas correspondientes á otras tantas palomillas de quita y pon que había á lo largo de las paredes y en cada cara de los dos pies derechos del medio; y con esto y unas colgaduras de tul de tres colores en las puertas, y unas guirnaldas de flores contrahechas, serpeando poste arriba

en los dos mencionados, y con quemarse allí unas pastillas del Serrallo, ó medio real de alhucema, resultaba el salón muy oriental y hasta espléndido, en opinión de los más descontentadizos y exigentes villavejanos.

La mesa de billar, por razón de la luz que necesitaban de día los jugadores, estaba en una de las cabeceras del salón, cerca de uno de los tres balcones que daban á la plaza. Los tresillistas, por alejarse todo lo posible del ruido que de ordinario se hacía en la mesa y alrededor de ella, entre jugadores, choque de bolas, cántico del pinche, matraqueo del bombo, que era de hojalata, y comentarios y disputas de mirones y tertulianos, ocupaban la cabecera opuesta, á más de treinta pasos de distancia, porque el salón era enorme. Tenía el servicio de la casa, desde tiempo inmemorial, ajustado á una tarifa votada en junta general de socios, con asistencia del contratista, un cafetero establecido en la calle trasera, en un local de muy mala traza; pero, según fama, cumplía bien sus compromisos, y hasta gozaban de mucho crédito sus géne-

ros, su diligencia, y particularmente sus limonadas en la estación de verano.

Y no había otra cosa digna de mencionarse en el Casino de Villavieja.

Aquella tarde, ó más bien, aquel anochecer, había, como de costumbre á tales horas, poca gente en el gran salón. En las mesas de tresillo, nadie; en los veladores inmediatos, lo mismo; en el sofá de guta-percha jironeada y en las cuatro butacas contiguas á él, Maravillas y dos «chicos de la redacción», hablando ú oyendo leer, muy por lo bajo, á uno de ellos unos pape-lucos. Cerca de la mesa de billar, tomando café arrimados á un velador, el fiscal y dos amigos; y jugando *chapó*, con el estrépito de siempre, el Ayudante de Marina y Leto Pérez el farmacéutico; el primero sin corbata y con el cuello y el chaleco desabotados; el segundo lo mismo, y además en mangas de camisa; licencias muy justificadas en aquella ocasión, porque tal era el calor que hacía, que «se asaban los pájaros», al decir del hijo del boticario sin apartarse mucho de lo cierto.

A pesar de este calor y de la peste que

daban los dos reverberos de petróleo colgados sobre la mesa, recientemente encendidos, aunque á media luz todavía por recomendación del conserje, muy encarecida al muchacho que apuntaba; á pesar de esto y de llevar más de dos horas jugando, ni el Ayudante ni Leto mostraban señales de cansancio. Particularmente Leto, parecía endurecerse y animarse con la pesadumbre del calor y los esfuerzos de la brega. Le faltaba tiempo para todo: apenas se detenía su bola, largaba el tacazo y tomaba la contraria casi al vuelo; agarrado á la baranda, veía correr á las tres, porque á no estar en mano una de ellas, á las tres ponía en movimiento disparatado, y las seguía y arreaba con los ojos; y como siempre *hacía* algo, cuando no lo hacía todo, palos, carambola, pérdida y dos billas, con un estruendo espantoso (porque el paño tenía heridas y recosidos, y las bolas desconchados, y sonaban sobre el tablero como si llevaran clavos de resalto), las sacaba de las troneras y plantaba los palos antes que el pinche acabara de cantar el golpe. Al Ayudante le daba siete tantos y

la salida, si la quería; y así y todo le llevaba de calle, porque no había defensa posible contra un modo de jugar como el



de Leto. Y cuidado que el Ayudante jugaba bien; pero como no lograra pegar al otro á la baranda, cosa perdida. Con una cuarta de taco que pudiera meter en la mesa el farmacéutico, golpe hecho por donde me-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO REYES"
 C. P. 1625 MONTERREY, MEXICO

nos podía esperarse. Para una fuerza inicial como llevaba su bola, no había nada seguro en la mesa, ni en las inmediaciones las más de las veces. El Ayudante desfogaba sus contrariedades llamándole San Bruno, y chiripero, y leñador y otras cosas parecidas. Leto le concedía que le salía bastante más de lo que tiraba; pero no que estuvieran bien aplicados los calificativos aquellos. Y sobre eso porfiaban á cada instante y apelaban al juicio de los mirones; y daba Leto cada carcajada y decía cada cosa!...

Porque aunque todo lo tomaba con calor, rara vez se incomodaba. Tenía eso de bueno, por de pronto; amén de la estampa, que no era mala por ningún lado que se la mirase. Al contrario, reparando mucho en ella y sabiendo mirar, había momentos en que resultaba hasta hermosa. Leto era fornido, sin ser basto ni mucho menos, ágil y bien destrabado de miembros, de mirar noble é inteligente, sano color y correctas facciones; la barba, de un matiz castaño oscuro, nutrida, suave y bien puesta; el pelo semejante á la barba; los dientes sanos y blan-

quísimos; la boca no grande y fresca, y el cuello, que entonces estaba al descubierto, limpio, blanco y redondo como una pieza de mármol. Pues siendo así al pormenor, sólo en determinados momentos, como se ha dicho, resultaba, en conjunto, hermoso en el sentido estético de la palabra. La razón de este contrasentido que pocos trataban de investigar (uno de ellos don Claudio Fuertes, que tan conocido le tenía, y sin embargo se le pintó á don Alejandro de la manera indecisa que se vió en su carta), la hallaría un fisiólogo de tres al cuarto con sólo reparar cómo jugaba y discutía y razonaba y se conducía en todo, con relación á los que le oían ó le miraban, el hijo de don Adrián Pérez, y la irá conociendo el lector según le vaya tratando.

El caso es, á la presente, que Leto llevaba de calle al Ayudante; que el Ayudante se picaba; que Leto se defendía á su manera; que el fiscal y sus colaterales les embrollaban el pleito para enzarzarlos más en él; que el pinche dió una vuelta á los tornillos de los reverberos, porque ya no se veía lo necesario para jugar la última

mesa comenzada del último partido; y que en este estado de cosas se marcharon los dos amigos de Maravillas; se sentó éste junto al velador más próximo al billar por el lado de *cabaña*, y «variando de conversación», preguntó el fiscal al mozo farmacéutico que engredaba la suela de su taco en aquel instante, después de haberse limpiado el sudor de la frente con una manga de su camisa, si había ido á visitar al *Macedonio*.

— Y ¿quién es el Macedonio? — preguntó á su vez Leto candorosamente.

— Me parece que bien claro está, — replicó el otro muy serio. — El señor de Bermúdez Pelechés.

— No veo yo esa claridad...

— Hombre, — añadió el fiscal repantigándose en su silla y metiendo los pulgares por las sisas del chaleco: — un Alejandro que tiene por hermanos á un Héctor y un Aquiles, no puede ni debe ser otro de menor talla que el de Macedonia, el *Magno*, que llamamos la Historia y yo. Además, según mis noticias, es tuerto como su ilustre padre, el *junista* Filipo. Otro rasgo de familia...

Se celebró mucho la ocurrencia por todos los presentes, incluso Maravillas, que por aquella vez no usó la sonrisita á que le obligaba de continuo su papel de librepensador propagandista; por todos, menos por Leto, que se quedó mirando de hito en hito al fiscal... hasta que de pronto soltó una carcajada.

— ¡Carape! — exclamó en seguida, — que está de molde el apodo.

— Gracias, muchacho, — dijo muy serio el fiscal.

— Vamos, que quedará como otros muchos.

— No lo dije por tanto; y hasta lo sentiría, porque tengo los mejores antecedentes de ese caballero, y en especial, de su hija. Dicen que es cosa excelente... Pero ¿en qué quedamos? ¿ha ido usted ó no ha ido á verlos?

— ¡Yo!... ¿á qué santo?

— Al santo que ha ido media Villavieja... ¡Canario, cómo se conoce que tienen guita larga!

— Pues mire usted... (Allá va eso, Ayudante... Vaya usted contando: la carrerita

del medio, carambola y billa... Aguarde usted, que también el mingo se va á colar... ¡Se coló!... Dos y seis, ocho; y seis, catorce. Apunta, muchacho.) Pues iba á decir que, sin que yo tenga personalmente nada que ver con ellos, ni los conozca siquiera más que de oídas, es lo cierto también que por una casualidad no estuve ayer en Pelechés de punta en blanco, y por poco más de lo mismo no he estado hoy tampoco.

— ¡No lo dije yo? A ver eso, hombre.

— Y ¿qué ha de verse? Lo que le dije al principio: que nada tengo que hacer en Pelechés, y que por eso no he ido.

— Como decía usted que por una casualidad...

— (Apunta eso más, muchacho... y no se queme, Ayudante. Ya sabe que soy un segador chiripero.) Lo decía por mi padre.

— Ahora lo entiendo menos.

— Mi padre es muy amigo de don Alejandro desde que éste andaba por acá. Ayer se torció un pie.

— ¿Quién? ¿don Alejandro?

— No, señor: mi padre.

— Corriente.

— Torciéndose un pie... poca cosa... ya está casi bien. (¡De maestro, señor Ayudante, de maestro! Pérdida con tres palos, y cubierto yo; y además pegado como una ostra... ¡Carape!... Vamos, un tanto más para usted...) Pues torciéndose un pie mi padre en un hoyo de la botica, no pudo subir ayer á Pelechés á saludar á ese señor; y no pudiendo subir, le escribió una esquilita á última hora de la tarde, al ver que yo no volvía.

— ¿De dónde?

— De voltejear por afuera. Porque él había pensado que hiciera yo la visita en su lugar... (Otro golpe bueno, Ayudante. A ese paso me la lleva usted. Pero ya nos veremos un poco más allá. Estamos veinticuatro por diez y ocho... ¿no es así? Me faltan doce...: cuestión de un golpe ó dos... ¡Ajá!... Apúntame esos cinco tantos por de pronto.) Al volver ya de noche, me lo contó mi padre con lo de la torcedura, que ocurrió después de salir yo de casa donde le dejé arreglándose para subir.

— ¿Adónde?

— A Pelechés... ¡Y quería que yo le

acompañara!... Como ha querido hoy que subiera á decirles que todavía continuaba él sin poder salir de la botica...

— Y bien querido.

— ¡Quite usted allá, hombre!... ¡Pues soy yo á propósito para esas embajadas y esos...! Todavía ayer, si hubiera estado en casa, por complacer á mi padre y no tener disculpa de fuste para lo contrario... ¡pero hoy, estando él ya para subir de un momento á otro, y después de la carta de anoche!... ¡Carape!... Se me pasó la bola... Vaya otro respiration más para la agonía de usted, Ayudante.)

— Pero ¿por qué se resiste usted tanto á complacer á su padre en un asunto tan hacedero y llano y hasta gustoso?

— Por demás lo sabe usted, fiscal: porque no sirvo yo para esas cosas... vamos, que me pego á la pared lo mismo que un animalejo.

— Pamemas. Diga usted que le gusta lo cómodo, y acabemos...

— Que es la pura verdad, hombre: que soy así.

— Para lo que le conviene.

— ¡Lo mismo que Dios está en los cielos!

Esto lo dijo Leto preparándose á jugar por la baranda de arriba; y al oirlo Maravillas, le soltó desde enfrente una sonrisita de las más acentuadas de las suyas. Leto la pescó en el aire, y casi se sintió mortificado; pero estaba más atento que á esas cosas, á la jugada que acababa de prepararle un descuido de su contrario.

— Así se los ponían á Fernando sétimo, — dijo el fiscal, repitiendo una frase tradicional en los billares, en idénticos casos; es decir, cuando queda la bola contraria entre la del jugador y los palos y en línea recta, para *fusilar*.

— ¿Se tira esto? — preguntó Leto al Ayudante repitiendo otra frase de billar.

— Y con mucho cuidado, — contestó el Ayudante, dándose por muerto.

— Pues allá va.

Se oyó un estrépito formidable; y no quedó nada, lo que se llama nada, sobre la mesa, porque los cinco palos fueron á estrellarse en la cara de Maravillas; la bola de Leto saltó tras ellos, con diferente rumbo por suerte de Tinito el sabio; y las

otras dos, por haber chocado la del Ayudante con el mingo que estaba en cabaña, desaparecieron en las troneras, después de rebotar unos instantes de baranda en baranda, como si las persiguieran centellas.

Maravillas se quedó como espantado y sin maldita la gana de sonreírse; Leto aseguraba que lo había hecho sin intención, pero con trazas de darlo por bien hecho á poco que lo pusiera en duda el apaleado; el Ayudante pedía que se le apuntara el golpe á él porque la bola saltada había sido la de Leto; los demás coreaban la porfía como lo reclamaba la pintoresca situación... y de pronto callaron tirios y troyanos, y se vió á los jugadores arrojar los tacos, abotonarse apresuradamente camisas y chalecos, volverse Leto de espaldas, recoger de encima de una banqueta su americana, y, muy acelerado, embutir el cuerpo en ella.

Porque es el caso que acababan de aparecer en el salón el comandante don Claudio Fuertes y otras dos personas que, por todas las señales, debían ser don Alejandro Bermúdez y Nieves; ó como dijo á sus cola-

terales el fiscal, después del primer vistazo á los forasteros y en su manía de poner motes á todo bicho viviente, «el Macedonio con la más guapa de las hijas de Darío».

Por todo arreo llevaba Nieves una túnica lisa de color de barquillo, muy ajustada al airoso talle, y un sombrerito de paja del tono del vestido, de los guantes y de la sombrilla; y por todo adorno del traje, dos toques ó *notas* verdemar: una en el sombrero y otra en la cintura. Calcúlese el relieve que adquiriría aquella figura tan esbelta, tan fina, tan pulcra y tan elegante, sobre los fondos.



®

sucios y denegridos del gran salón del Casino de Villavieja.

Don Claudio avanzó con sus acompañados hasta la mesa de billar, y les fué presentando, uno á uno, todos sus amigos agrupados allí.

Cuando le tocó el turno á Leto, don Alejandro le dió un fortísimo apretón de manos, y Nieves, mirándole con gran interés, le aseguró que tenía grandísimo gusto en conocerle. Leto, con la lengua trabada y las mejillas ardiendo, pensó que le daba algo.

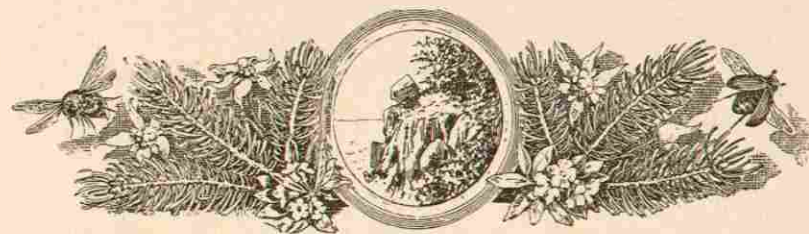
— Hemos estado en la botica, — le dijo Bermúdez, — donde he tenido el placer de abrazar á mi buen amigo don Adrián, y nos ha hablado largamente de usted. Por eso y por ser hijo de quien es, nos alegramos tanto de hallarle aquí. Además, yo le conocí á usted así de chiquitín. ¡Canástoles con el estirón que ha dado desde entonces acá!

Hablando hablando, se supo que el padre y la hija habían salido de Pelechés á las seis de la tarde y bajado por la Costanilla. Habían entrado en la Colegiata, donde Nie-

ves, después de rezar sus devociones, había visto cuanto era digno de verse y la fué enseñando don Ventura, con su paciencia y amabilidad acostumbradas. Después habían entrado en la botica. Allí descansaron y hablaron largamente. Al disponerse para salir, llegó don Claudio que había ido á buscarlos á Pelechés media hora antes, creyendo hallarlos en casa todavía. Desde la botica, y como ya el calor no molestaba mucho, se fueron los tres hacia el muelle, y luego por la Campada... y por la Ceca y la Meca. Viniendo ya cerca de la plaza, de vuelta para Pelechés y muy sediento don Alejandro, recomendóle don Claudio las limonadas del Casino; y por eso y por que Nieves conociera el gran salón, de tan buenos recuerdos para él, habían subido.

Conque se dispusieron convenientemente dos ó tres veladores lo más lejos que se pudo de los reverberos del billar que apestaban á petróleo; se pidió perdón á Nieves porque no olieran á cosa mejor, y se sentaron todos «en dulce amor y compañía», devorando á Nieves con los ojos los dos abogadillos; no sabiendo Leto Pérez dónde fijar los suyos

con entera seguridad de no ser aludido por nadie, para evitarse la angustia de hablar delante de tan señalados huéspedes, y muy arrepentido el fiscal de haber puesto motes á aquel señor que, aunque fuerto, le parecía una excelente persona y era padre de la chica más guapa que había visto él de cerca en todos los días de su vida.

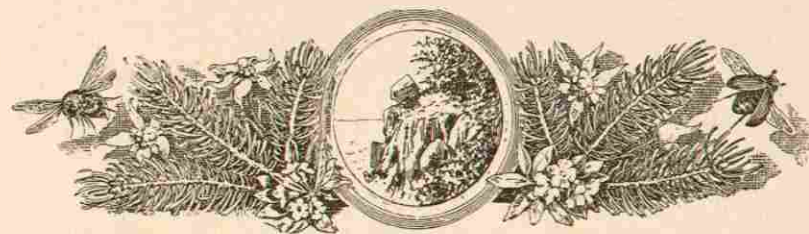


IX

LA FAMILIA DEL BOTICARIO

Las visitas de aquel día no fueron tantas en Peleches ni tan molestas para sus moradores, como las del anterior; porque en Villavieja, como en todas partes, había de todo, y el furor de la cursilería y de la presunción estrafalaria, había pasado con la nube de la víspera. Entre los últimos visitantes abundaron las buenas y honradas

con entera seguridad de no ser aludido por nadie, para evitarse la angustia de hablar delante de tan señalados huéspedes, y muy arrepentido el fiscal de haber puesto motes á aquel señor que, aunque fuerto, le parecía una excelente persona y era padre de la chica más guapa que había visto él de cerca en todos los días de su vida.



IX

LA FAMILIA DEL BOTICARIO

Las visitas de aquel día no fueron tantas en Peleches ni tan molestas para sus moradores, como las del anterior; porque en Villavieja, como en todas partes, había de todo, y el furor de la cursilería y de la presunción estafalaria, había pasado con la nube de la víspera. Entre los últimos visitantes abundaron las buenas y honradas

intenciones, los generosos deseos, hasta móviles de gratitud no olvidada á pesar de los años transcurridos; y en los más de los ejemplares se entendía bien claro que si llevaban encima los trapitos de cristianar y las vistosas galas, no lo hacían por vana ostentación, sino como debido tributo á la importancia de los señores visitados.

La única nota discordante en aquel conjunto de cosas bastante bien concordadas y soportables, y hasta entretenidas á ratos, fué la familia Carreño, ó más propia y gráficamente, «los Carreños» de la Campada, ó, como si dijéramos, los Mucibarrenas de Villavieja, ya que á sus rivales sempiternos, los Vélez de la Costanilla, se les llamó, á su debido tiempo, los Butibambas. Para que todo fuera contrapuesto y antagónico en estas dos dinastías de Villavieja, hasta en el arte y la traza andaba la una al revés de la otra.

Ya se ha visto que los Vélez eran largos, huesudos, blancos, solemnes y fríos como estatuas sepulcrales. Pues los Carreños, como constaba de toda notoriedad en Villavieja y se vió en los cuatro ejemplares

(matrimonio y dos hijas) presentados en Peleches, eran chaparrudos, cetrinos, bastos de líneas y facciones, crespos de pelo, mordaces de lengua é implacables de entraña. De estilo y de educación, como de estampa y de pelo.

Padres é hijas despotricaron á porfía durante tres cuartos de hora, y no dejaron honra limpia ni hueso sano en Villavieja. ¡Cuánto se felicitaba la Carreño madre (eran primos hermanos los cónyuges) por la venida de los Bermúdez á Peleches!

— ¡Esto consuela, señor don Alejandro! — decía abanicándose briosamente el pescuezo con ronchas bronceadas. — Se ve una entre los suyos, y tiene con quién hablar y desahogarse... Porque en la soledad á que la obliga á una el decoro de la clase, se hacen allá dentro unas talegadas de asco, que da gusto desocuparlas después entre gentes que la comprendan á una y sepan estimar las cosas en lo que valen... ¡Si vieran ustedes cómo se va poniendo esto!... Ya no hay quién lo conozca. No queda un alma decente: todo es trapajería de ayer acá... hasta en el ayuntamiento; hasta en

los empleados que nos manda el Gobierno para las oficinas que tiene aquí... Así es que, no queriendo apolillarme ni que se apolille nadie de mi casa en un desván, como algunos trastos viejos que yo me sé (los Vélez de la Costanilla), les digo á éstas (las hijas): á vivir alegres, y al sol; pero como si no hubiera en Villavieja más habitantes que nosotros. ¿Van esas puercas á la Glorieta? Vosotras á la Chopera. ¿Vienen ellas aquí abajo? Vosotras vais allá arriba. ¿Ellas hacia el Miradorio? Vosotras á los Arcos. ¿Ellas muy emperifolladas? Vosotras con lo peor, en camisa... en cueros vivos si fuera posible. Que lo vean, que comparen, que aprendan algo; y si les duele, á eso se tira... y al cuerno las grandísimas tarascas que se salen de su cascarón... Igual pasa cuando éste (Carreño) se lía con el ayuntamiento, pongo por caso, para que se haga ó no se haga esto ó lo de más allá: en lugar de aconsejarle que se esté quieto y deje rodar la bola que á él no ha de pisarle, le ayudo á que apriete más contra el lucero del alba, porque el día que se acostumbren ellos á no vernos y á no sentirnos, como si

no quedaran Carreños en Villavieja, los demonios se lo llevarían todo, y aquí no se podría parar.

Carreño se reía á carcajadas con estos dichos de su mujer; y como era bastante más avisado que ella, no los usaba tan crudos; pero en el alcance de la intención, no la iba en zaga. Las hijas, cargadas de simlores y de cintajos, muy porosas y verdegueando, con la misma intención de casta rajaban en un estilo mixto de lo más malo de los otros dos.

— ¿Sabes, papá, — decía Nieves al suyo después que se marcharon los Carreños, — que eso de los aires puros que tanto recomiendas tú, no da siempre los mejores resultados en lo tocante á buenas ideas?... ¡Mira que de ayer acá llevamos oídas cosas buenas, y á gentes bien sanas de cuerpo!

— Yo te diré, — contestó don Alejandro no poco atarugado con la inesperada observación de su hija. — Mirado el caso por encima y tal como él mismo se va metiendo por los ojos, parece que tienes razón; pero atendiendo á lo que debe atenderse; mirando como debe de mirarse ¿estás tú?...

poniendo cada cosa en su sitio y á su luz correspondiente; midiendo esto y pesando aquello con la necesaria reflexión; no dando á ciertas... á ciertas, vamos, á ciertas pequeñas accesorias, el valor de un hecho fundamental... ¿eh?; estudiando, en fin, el punto á conciencia... penetrándole hasta lo más hondo, como yo le tengo penetrado, lo infalible de mi axioma se palpa; pero hasta el extremo de que ese mismo argumento que á ti se te ha ocurrido, le da mayor realce todavía... como te lo podía demostrar yo ahora, si la ocasión fuera oportuna ó lo reclamara una gran necesidad... Porque te advierto que la cuestión resulta algo metafísica, tratada como es debido; y no creo que te divertiera gran cosa á raíz de una tanda de visitas como la que vienes aguantando.

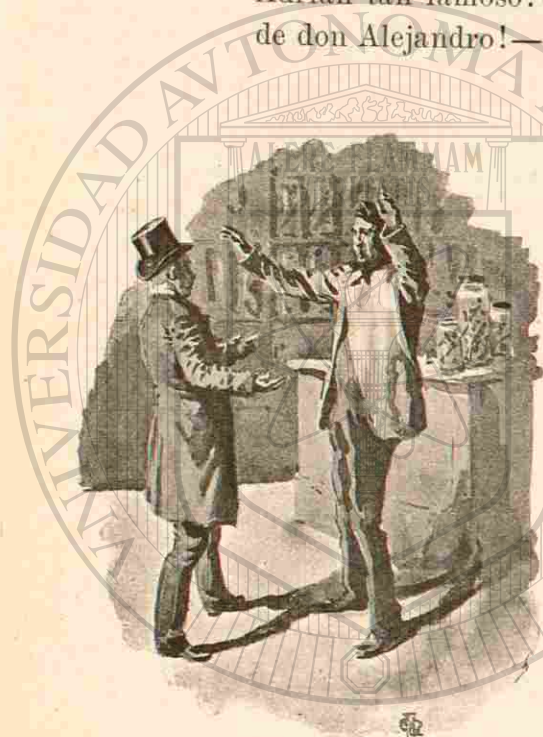
Se ignora si las racionales dudas de Nieves quedaron desvanecidas con este razonamiento de su padre; pero es un hecho que la una y el otro, á pesar de tener citado á don Claudio en Pelechés para el anochecer, tan hartos se vieron de visitas y tan necesitados de libertad y movimiento, que

á las seis de la tarde se echaron al mundo por la Costanilla abajo, anticipando la salida dos horas á la convenida con el comandante retirado.

Ya se sabe que después de visitar la Colegiata, hicieron una larga parada en la botica, y que desde la botica se fueron á corretear por la villa hasta dar á última hora en el Casino. Poco importa lo que hicieron en él, y menos lo que les ocurrió andando al aire libre, que no abundaba ciertamente aquella tarde; pero hay que decir algo de su visita á don Adrián Pérez el boticario.

Uno, y dos, y tres... muchos abrazos se dieron los dos amigos. Se golpeaban las espaldas con las manos abiertas, se separaban, mirábanse un momento, se sonreían; y vuelta á abrazarse y á desabrazarse, y á mirarse y á sonreirse... y á todo esto, sin dejar de decirse cosas... «¡Caray, cuánto me alegro! — ¡Con qué placer le abrazo, canástoles! — ¡Otro, don Alejandro! — ¡Con toda el alma, don Adrián!... ¡Si no pasan días por usted, canástoles! — ¡Si está usted hecho un mozo, caray!... ¡Hala con otro!

— ¡Ya se ve que sí, ja, ja!... ¡Qué don Adrián tan famoso! — ¡Vaya con el bueno de don Alejandro! — Pues sí señor. — ¡Vaya, vaya!... » Y así.



Después empezó el boticario con Nieves: no á abrazarla, sino á hacerla mil preguntas y cumplidos y á ponerla en los cuernos de la luna por «guapa moza», acabando por sacarla parecidos con cada uno de los Bermúdez que él había alcanzado, contra la opinión

del Bermúdez presente que sostenía, con mejores títulos, que era «toda de los de allá», casi un retrato de su madre.

Convínose en ello, porque, al cabo y al fin, al boticario igual le daba, y sentáronse

el padre y la hija en las banquetas que don Adrián les arrimó, ofreciéndoles de paso un refresco de jarabe de moras ó de agraz que había en la botica, hechos en aquella misma semana... ó chocolate que les bajarían de casa... «con toda franqueza». Se lo estimaron mucho, pero no quisieron tomar cosa alguna. Entretanto, nada se había hablado todavía de la cojera de don Adrián, que se le notaba, no solamente al moverse, sino en llevar calzado con una chinela el pie de que claudicaba algo, y el otro con la bota de todos los días.

A lo que de él se sabe por don Claudio Fuertes, hay que añadir que era de regular estatura, moreno, enjuto, de ojos pequeños, pero listos, risueño de expresión y de voz lenta y sin timbre alguno. Parecía algo socarrón, pero en realidad no lo era. Lo parecía, porque así resultaba de la combinación de su flemática y natural sosera, con la malicia aparente de sus ojuelos de ratón y lo risueño de su boca.

Lo del pie, por lo que le preguntó don Alejandro en seguida que se hubo sentado, había sido poca cosa: alcanzando el tarro

del *papaver album* para preparar un medicamento, se puso de puntillas; y al sentar el pie en el suelo otra vez, se le hundió la mitad de hacia afuera en una rendija grande (que señaló con la mano). Nada, una ligera distensión que ya estaba curada con unas compresas de vejeto... tanto, que pensaba haber subido á Pelechés un poco más tarde. Porque pensar que cumpliera por él su hijo, era pensar los imposibles... ¡Caray, qué muchacho ese!

Y movía un poco la cabeza, y se sobaba el codo izquierdo, haciendo subir y bajar la manga de la levita con todo el hueco de la mano derecha aplicada allí.

Por aquel portillo, es decir, por la dulce é inofensiva lamentación del boticario, salió á plaza, provocada con verdadero interés por Bermúdez, la historia de toda la familia de don Adrián.

Al morir la boticaria, catorce años hacía, le quedaban cuatro hijos de los catorce que había tenido en su afortunado matrimonio. De los cuatro hijos, tres eran hembras. Corriendo el tiempo, la mayor se casó con el vista de aquella aduana; ascendieronle

pronto, y por esos mundos andaba el matrimonio cargado de familia; pero tenían todos qué comer, y eso consolaba algo. La segunda casó peor: con un villavejano recién hecho maestro de escuela. No le producía el oficio allí para lo indispensable; fuéronse á la ciudad creyendo mejorar de fortuna, y ya se habrían muerto de hambre sin el mendrugo que él les daba, quitándole de su mesa. La tercera se casó con un teniente de la Guardia civil, y también andaba, como la mayor, de la Ceca á la Meca, y también cargada de familia.

— La verdad es, — concluyó don Adrián rascándose muy suavemente el codo, — que bien consideradas las cosas, señor don Alejandro, y tal y cual van ¡caray! los particulares de otras familias, no les ha caído á mis hijas la más negra de las fortunas... eso es. Las tres se me han casado: dos de ellas comen y están en carrera... eso es... La tercera anda algo atrasadilla de recursos, es verdad; pero ¡qué caray! es honrado y mozo su marido... por lo más oscuro amanece á lo mejor... eso es... y Dios no falta nunca á los buenos... Eso las digo yo á

cada paso: vea usted; y tan contentas... eso es... y contento yo también, sí señor, bastante contento; porque otra cosa no sería regular... Eso es.

Acabado este punto, se tocó el del hijo.

— Ayer me decía usted en su carta, — apuntó don Alejandro, — que por haber hecho *una de las suyas*... (creo que eran éstas las palabras) no había vuelto á casa á la hora en que me escribía; y hace un momento, se ha referido usted también á él de un modo semejante.

— ¿Y eso le ha metido en cuidado? — le preguntó el boticario sobándose el codo y sonriendo blandamente.

— No diré que en cuidado, — respondió el de Pelechés muy afable; — pero en cierta curiosidad...

— Es natural eso, ¡je, je!... Pues respecto de ese muchacho, ¡caray! yo no sé qué decirle á punto fijo... á punto fijo... eso es. Por de pronto, es noblote á no poder más; y hasta el día de la fecha... en buena hora lo diga, no me ha dado ningún disgusto... quiero decir, un verdadero disgusto...

— Pues eso ya es algo, don Adrián.

— ¡Caray! ¡vaya si lo es! ¡Y no doy yo pocas gracias á Dios por ello! No, no: en ese punto, marchamos bien. Pues este chico, á quien usted debió conocer la última vez que estuvo aquí, aunque de prisa, así de pequeñuelo, correteando por la botica... eso es... porque no salía de ella en todo el santo día de Dios... parecía un muñequito... eso es... ¡tan redondito y tan blanco!... vamos, un muñequito de porcelana... ¡con unos ojazos negros!... No, y conservar los conserva, aunque no parecen tan grandes ahora... Verdad que, como le ha crecido la cara... eso es. Lo que le ha variado algo es el color: ya no es tan blanco... Y bien mirado, mejor es así para un hombre como él, tan hecho y tan... eso es... Y vamos allá: como le vi bien despierto y de excelente condición, púsele en carrera con ánimo de que siguiera la de su padre: ya ve usted, por no dejar morir esto que ha sido la hogaza de la familia, de una familia tan dilatada como la mía; y hay que ser agradecido, don Alejandro... eso es. Fuése el chico á la ciudad, estudió

las humanidades, con aprovechamiento, sí señor, y con muy buenas notas... ¡caray! ¿por qué no decirlo?... Siendo ya bachiller, se prestó de buena gana á seguir esta carrera, y le envié á Madrid... Verdaderamente que el dinero no sobraba en casa; pero había lo necesario desbalijando un poco la hucha de mis buenos tiempos de boticario de nota... Y ¿qué mejor empleo para ello, que caray!... Un hijo solo, llamado quizá á ser el sostén de la familia desde el día en que yo faltara... porque para entonces, aun le quedaban dos hermanas solteras, y su pobre madre arrastrando malamente la vida que se le acabó al siguiente año... ¡Caray! mi señor don Alejandro, todavía duele allá dentro cuando pasan estos recuerdos por la cabeza... En fin, que se fué Leto á Madrid... ¿Les he dicho á ustedes que se llama Leto mi hijo?

— No señor.

— Pues así se llama: Leto... eso es... Y por cierto que el nombre es lo peor que tiene el pobre chico.

— ¡Lo peor! ¿Y por qué, don Adrián?

— Porque es feo y hasta un poco... ¿á

qué negarlo, que caray!... Es feo... y raro, vamos. Pero cosas allá de su madre y su padrino, á cual más escrupuloso en la materia... eso es; porque san Leto era el santo de aquel día, primero de Setiembre... Pero ¡caray! dije yo, aunque esa sea la costumbre en la familia, me parece á mí que, por una vez, bien se puede quebrantar... eso es, en gracia siquiera de lo raro del nombre: pongámosle otro más, para llamarle por él, y así queda todo arreglado. Que nones, don Alejandro; y, en fin, que se llama Leto... Eso es.

Declararon los oyentes, de todo corazón al parecer, que no había en el nombre nada de feo ni de raro, y, sin convencerse de ello, continuó don Adrián:

— Tampoco en Madrid dió un mal paso en su carrera: buenas notas siempre, mucho fruto... porque aquí, en la botica, le iba descubriendo yo cuando venía á pasar las vacaciones... y al mismo tiempo haciéndose un chico como un trinquete... no muy grande; pero bien cortado... eso es, y fuerte... y guapo ¡qué caray!... y dócil y risueño que daba gusto. Pues, señor, que

llegó á tomar el título y que se vino á casa, y que le arrimé á la botica para que practicara lo que había estudiado, eso es... porque sin práctica, de nada valen las teorías; y, amigo de Dios, como una seda desde el primer instante. Una soltura y un arte... eso es, un arte como si en toda su vida no hubiera hecho otra cosa... Pero, vea usted, ¡qué caray!: no había que pensar en mirar muy de cerca lo que hacía, porque ya le tenía usted con las manos trabadas, materialmente trabadas, eso es... vamos, que hasta era capaz de echarlo todo á perder... por el genio, por el arrastrado genio.

— ¿Le tenía malo?

— ¡Quiá! Corto... ó ¡qué sé yo? Desde muchachuelo fué lo mismo; y ¡si vieran ustedes lo que eso le perjudicó durante la carrera!... Porque sin esa condición, hubiera lucido el doble trabajando menos: eso es. Pero yo esperaba que se le fuera modificando con el tiempo y según iba él viendo mundo y tratando gentes. ¡Quiá! En ese punto no ha habido señal de enmienda: al contrario, si bien se mira.

— Pero ¿tan corto es de genio, don Adrián?

— Tan corto ó tan... yo no sé, don Alejandro, no sé lo que es. Él va á todas partes; él entiende de todo un poco, y es afable y cariñoso con todo el mundo... y es inteligente y listo ¡caray! y placentero y servicial... eso es; pero al mismo tiempo tiene la manía de que cuanto á él se le ocurre es pura insignificancia, y cuanto hace, una chapucería, mientras que le para y le asombra cuanto piensan y hacen los demás... Les digo á ustedes que es raro el caso... ¡muy raro, caray!... y una lástima, sí señor, una lástima; porque yo tengo mis razones para creerlo así, y sin que me ciegue la pasión de padre... sin que me ciegue, eso es... Digo que tengo mis razones, y verán ustedes por qué... Como tiene conmigo bastante confianza, porque al fin y al cabo soy su padre, en cualquier punto que tocamos en nuestras conversaciones se deja correr guapamente... vamos, sin recelo mayor que digamos... eso es... sin recelo; y el chico, entonces, habla y habla, no mucho, pero bien, hasta con su poco de

calor... y con arte ¡caray!... con... vamos, con fe en su idea; y eso que se le conoce que no da todavía todo lo que tiene; que ve en sus adentros... eso es, en sus adentros, bastante más de lo que dice... Pues ¡caray! ocurre que sobre esos mismos puntos le tira de la lengua el primero que llega á la botica, ó le coge en la calle ó en el Casino; y ya es otro hombre diferente: ya le falta, vamos, aquella seguridad y aquel mirar sereno, y aquel orden en las razones... y aquella firmeza de palabra... y ¿qué sucede? que amilanándose así, se desconcierta, se confunde, y sale del paso con una cuchufleta de chicuelo, eso es, cuando no con una tontería... ¡Caray! á mí no me gusta eso, y se lo digo así... «Pero, hombre, tente firme en tu puesto, habla con formalidad, eso es, con el aplomo que tú sabes cuando quieres...» Pues nada, don Alejandro: me responde muy serio que está convencido de que no se le ocurre cosa ni idea que valgan dos cuartos; que es una pura vulgaridad, eso es, y un hombre enteramente insignificante, ¡caray! Y de aquí no hay quién le saque.

— Es raro eso, ¿verdad, Nieves? ¡Y para lo que hoy se usa!...

— Y les advierto á ustedes que lo mismo es en lo poco que en lo mucho. Por ejemplo: está cantando á media voz... en la botica ó en su cuarto, porque él nunca está de mal humor... Digo que está cantando, y cantando bien, eso es... cosas de teatro que oiría en Madrid, creo yo, porque no se parece el cántico á los de acá... La voz es llena y de hombre, bien templada... vamos, una buena voz á mi entender: pues llego yo, ó llega cualquiera: ya le tienen ustedes turulato, como si hubiera cometido un pecado mortal. Eso es... Otro caso más raro: tiene mucha afición al dibujo y á la pintura, y sus avíos correspondientes para lo uno y para lo otro... eso es. A lo mejor le ven ustedes encaramado en el Miradorio, ó acurrucado en la vega, ó delante de un paredón viejo, con el pincel en una mano, su cajita de colores en la otra, un pomito con agua á un lado y su libreta sobre las rodillas, pinta que pinta. Pues que le diga el más guapo que le enseñe lo que ha pintado... ¡caray! primero le enseñará el hí-

gado... Eso es. Que se arrime alguno á él cuando se halla en estas operaciones: se pondrá encarnado como la grana, y ya no sabrá lo que hace...

— ¡Conque también pinta? — exclamó Nieves que escuchaba con suma atención al boticario.

— ¡Caray si pinta! — contestó don Adrián sobándose mucho el codo; — y hasta creo que bien, por lo que he logrado atisbar yo y lo poco que lo entiendo... Pero aguarden ustedes, que es posible que tenga alguna cosilla de esas en el cartapacio de su atril donde suele guardar las recién acabadas... eso es.

Metióse el boticario en la trastienda, renqueando un poquillo: abrió una puerta que había á la derecha, entró por ella, y no tardó en volver con unas cartulinas en la mano. Púsolas en las de Nieves, porque ellas fueron las que más se adelantaron para cogerlas, y la dijo:

— Ahí está lo último que ha hecho. Ustedes que lo entenderán mejor que yo, podrán decir si tiene algún mérito.

Nieves separó las cartulinas y pasó una

mirada rápida sobre ellas, pero ávida y ardiente.

— ¡Mira, papá, — le dijo con entusiasmo volviéndose hacia él, — qué acuarelas tan lindas! ¡Con qué facilidad y con qué valentía están hechas! ¡Qué frescura de color!... ¡Ay, don Adrián! — añadió mirando al boticario que se derretía de placer con el éxito de aquellas obras de su hijo. — ¡Si viera usted lo que cuesta hacer estas cosas! ¡Si supiera usted las fatigas y los años que se pasan para llegar siquiera á la mitad de este camino!

— Pero ¿dónde demonios ha aprendido su hijo de usted á pintar, y á pintar de este



®

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
ALFONSO REYES
1524 AV. TERREY, MEXICO

modo? — preguntó don Alejandro que todo se volvía ojo para mirar y admirar las acuarelas.

— De manera, — dijo muy suavemente el boticario, soba que te soba el codo, — que dan ustedes alguna importancia á esas pinturas?

— ¡Muchísima! — respondieron unísonos Nieves y su padre.

— Me alegro, ¡caray! sí señor, me alegro... Eso es. Pues Leto, según me ha dicho, aprendió á pintar así... porque algo ya lo sabía él desde el Instituto, con un compañero de posada que tuvo en Madrid, y parece que era pintor de nota... Eso es. Se querían mucho los dos, y aún se escriben de vez en cuando. El pintor está en Roma ahora.

— ¿De modo que esta es la gran afición de Leto? — preguntó Bermúdez.

— ¡Quiá!... — respondió el boticario, echando la cabeza á un lado y casi cerrando los ojos al recargar el acento de la palabra y de la sonrisa; — esa afición es la de los ratos perdidos... vamos, la última de todas. Otra muy distinta es la que mate-

rialmente le cautiva y le trae á mal traer, sí señor, ¡caray! Es mucho cuento lo que le emborracha.

— La caza ¿eh?

— No, señor: la mar... Tampoco la mar propiamente, sino la embarcación con que anda por ella: su balandro... ¡qué balandro? su yacht.

— ¡Canástoles!

— ¿Y tiene un yacht... un yacht de veras? — preguntó Nieves, apartando sus ojos de las acuarelas para fijar en el boticario su mirada henchida de curiosidad.

— Un yacht, señorita, — respondió don Adrián en tono muy ponderativo: — un yacht, así, en puro inglés; y de lujo, ¡caray! lo que se llama de lujo... eso es: vamos, un yacht de regatas, de primera. Esos son sus amores verdaderos; lo que más le entusiasma en el mundo y de lo único que se atreve á hablar con calor y con fe y sin aturrullarse delante de las gentes... Ya se ve: no es obra de sus manos ni de su idea, y por consiguiente... eso es. ®

— Pero, señor don Adrián, — díjole su amigo chanceándose: — usted se ha corrido

mucho, se ha despilfarrado... porque un yacht de esas condiciones, no se compra con dos cuartos.

— ¡Caray! ¡Yo lo creo!... Pero no se piense usted que el pobre boticario... ¡Quiá! ¡Pues están los tiempos, gracias á Dios, para esas sangrías... caray, caray! No, señor. La procedencia del yacht es otra historia, señor don Alejandro. Verán ustedes. Leto, como le dije á usted, hace á todo... eso es; y lo mismo que pinta y navega... porque lo de navegar es ya viejo en él, anda por montes y barrancas con la escopeta al hombro, y conoce la comarca hierba á hierba y canto á canto... eso es. Pues, señor, que se descubrió aquí una mina pocos años hace; que la compró una compañía inglesa, y que vino un ingeniero de allá para explotarla. Este inglés era mozo, algo arlotte como todos los ingleses, y muy campechano y muy animoso para todo; que Leto y él se conocieron en el Casino; que resultó que tenían unas mismas aficiones, y cata que llegan á hacerse muy amigos. Al inglés le gustaban las setas; pues ya estaba Leto diciéndole dónde las

había legítimas, sin la menor sospecha de hongo venenoso, y acompañándole á cogerlas... eso es: medio día de campo; que berros, pues en tal parte; y á buscar los berros; que caracoles ó ranas ó cualquier otra porquería de las muchas que devoraba aquel hombre... pues á ello los dos; que esta clase de caza ó que la otra: lo mismo. Leto tenía un bote, malo por supuesto; pero andaba á fuerza de vela; el inglés se las pelaba por esa diversión en que era gran maestro... ¡Caray, yo lo creo! como que era del *Royal-Club* de su tierra, y había ganado no sé cuántos premios de honor en regatas famosas... eso es... ¡uf! y hombre muy principal y acaudalado, sí señor... y buen mozo. Pues golpe al bote á todas horas... y atrocidad va y atrocidad viene... porque no sé cómo no quedaron en una de ellas. Eso es. Por otra parte, estaba enamorado de nuestra bahía, que ya sabe usted que es de lo mejor del mundo, dicho y confesado por inteligentes extranjeros. ¡Caray, si es cosa buena!, y estando enamorado de la bahía y de la afición y el arte de Leto, no pudiendo adquirir aquí una embarca-

ción á su gusto, hizo traer, á fuerza de dinero para que llegara pronto, un hermoso yacht de regatas que él tenía en su país. Pues, señor, que viene el yacht, y que Leto, al lado del inglés, aprende á manejarle en cuatro días, y que se me vuelve medio loco el hijo ¡caray! de puro gozar en aquel, vamos, en aquel deleite, eso es, tan nuevo para él... y échate mar afuera los dos hasta perderse de vista, y vira acá y vira allá dando con los topes en el agua y haciéndome á mí pasar las de Caín de susto y de congoja, eso es... hasta que me convencí de que no había tanto riesgo como aparentaba... En fin, señor don Alejandro, que Leto y el inglés andaban siempre como la uña y la carne; que llegó la hora de marcharse á otra parte el ingeniero porque la mina salió huera, y que al marcharse le regaló el yacht á mi hijo, ¡caray! que quieras que no, con todos sus enseres y cachivaches... Eso es. Y por eso tiene Leto un yacht tan lujoso. Cada lunes y cada martes le zarandea por la mar. Ayer salió á media mañana, con su correspondiente pitanza, por si acaso... eso es. Pues volvió

entre día y noche, como dije á usted en mi carta. Quise que subiera hoy á Pelechés; pues ¡caray! casi de rodillas me pidió que no le diera comisiones de esa clase. Subir conmigo ya era otra cosa, y hasta lo haría con sumo gusto; pero solo... es mucho cuento. En eso quedamos al cabo; y entre si me animaba yo á subir esta tarde ó no, llegó su amigo el Ayudante de Marina, con quien tenía pendiente un partido de billar... porque ésta es otra de sus aficiones y el único vicio, eso es, que se le conoce; y fuéronse al Casino poco antes de llegar ustedes... Que lo siento en el alma ¡caray! porque se hubieran conocido aquí todos, y eso tendríamos adelantado... Eso es.

— Y es bastante, ¡canástoles! — dijo Bermúdez revolviéndose en su banquetta, — y hasta sobrado para meternos en ganas de conocer de cerca á ese mozo tan simpático y tan... Hombre, se me ocurre una idea: súbanse mañana los dos á comer con nosotros en Pelechés... Ello había de ser, conque anticipémoslo, y de ese modo, quitará el pobre Leto el escalofrío, como los bañis-

tas perezosos, de un chapuzón... ¡ja, ja!...
¿No es verdad, Nieves?

— Me parece una gran idea, — respondió ésta entregando al mismo tiempo á don Adrián las acuarelas. — Y dígale usted de mi parte, que cuando vaya nos lleve algunas obras más de esta clase, para verlas... y admirarlas... ¡Ay, qué bien lo hace, don Adrián! ¡Quién fuera capaz de la mitad de ello siquiera!

— ¿De veras, señorita? — preguntó el boticario conmovido de gusto.

— ¡Y cuidado! — díjole don Alejandro — que ésta es del oficio, y su voto, de calidad, por consiguiente...

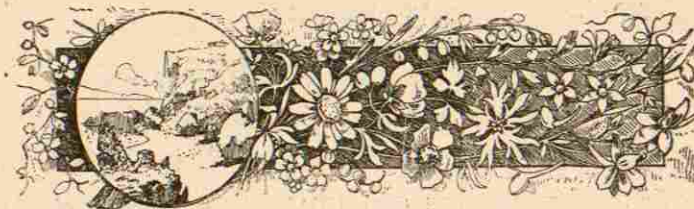
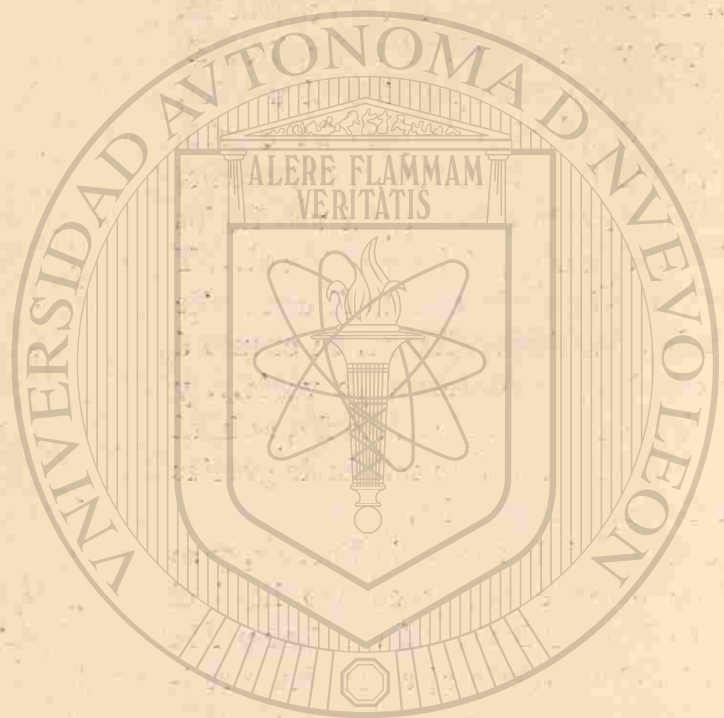
— ¡Caray! de ese modo, ya lo creo... Sí, señor, eso es. Pues tocante á lo del convite, yo con alma y vida le doy por aceptado desde luego, mi señor don Alejandro... Del chico, no sé qué decir á ustedes: siempre me saldrá, por disculpa, con lo de costumbre cuando le conviene esconder el bulto: con que no puede faltar uno de nosotros de aquí, sabiendo, como sabe, que el mancebo se sobra y se basta, sí señor, para el servicio ordinario; porque bien acreditado lo

tiene... eso es... Pero en un caso como este, puede que vaya... irá, sí señor, irá. Es asombradizo como les he dicho á ustedes, ó corto... ó no sé qué; pero ha corrido mundo, tiene luz allá dentro... justamente; sabe distinguir de colores, y á ustedes los considera... ¡caray, si los considera!... Y una descortesía no la comete él con nadie aunque le ahorquen... Ahora, en cuanto á llevar consigo las pinturas, ya varía... y de eso sí que no respondo... En fin, se hará lo posible, eso es... Y un millón de gracias por la fineza, señores míos.

En esto entró don Claudio Fuertes, y se habló de otras cosas; y cuando llegó el momento de salir los tres á voltejear por la villa, dijo el boticario al comandante retirado:

— Si tocan ustedes en el muelle, enseñenles el yacht, aunque está fondeado un poco lejos. Ya van enterados de todo... Eso es.





X

DE TIROS LARGOS

JUANIL

Así se presentaron en Peleches al rayar las doce y media, el boticario don Adrián Pérez y su hijo Leto; el primero radiante de gozo, y el segundo no tan acoquinado como era de temerse por lo que de él se sabe. El motivo de esta novedad consistía, siguiendo la imagen del bañista perezoso, apuntada por don Alejandro en la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

botica, en que Leto, antes de la gran zambullida en el caserón de los Bermúdez, había ido preparando el equilibrio de las dos temperaturas con un par de fregoteos bastante regulares. El uno se le dió en el Casino; el otro, al salir de misa mayor al día siguiente, que era de fiesta, es decir, el día mismo del convite. En el Casino tuvo que picar algo en la conversación general, aludido de intento por Bermúdez; y más aún que en la conversación, en la golosina que irradiaban en aquel antro desabrido, los ojos y la silueta de la hechicera sevillana; porque Leto, al fin y al cabo, era mozo de buen gusto, y mujeres de aquel arte que le miraran á él con el interés bondadoso con que le miraba Nieves á menudo, no habían pasado ni pasarían jamás por Villavieja.

Esto por de pronto. Además, al deshacerse la tertulia y ya despidiéndose de él, le había dicho don Alejandro con gran encarecimiento, mientras le apretaba una mano con las dos suyas:

— Mañana, después que *comamos* en Pelechés, iremos á ver el yacht; pero de cerca

y como debe ser visto. Conste que está usted notificado.

— «¡Después que *comamos*... á ver el yacht!» — repetía el mozo en sus adentros, enredado en las confusiones más extrañas, mientras respondía al expresivo Bermúdez cuatro palabras, mal urdidas, de cortesía. — ¿Qué plural era aquel de «comamos?» ¿Cuántos y quiénes entraban en él?

Sin desembrollar este lío, que pasó por su cabeza como un relámpago, oyó que le decía Nieves, por despedida también y también muy afectuosa:

— Y al subir á *comer con nosotros*, no se le olviden á usted ciertas acuarelas que deseamos ver.

Esto ya estaba más claro; pero no todo lo que debía de estar. Era indudable que su padre se había despachado á su gusto aquella tarde en la botica.

En cuanto salieron del Casino los de Pelechés, le faltó tiempo á él para largarse hacia su casa. En dos zancadas llegó; en breves palabras enteró á su padre de todo lo que acababa de pasarle, y en pocas más le satisfizo el boticario la curiosidad, decla-

rándole todo lo ocurrido aquella tarde en la botica. Por cierto que don Adrián subió la bocamanga izquierda hasta el codo, y el arco de las cejas hasta el casquete, á fuerza de rascarse y de admirarse al ver que Leto, de quien esperaba un estampido, en lo del convite no puso el menor reparo, y en lo de las acuarelas se despachó con tres «carapes» seguidos y unos muy dulces restregones de manos á las barbas.

Al salir la gente de misa mayor, Leto, como de costumbre, se quedó, con otros amigos, enfrente del pórtico echando un pitillo, un párrafo y algunas ojeadas maquinales á las villavejanas de todos los días; y hablando, fumando y mirando, vió salir á Nieves con su padre. Bien le había parecido la noche antes la sevillana en la penumbra mal oliente del Casino, con el sombrerito de paja y la túnica de color de barquillo; pero ¡cuidado si tenía que ver en plena luz meridiana, vestida de oscuro y con la cara monísima encuadrada en los pliegues graciosos de su mantilla de pura casta andaluza! No pudo menos de declarárselo así al fiscal que es-

taba á su lado comiéndola con los ojos, ni, al notar que le recordaba algo con los suyos, quizá lo de las acuarelas, dejar de acercarse á ella y á su padre para ofrecerles sus respetos, con la mejor intención, eso sí, pero bien sabe Dios que con las más fuertes ligaduras de sus nativas desconfianzas en el espíritu.

Mientras hablaban los tres, la *goma* villavejana se chupaba los dedos y no sabía de qué lado ponerse ni qué majadería inventar para que Nieves *se clavara*... ¡lo mismo que la goma de todas partes! y las hembras peripuestas la miraban de reojo al pasar á su lado, de los pies á la cabeza, ¡igual que todas las presuntuosas de todo el mundo!; porque son achaques esos que están en la masa de la sangre, aun en la de los que usan taparrabo... Posible es que Nieves no se fijara en los unos ni en las otras, aunque cueste creerlo por lo que se sabe del prodigioso alcance de vista que tienen las mujeres guapas para esos lances y otros parecidos; pero podría apostarse algo bueno á que en la comparación que hizo mentalmente, después de mirarle de

arriba abajo en menos de dos segundos, del Leto que tenía delante, vestido de día de fiesta, con el Leto de la víspera, desaliñado, ardoroso y con el pelo alborotado y la barba revuelta, aunque ambos eran buenos mozos, optaba por el segundo; es decir, por el Leto del billar, en calidad, se entiende, de mujer artista y esforzada.

En esto salió don Adrián con la levita nueva, bastón de caña, sombrero de copa, muy alto, y dos dedos de cuello de camisa fuera del corbatín; se arrimó al grupo y saludó muy cortés á los señores; apareció el juez é hizo lo mismo; después Rufita González con su madre; casi al mismo tiempo Codillo y las tres Indianas, y en seguida hasta otra docena más de los notables que habían hecho ya la visita obligada á Pelechés. Los Vélez, escurridos y lacios de vestido y de carnes, pasaron de largo hacia la izquierda saludando con una cabezada muy ceremoniosa. Las chaparrudas Carreñas, hechas un brazo de mar, pero de mar siniestro y bravo, saludaron con los abanicos y carraspeando, y se fueron por la derecha.

El grupo seguía creciendo y llegó á ocupar media plazoleta con los gomosos adyacentes y otros desocupados de diferentes pelajes. Luego se puso en movimiento todo junto, aunque cambiando de forma como masa de agua que se acomoda al cauce que la guía, en dirección á la Costanilla, camino de Pelechés y á la vez de la Glorieta, adonde se dirigían todos los elegantes de Villaveja entonces, por imperio de la moda.

En la Glorieta dieron Nieves y su padre unas cuantas vueltas con las adherencias que traían desde la Colegiata, y seguidos del propio *zaguante* de gomosos, cosa que encendió las iras de las villavejanas desperdigadas y desatendidas entonces por sus habituales cortejantes, y les dió motivo para despellejar viva á la pobre Nieves. Sábese que quien más apretó la dentellada en aquella puja de mordiscos fué la Escribana mayor, que, según fama, se bebía los vientos por el hijo del boticario. Le había visto al salir de misa y subiendo á la Glorieta, y en la Glorieta misma, arrimado á la sevillana y en gran intimidad con ella algunas veces. ¡El grandísimo pazguato

que jamás tuvo dos palabras al caso para pagarla las muchas con que ella le había buscado la lengua en más de cuatro ocasiones! Así es que, en cuanto se retiraron Nieves y su padre á Peleches, que fué muy pronto, y el boticario y Leto á su botica, se armó en la Glorieta la de Dios es Cristo entre los galanes villavejanos y las respectivas damas, que no querían ser plato de segunda mesa... mientras Maravillas, sentado en el último banco hacia la mar, solo, quietecito y sosegado, flagelaba con su eterna sonrisa de compasivo desdén, aquel cuadro de miserias humanas, fruto natural y lógico del lamentable resabio de ir á misa y creer en Dios.

Viniendo á lo que importa, fué el caso que Leto bajó á la villa bastante satisfecho de su hazaña; que, á pesar de estar bien vestido, cambió de corbata y de chaleco después de arreglarse el pelo, de cepillarse mucho las barbas y la ropa y de lavotearse las manos; que al volver á la botica, donde le aguardaba su padre en conversación con el mancebo, llamó á *Cornias* (luego se sabrá quién era este per-

sonaje) y le dió varias órdenes con mucho encarecimiento; que después fué á su atril, y de un cartapacio que tenía allí muy



escondido bajo papelotes y libracos, sacó hasta una docena de obras suyas, entre acuarelas y dibujos, escogidas, muy esco-

gidas, en su abundante colección; que las envolvió convenientemente, y que diez minutos después, él y su padre atravesaban la plazoleta inundada de sol, que achicharraba, en dirección á Peleches.

— Ya ves, Leto, — le decía muy regocijado su padre, y por lo bajo para que no enteraran de la conversación las gentes que volvían de la Glorieta, — cómo el león no es tan fiero como le pintan. Muchas veces nos alucinamos... eso es... nos ofuscamos, por ver y juzgar de lejos las cosas. Y á ti ¡caray! te ha pasado mucho de eso. Dígotelo, porque al fin vas ¡caray! vas, sí señor; y sin grandes resistencias, y hasta llevas esas pinturillas contigo... ¡bien llevadas, muy bien llevadas! eso es; muy bien llevadas, por lo mismo que te las han pedido y desean verlas... Yo pensé... ¡ahí tienes!... que no te prestarías á ello, porque hasta de mí las has escondido siempre, por esas rarezas ¡caray! que nunca he podido explicarme... eso es... Pero la fuerza de las cosas ha querido que el león se te vaya á la mano; y como te decía antes, no te ha parecido tan fiero como

visto á larga distancia... eso es... y ya te das á partido, ¡caray!

Leto, sonriendo de cierta manera habitual en él, contestó á su padre:

— ¡Si supiera usted la procesión que me anda por dentro!...

— ¡Ay, Leto del alma! — replicó don Adrián parándose en firme. — Pues si á procesiones fuéramos... ¡quién, en casos tales, no las llevará consigo, en más ó en menos, caray, hasta hacerle temblar las choquezuelas? Vamos á una casa extraña y de mucho viso, á una mesa quizá opípara... eso es... dos hombres acostumbrados á la vida oscura y metódica... de lo más metódica y sencilla... eso es... La emoción... el sobresalto si quieres, es de necesidad... Pero una cosa es eso, y otra muy diferente lo otro que á ti te pasa... ó te pasaba... En fin, de esto no hay para qué volver á hablar, Leto. Pero he de repetirte, en conclusión, lo que te dije anoche: hay que sacar fuerzas de flaqueza en ciertos lances de la vida... y hacerse superior, eso es, á las nativas debilidades... porque no hay hombre sin hombre... y todos nos

debemos mutuos servicios y respetos... eso es... Tú eres mozo; nada te falta, es verdad... y acaso no te falte nunca, por mucho que vivas, si la venturosa quietud de Villavieja continúa inalterada y no te sale un competidor en el oficio, como no me ha salido á mí desde que soy boticario; pero es posible que te salga, porque lo malo cunde y no anda ya lejos de nosotros, eso es... ó que te convenga cosa mejor que la que poseas, y entonces ¡caray! bueno es tener valedores... y bien sabes tú que la casa de Peleches raya en todas partes tan alto como la que más... y puesto que nos dan la vaquilla, corramos con la soguilla ¡caray!... y muy agradecidos, sí señor; y el corazón en la punta de la lengua, eso es; y el que tiene algo en la cabeza, como no dejas de tenerlo tú, noble y honrado además, sí señor, que lo manifeste ¡caray! si llega el caso de hacerlo, con entereza y con fe, que esto no está reñido con la buena educación, ni siquiera, eso es, con la cristiana humildad. Cuando Dios da al hombre el caudal de las ideas, no se le da ¡caray! para que le guarde con avaricia, ni tam-

poco para que le despilfarre contrahecho ó á escondidas y con vergüenza: no señor, ¡caray! no señor... como vienes haciendo tú... Eso es.

Dió dos golpecitos con su caña en el suelo, y continuó marchando calle arriba.

Leto, pensativo y bastante risueño, pero sin contestarle una palabra, hizo lo mismo á su lado.

Así llegaron á Peleches, en cuyo saloncito de labor, ó mejor dicho, estudio de Nieves, con las puertas del balcón abiertas de par en par para que entrara á borbotones el nordeste que corría, saturado de los efluvios de la mar, fueron recibidos por los señores de la casa y por don Claudio Fuertes que también estaba convidado á comer.

Nieves había cambiado su traje oscuro por otro casi blanco; y al verla así Leto, blanco el vestido, blanca, nacarina la tez, azules los ojos y el cabello rubio, como no se le ocurrían más que tontadas, en seguida se la forjó nereida ó cosa así de las fantásticas regiones submarinas, enviada allí por los genios protectores de Peleches,

envuelta en una ráfaga salobre de las que inundaban la estancia sin cesar. En otra mirada rápida en derredor del saloncillo aquel, se le antojó haber visto la blanda, inteligente mano de una artista, colocando cada mueble, cada libro y cada cachivache en el único sitio que le correspondía; y ¡otra bobada mayor! aun marcó con la vista en las paredes y sobre muebles determinados, los lugares y los aparatos en que sus acuarelas, á no ser tan malas como eran, hubieran hecho un lucidísimo papel.

Pensar esta bobada y clavar Nieves los ojos en el cartapacio que él llevaba entre manos, y hasta preguntarle en seguida con ellos si *las* traía, fué todo uno. El mozo se halló con aquel tiro tan inesperado, como contrabandista cobarde delante de los carabineros. Sin detenerse apenas á saludar como debía, desató el fardo y entregó el contenido con las manos trémulas, pero resuelto á todo.

A creer á Nieves, y no hay serios motivos para lo contrario, en aquellas obras de Leto había verdaderas maravillas de arte. Bermúdez y Fuertes opinaron lo mismo;

pero no eran sus votos de tan ganada autoridad como el de Nieves, la cual, para mayor confusión del aturdido Leto, no contenta con ver los cuadros sobre sus rodillas, fué colocándolos uno á uno... ¿en dónde, gran Dios! sobre los mismos muebles y en los propios sitios de las paredes en que los había imaginado él... Y á todo esto, la sevillanita, con su entrecejo algo fruncido, su frase concisa y sobria, sin extremos en la alabanza, sin apresurarse, sin sonreír más que lo preciso, deslizándose entre sillas y veladores sin tropezar con nada, sutil, airosa, discreta... en fin, que tanto por lo que decía como por el modo de decirlo, y hasta por el modo de andar, había que creerla inteligente en el arte, y desde luego sincera. Con esto y con la propensión natural de Leto á someter sus juicios al imperio de los extraños, por primera vez en su vida se creyó algo pintor y no del todo insignificante.

— Pues ahora va usted á ver mis obras, — le dijo Nieves muy templada, dejando las de Leto sobre un velador, — siquiera para que aprenda usted, en vista de lo

malas que son, á no ser tan avaro de las suyas.

Y como lo dijo lo hizo, sacándolas de un gran cartapacio que estaba sobre una mesita contigua á un caballete desocupado.

— La mayor parte, — decía Nieves á Leto solo, aunque le acompañaban en la escena los demás personajes allí presentes, — son copias y malas: las originales son peores... No se sonría usted, porque es la pura verdad... Vea usted ese gitano... copia, dura y desentonada, y hasta sin dibujo... Una marina... ¡Qué olas, eh? Parecen de percalina... Una ventana con flores y pajaritos enjaulados: de nuestra casa de Sevilla. Esta acuarela es original: debe usted conocerlo por lo resobadita que está de color...

Por este arte siguió mostrando y juzgando la mayor parte de sus obras. A veces, mientras Leto examinaba una, teniéndola cogida con las dos manos, Nieves metía entre ellas otra suya, blanca, torneadita y olorosa, para poner el índice primoroso encima del objeto censurado; y entonces Leto perdía de vista la acuarela,

porque los ojos se le iban detrás de la mano, y la atención y hasta el olfato... A don Adrián y al comandante les parecían inmejorables las pinturas, y así lo declaraban; y don Alejandro, mal avenido con las sinceridades de su hija, quería desautorizarlas explicando cómo y por qué... En cuanto á Leto, no pudiendo concebir que de aquellas manos tan bonitas salieran obras imperfectas, todo lo hallaba superior, y así lo daba á entender como podía.

— Todo eso que ustedes me dicen — insistía Nieves muy serena — es pura cortesía. Ninguna de estas obras tiene otro mérito que el de estar hechas con grandes deseos de hacerlo mejor. Lo conozco por lo mismo que sé estimar las buenas, como las



de usted; pero sigo pintando porque me entretiene, y enseño lo que pinto, como ahora, por no hacerme de rogar más tarde y porque no lo tengo á pecado mortal... Al óleo, con franqueza, pinto algo mejor que á la aguada... Ya lo verá Leto, que lo entiende, cuando pinte algo aquí... porque pienso pintar mucho... y andar más... Todos los sitios en que he puesto antes las cartulinas de usted, han de quedar ocupados por obras mías... Cuento con que me dejará usted copiar las suyas para eso.

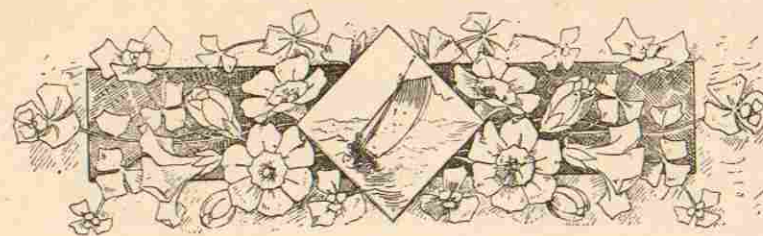
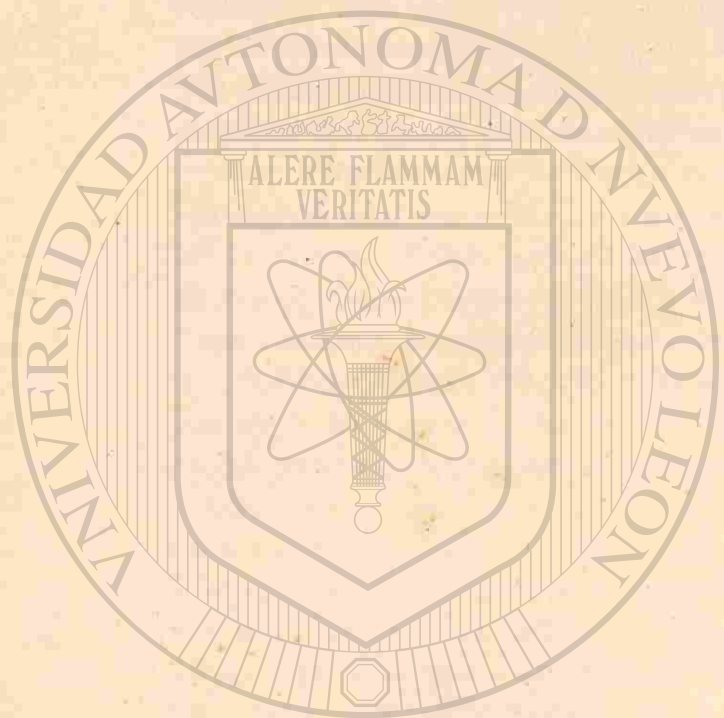
Leto, que ya había soñado con verlas honradas allí, se llamó á engaño y declaró á Nieves que no volverían al cartapacio de la botica aquellos insignificantes borrones, puesto que le gustaban á ella; y Nieves, sin andarse en ociosos disimulos, porque conocía la sinceridad de la oferta, la aceptó de plano con gran regocijo, aunque no tanto como el que produjo en don Adrián el galante rasgo de Leto.

Andando en estas y otras tales, llegó Catana al saloncillo para anunciar que estaba la sopa en la mesa; y al disponerse todos para ir al comedor, Leto, recordando

algo de lo que había visto y oído en Madrid y leído después, haciendo un esfuerzo sobrehumano y dando diente con diente por el temor de pasarse de fino, ó de estar equivocado, ofreció su brazo á Nieves, que le aceptó placentera y como la cosa más corriente y natural del mundo.

Los demás comensales abrieron paso á la pareja, á la cual siguieron Bermúdez muy complacido, Fuertes algo maravillado, y don Adrián hasta orgulloso con aquel gallardo arranque del empecatado muchacho.





XI

EL « FLASH »

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

DURANTE la comida, que fué tan « opípara » como se la había anunciado en hipótesis don Adrián Pérez á su hijo andando hacia Pelechés los dos, tuvo Leto varias pruebas más de que el león no era tan fiero como le pintaban: hasta llegó á encontrarse muy á gusto encerrado en la jaula con él. Porque ocurrió también la feliz coinci-

dencia de que apurado el punto de las opiniones pictóricas de Nieves, salió de golpe y porrazo don Claudio Fuertes diciéndola:

— En este mismo sitio y al oír á usted que la gustaban mucho los paseos marítimos, la prometí anteayer que no la faltarían medios de satisfacer ese gusto, si se empeñaba usted en ello.

— Y no he olvidado el compromiso, — respondió Nieves, — ni estoy dispuesta á perdonársele á usted.

— En hora buena, — dijo don Claudio Fuertes; y luego añadió volviéndose al hijo del boticario: — ¿lo ha oído usted, Leto?

— Sí que lo he oído, — respondió Leto. — Pero ¿por qué es la pregunta?

— Porque con usted va el cuento.

— ¡Conmigo?...

— Sí, señor, con usted; porque cuando yo hice esa promesa á Nieves, contaba con el balandro de usted, con la competencia náutica de usted y con la galantería de usted. Conque á ver si se atreve á dejarnos mal ahora con esta señorita y con su señor padre que no tiene otro afán que el de complacerla.

Bien poco trabajo le costó á Leto mostrarse cortés y hasta rumboso en aquel particular; porque precisamente el balandro, sus condiciones marineras, sus hechos y valentías y las altas prendas del generoso amigo que se le había regalado, eran los temas de conversación que más le agradaban; los únicos acaso con que se dejaba ir, hablando, hablando, al sosegado curso de sus ideas, sin la menor protesta de aquel diablillo psicológico que se lo echaba todo á perder cuando sus elogios ó sus juicios recaían en cosa nacida de su cacumen, ó, aunque propia, no tuviera consagrados los méritos por otro juicio de indiscutible autoridad. ¡La maldita desconfianza! Habló, pues, del balandro durante una buena parte de la comida, después de ponerle y de ponerse él mismo á las órdenes de Nieves para dirigirle; de la hermosura y comodidad de la bahía para voltejear en ella, con una brisa bien *entablada*, las personas que se contentaran con poco; de la intensidad de este mismo placer recibido en alta mar; del inglés, su amigo, con quien tantas veces le había gustado; de su

destreza, de su valor, de su carácter... hasta habló algo de Cornias, porque fué de necesidad que hablara de él. Cornias era un mozo pequeñito de cuerpo y bizzo de ambos ojos, nacido y criado en Villavieja. Desde muchachuelo anduvo en la botica para ciertos menesteres mecánicos. Entendía algo de cosas de la mar, porque era hijo de un pescador y de una sardinera. Cuando Leto tuvo un bote, Cornias se le cuidaba y le servía de marinero. Era listillo y valiente; y en cuanto llegó el balandro de Inglaterra, por recomendación de Leto se encargó de hacer en él los mismos servicios que en el bote. Si Cornias estaba entusiasmado con aquel barco tan hermoso, el inglés estaba chocho con Cornias, por su tipo, por su afabilidad y por su inteligencia para aprender las maniobras. En poco tiempo se puso al corriente de todo y en aptitud de manejar el balandro tan guapamente: le quería como á las niñas de sus ojos. A la fecha del relato, Cornias, sin dejar de ser *plaza de á bordo*, continuaba siendo obrero de la botica y sus accesorias; y lo mismo empuñaba la maza del mortero

para moler cantárida, con la boca y las narices tapadas con un pañuelo, ó á cara descubierta crémor ó mostaza, y el mango de la azadilla para *arropar* la belladona, el estramonio y la cicuta que cultivaba el boticario en su huerto, que envergaba la mayor ó encapillaba un obenque. No bebía ni fumaba, ni podía resistir calzado, ni gorra, ni chaqueta. Ordinariamente no llevaba más prendas sobre su cuerpo, que la camisa y los pantalones, con las perneras remangadas hasta la pantorrilla y las mangas hasta el codo; y así y todo, Cornias resultaba limpio y simpático. De honradez y lealtad no se hablara, porque se le podía entregar á ciegas oro molido. Se le llamaba y conocía por aquel mote, porque era bizzo. *Cornias* era una corruptela ó degeneración, forzada por los muchachos de la playa, de la palabra *bizcornio*; y por Cornias respondía olvidado ya de su nombre de bautismo.

Después de hacer Leto, y no sin gracia, este esbozo de su marinero, ratificado por don Adrián que le quería mucho como sirviente de su botica, volvió sobre lo ya

tratado. Se podía navegar en su balandro con la misma confianza que en un navío de tres puentes. Se convencerían de ello en cuanto le vieran, como habían de verle muy pronto. Nieves no lo ponía en duda; su padre, así así; don Claudio negaba esa seguridad hasta en el navío de tres puentes; y en cuanto al boticario, tenía las pruebas de lo afirmado por su hijo, en que había hecho éste con su balandro, doscientas veces, mucho más de lo sobrado para que á la primera se quedara en la mar, por los siglos de los siglos, cualquier otra embarcación de igual calibre.

Como la comida fué abundante y se habló mucho y sobre muchas cosas, la sesión fué larga y muy entretenida; de modo que cuando don Claudio Fuertes y don Adrián Pérez dieron los últimos *latigazos* á la última de las respectivas copas que don Alejandro había ido sirviéndoles con el café, era ya muy bien entrada la tarde; á Nieves, ausente del comedor rato hacía, la calzaba su doncella sus *brodequines* de campo, de fino becerrillo sin teñir, y la brisa seguía fresca y bien entablada, por

lo cual no molestaba fuera el calor, aunque el sol lucía sin el estorbo de una sola nube. Teniendo esto en cuenta, sólo aguardaban los del comedor la vuelta de Nieves para salir con ella á hacer la proyectada visita al balandro de Leto, número primero de los del programa dispuesto para aquella tarde.

Nieves no se hizo esperar mucho; y cuando apareció á la puerta del comedor poniéndose los guantes y con el sombrero algo caído sobre los ojos, muy ajustado el talle y con un clavel en la boca, su padre la vió un instante con el mismo ojo suspicaz y alarmista que en la memorable ocasión de presentársele en Sevilla, recién vestida para ir á retratarse. Pero ¡qué diferencia de escenario, por más que las dos escenas fueran semejantes, casi idénticas! Allá, la atmósfera viciada y corruptora de una gran capital; en Peleches, los horizontes sin límites; el aire puro y saludable del campo y de la mar; las tentaciones de claudicar, en la ciudad á cada vuelta de esquina; en aquellas soledades grandiosas, ni aunque se buscaran con un candil... Y no lo pudo remediar el buen Bermúdez:

poseído de su tema y encantado de verse donde se veía, el mejor punto de la tierra para ponerle en ejecución y dormir tranquilo al amparo de su milagrosa virtud, tomando pretexto del rumor y el aroma de la brisa que circulaba por todos los ámbitos y resquicios de la casa, cantó un himno de admiración á la augusta Naturaleza, y largó por final de él el *sorites* de costumbre al comandante y al boticario, mientras Leto daba el brazo á Nieves para bajar la escalera.

El camino elegido para ir al muelle fué el del Miradorio; y por él tomaron los cinco en el mismo orden en que habían salido de casa: Nieves y Leto delante, é inmediatamente después los tres señores graves: el de Pelechés en medio. Desde lo más alto del sendero, contempló Nieves la mar y cuanto se abarcaba con la vista hacia la izquierda; y se le ocurrieron algunas cosas buenas, particularmente sobre la mar. A Leto no dejaba de ocurrírsele algo también; pero temiendo que fueran majaderías, se limitó á glosar un poco las ocurrencias de Nieves; la cual, en una de éstas y por apre-

tarle demasiado con los dientes mientras hablaba, cortó el rabillo del clavel. Leto le recogió del suelo tan pronto como cayó, y se lo quiso devolver á Nieves...

— No sirve ya, — díjole ésta después de mirarle un momento: — puede usted tirarle, si quiere.

Y Leto, sin más ni más, le tiró por pura obediencia.

— Ya se ve el balandro, — dijo al mismo tiempo.

— ¿Cuál es? — preguntó Nieves.

— La única embarcación de aquellas cuatro, que está aparejada.

— ¡Cuánta vela tiene!

— Cuantas hay en casa. Cornias no se ha andado en chiquitas: todos los trapitos ha echado al sol... ¡Qué hermoso día de mar!

— Oiga usted, Leto, — le dijo Nieves muy en reserva y después de notar con el rabillo del ojo que no la oían los que venían detrás: — cuando estemos en el balandro y le hayamos visto, proponga usted á mi padre que demos un paseo por la bahía.

— Ya estaba yo en eso, — respondió Leto muy ufano.

— Y si papá consiente en ello, que si consentirá, — continuó Nieves más por lo bajo todavía, — así, como á la descuidada, se va usted echando hacia la mar... ¿eh?

— Perfectamente, — respondió Leto, — y de ese modo iremos poniendo á prueba, poco á poco, la resistencia de usted para el mareo...

— ¡Oh! por ese lado, yo respondo desde luego, — dijo Nieves con gran confianza. — Tengo hechas buenas pruebas en Bonanza y en Cádiz, y no hay forma de que yo me maree.

— Pues tanto mejor entonces.

El muelle de aquel ignorado puerto se componía de un gran tablero rectangular, sobre una docena de pilotes achacosos que ya no podían con la carga cuando los ingleses de la mina los repararon convenientemente. Todo este artificio grosero estaba arrimado á un andén muy espacioso y firme, construido por la naturaleza, al cual venían á parar en uno solo, desde la anteúltima revuelta de la bajada, el camino de la mina, casi paralelo á la costa, y el sendero del Miradorio que

desde el punto de empalme se dirigía hacia el Sur.

Al llegar al muelle los cinco comensales de Peleches, Cornias quiso atracar el balandro, que estaba separado cosa de dos ó tres brazas, á la escalera de embarque, bien corta entonces porque la marea estaba muy alta; pero Leto le hizo señas para que no le moviera de allí. Tenía el balandro la bandera con corona real, en el pico, y un grimpolón azul con una F blanca, en el tope. Con todo el trapo desplegado y las escotas en banda, flameaban las velas al recibir el viento, y se oían desde el muelle sus restallidos ó *gualdrapazos*. Cornias se había excedido algo de las órdenes recibidas: bien que el balandro tuviera en aquella ocasión cada cosa en su sitio, pero no tan á la vista; entre otras razones, porque el gualdrapeo de las velas desplegadas, tras de producir balances al barco, hacía trabajar al palo inútilmente. Pero Cornias, que tenía el entusiasmo de todo ello en conjunto, pensó acertar mejor ostentándolo de una vez en hora tan señalada. Error del pobre muchacho. El corcel

de buena sangre, para lucir su gallardía, ó en pelo y en libertad, ó bien arrendado por su jinete. Entendiéndolo así Leto, á una señal muy expresiva y cuatro palabras enérgicas enderezadas á Cornias, fué el balandro recogiendo todas sus lonas, como la gaviota sus alas al posarse blandamente sobre la onda marina.

— Ahora se ve mejor el casco en toda la pureza de sus líneas, — dijo Leto á los que le rodeaban, pero particularmente á Nieves que parecía la más atenta á la explicación que había comenzado á hacer.

Según aquella explicación de cuanto se veía desde el muelle é iba él señalando en el barquito, por iniciativa propia ó respondiendo á preguntas que se le hacían, el casco de su *Flash* (Centella) tenía la proa y la popa muy *lanzadas*, ó salientes, y era chupado de amuras (la cara de proa) y robado de codaste (pieza en que se articula el timón), es decir, en viaje hacia proa; casco, en fin, de los llamados *de cuña*, á la moda inglesa, de mucho calado. La ventaja de tener muy lanzadas la popa y la proa, consistía en que cuando la embarca-

ción *escoraba*, es decir, se inclinaba á una banda, los lanzamientos tocaban en el agua y aumentaban la longitud del casco, dándole mayor estabilidad, razón por la que los de esta clase ceñían mucho y viraban facilísimamente. Para la debida compensación de la finura y estrechez del vaso con la altura excesiva de su aparejo, el *Flash* tenía una zapata ó quilla postiza de plomo, sujeta á la verdadera con unas cabillas pasantes. Seguridad completa, absoluta, de no dar, *escorando*, quilla al sol.

Aquel espacio hueco, á modo de escotilla, que se veía en el último tercio de la cubierta, hacia popa, con bancos alrededor y reborde algo saliente que formaba el respaldo, técnicamente *brazola*, era el sitio para el que gobernara y personas que fueran con él. El agujero se llamaba el *pozo*; y el templete que se alzaba entre el emplazamiento del palo y el lado del pozo de hacia proa, con lumbreras á los costados y barritas de metal para protegerlas, era el *tambucho*, ó cúpula de la cámara que estaba debajo, bastante cómoda según iba á verse en seguida, porque ya no

había en el balandro cosa que mereciera ser explicada ni vista desde el muelle.

Atracóle á la escalerilla el diligente Cornias á una señal de Leto, y bajaron todos; Nieves de la mano del desconocido Leto; Bermúdez y el boticario muy á pulso, y don Claudio Fuertes protestando de que hasta allí y nada más. Cornias, según Leto le había pintado en la mesa, pero con pantalón blanco y camisa con lunares, si no nueva, recién estirada, aguantaba el balandro atracado á la zanca de la escalera, con las uñas hincadas en los tablones.

Saltaron á bordo de él los visitantes por la cabeza del último escalón descubierta; y al ver lo *descarado* que estaba el suelo aquel, que oscilaba además, todos, menos Nieves y Leto, se colaron en el pozo.

— Desengañense ustedes, — decía Fuertes sentándose, — que esto no tiene señal de juicio... ni los que andan en ello tampoco... ¡Ah! pues dejen ustedes que se inflen todos esos trapos y empiece el viento á enredarse entre ellos... ¡Ni san Pablo para aquí entonces sin romperse la crisma con algo ó echar los hígados por la boca!...

— Verdaderamente, — replicaba don Adrián guardando el equilibrio con los hombros, aunque era bien insignificante el balanceo, — que no se explica uno fácilmente ¡caray! tanto entusiasmo y tanta... eso es... como tiene ese muchacho... y como tenía su amigo por estas diversiones... Por de contado, señores míos, que esta es la primera vez en mi vida que me veo aquí... y tan á nuevo me sabe, eso es, lo que voy viendo, como á ustedes. Desde tierra he visto el barquichuelo este varias veces, unas quieto y otras andando... ¡y qué andar, caray! Vamos, ocasión hubo de volver la cabeza... por no verlo... Es la verdad, sí señor, ¡caray!

— ¡Digo, y eso usted, que es pez de la mar!... Pues ¡qué me pasará á mí que soy de los secanos de Astorga?

— ¡Canástoles — saltó aquí don Alejandro — con los valentones estos!... Yo no me trago á los hombres crudos, ni mucho menos; pero tampoco se me arrugan las narices por echar una cataplera por esas aguas allá.

— Por de pronto, mi señor don Alejan-

dro, — contestóle Fuertes con cierta socarronería, — ha sido usted uno de los tres valientes que nos hemos colado en el pozo por entrar en el balandro; y después, mire usted, yo me he visto cara á cara con los moritos en Monte Negrón y en los Castillejos, y hasta en lo de Wad-Ras, que fué más agrio de lo que á ustedes se les figuró; y sin echármelas de valiente al decirlo, ni perdí la serenidad, ni el coraje... ni las ganas de pegar, porque aquello era otra cosa: había siquiera suelo firme en que pisar... y en que morir, si era preciso, defendiendo la vida honradamente; pero esto es entregarse á la muerte atado de pies y manos y metido ya en el ataúd...

Leto, mientras los del pozo hablaban de esta suerte, explicaba á Nieves las ventajas de un palo, como el del *Flash*, compuesto de dos piezas (la mayor, ó *palo macho*, y la menor, ó *mastelero*, con su tamborete y cruceta entre ambas), sobre el palo *enterizo*, ó de una sola pieza; cómo se fijaba el palo en el fondo del casco encajando su espiga inferior en una mortaja llamada *carlinga*, y se afirmaba después por medio de las cuerdas

que iba señalando y se llamaban *obenques* y *estays*: los obenques bajaban desde la *encapilladura*, junto á la cruceta, y los estays desde la suya en el arranque del *galopillo*, ó remate superior del palo; cuál era la *botavara*, cuál el *pico de cangreja*, y cómo se manejaba y con qué cuerdas ó drizas cada vela de las cuatro que tenía el yacht (*mayor*, *trinquetilla*, *escandalosa* para los buenos tiempos, y *foque volante* para las *empopadas*). El agujero que había á media cubierta, entre el pozo y el costado de estribor, era el de la bomba de achique, muy usada, porque en las *arfadas*, ciñendo el balandro, embarcaba en el pozo bastante agua: *rociones* y *garranchos*, según el estado de la mar; tal pieza era el *cabillero* para las drizas de maniobra; cuáles otras, las *cornamusas* para afirmar las escotas del foque y las de la trinquetilla; otra en el suelo mismo junto al agujero del *pañol* de cadenas, el *guindaste*, en el cual se hacía firme la cox de botalón, etc., etc. Muchos, muchísimos detalles dió Leto á Nieves, llamando á cada cosa con su nombre técnico, porque así lo quería la animosa sevillana.

Cuando ya no tuvo nada que explicarla sobre cubierta, la dijo:

— Vamos ahora, si usted quiere, á ver la cámara.

A la cámara se entraba por el pozo, en cuyo lado de hacia proa estaba la puerta, de dos hojas, con un cuartel de corredera. Abrió Leto y entraron las cinco personas, teniendo que descubrirse don Adrián, porque para un sombrero como el suyo, puesto sobre la cabeza, no había allí bastante altura de techo. Por lo demás, sobraba sitio en que revólverse los visitantes con desahogo. Nieves se admiró de ello y del primer con que estaba dispuesto y hecho todo en aquel microscópico salón, que resultaba hasta lujoso. A cada lado de la puerta había un armario, y otro más ancho enfrente de ella; á cada lado de los otros dos de la cámara, un cómodo diván, y en el centro una mesita atornillada en el suelo, con las alas dispuestas de modo que podía servir para una docena de comensales. Retirando Leto uno de los almohadones, levantó la tabla sobre la cual estaba tendido; y la tabla resultó ser tapadera de un largo cajón,

bien provisto ciertamente, pues fué sacando de él el hijo del boticario dos amplios y superiores impermeables; un vestido completo de mar; media docena de hermosas toallas y dos sábanas de baño, y algunos objetos más por el estilo; todo ello puesto allí por el precavido y rumbo inglés, lo mismo que los objetos de aseo y los útiles de pesca, licores exquisitos y confortantes, y libros (en inglés desgraciadamente para Leto) que trataban, con excelentes dibujos, de materias pertinentes á todos los destinos imaginables del barco, que se guardaban en los armarios. Todo lo conservaba Leto donde y como el inglés lo había dejado, por respeto cariñoso á la memoria de su amigo. En el centro del copete del más grande de los armarios, había una chapa de metal bruñido, con dos nombres grabados sobre una fecha. Señalando á los nombres, dijo Leto:

— Este es el blasón de nobleza del balandro: *Mr. Watson* y *Mr. Fife*: el ingeniero y el constructor de yachts más afamados de Inglaterra. ¡Deberé yo estar agradecido á un hombre que me dejó tan rica prenda de

su amistad? ¡Y se extraña mi padre algunas veces del mimo con que la trato!... Pues hay que ver ahora, prácticamente, sus condiciones marineras que tanto les he ponderado, si no le molesta á Nieves y lo consiente el señor don Alejandro...

— Caballeros, — dijo al oírlo don Claudio, levantándose de golpe y andando hacia la puerta: — aquí sobra uno; y ése soy yo.

— ¡Pero, don Claudio!... — exclamaba Nieves, riéndose del arranque de su amigo.

— Nada, nada: cada uno es cada uno, y yo sé bien lo que me hago... Y también usted lo sabe al venirse conmigo, señor don Adrián, — añadió Fuertes volviéndose un momento hacia el boticario. — Porque yo doy por supuesto que usted tampoco se queda, aunque le aspen.

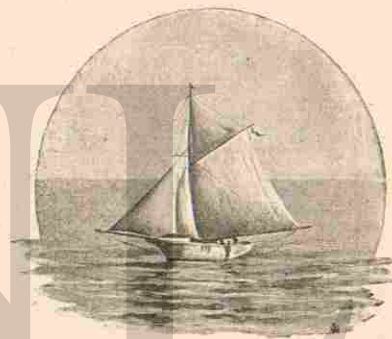
— Verdaderamente, — contestó el aludido, que estaba algo inquieto por falta de franqueza, moviéndose un poco hacia la puerta, — que no soy de lo más apto para este género... eso es... de diversiones... Por otro lado, ¡caray! la edad... eso es. De manera que, si no se tomara á mal...

— ¡Qué há de tomarse, hombre! — díjole

don Claudio, volviendo para cogerle por un brazo. — Y aunque se tomara... Véngase, véngase, don Adrián; y verá usted qué guapamente estudiamos las condiciones marineras del *Flash* desde tierra firme.

— Conste, señor matamoros, — dijo Bermúdez desde la puerta de la cámara cuando ya salía del pozo el comandante llevándose á remolque al boticario, — que no solamente doy el permiso que me ha pedido Leto, sino que me quedo, y con gusto... ¡con mucho gusto, canástoles! mientras que usted se larga.

— Con gusto, ¿eh? — respondió Fuertes sin volver la cara. — ¡Ay! mi señor don Alejandro... ¡si hubiera espejos para ver á los hombres por sus adentros en determinadas ocasiones!... Cornias, arrima un poco más el barco, hijo... Así... ¡Ajá! Cuidado,



don Adrián... Venga la mano... Eso es...

¡Divertirse, caballeros!

¡Cómo le pusieron entre Nieves y su padre desde el yacht!

— A la faena ahora, — dijo Leto á su edecán, sin oír á los unos ni á los otros, porque ya estaba con la fiebre de sus glorias. — Usted, Nieves, á sentarse aquí; y usted, don Alejandro, á su lado... Perfectamente... ¡Cornias!... desatraca, y á franquearnos con el foque... Bueno... Ya va... ¡Lista la driza de pico!... Yo á la de boca... ¡Iza!

Hecha la maniobra en regla, hinchóse la extensa lona, y cayó el barco al lado opuesto, navegando ya.

— No hay que asustarse, Nieves, — dijo Leto sonriendo al notar en ella, y particularmente en su padre, cierto movimiento de sorpresa desagradable: — es el saludo del *Flash* á la llegada del viento.

— Bien me parece esa cortesía, — respondió Bermúdez agarrándose á la brazola mientras Nieves se sonreía despreocupada; — pero en todas partes, después del saludo al aire libre, vuelven las gentes á cubrirse

y á enderezarse, y aquí observo que pasan las cosas de otro modo: el *Flash*, después de saludar, continúa inclinándose y andando á más y mejor.

— Es de necesidad, señor don Alejandro: como que vamos casi de proa al viento. Mucho más ha de inclinarse todavía.

— ¡Buen consuelo, hombre!

— Ya le va tomando el gusto al agua... ¿Oyen ustedes cómo la paladea?

— Y también veo — respondió Bermúdez — que la destina á otros usos. ¡Mira, mira, Nieves, cómo se tumba el condenado, para fregotearse las costillas con ella! ¿Qué te parece de esto, hija?

— ¡Muy bien! — respondió Nieves, fascinada por el lance, con los ojos voraces, la boquita entreabierta y palpitantes las rosadas ventanillas de la nariz.

El barco había entrado en su andar desembarazado y franco; y ciñendo siempre para ganar terreno hacia fuera, no cesaba de inclinarse. Bermúdez lo notaba intranquilo, y oía el borboteo del agua debajo del lanzamiento de la popa; el crujir de la perchería del aparejo y el crepitar de las

lonas; y hasta comenzó á ver una faja de espumilla hervorosa á todo lo largo del carel inclinado, como si pugnara por colarse adentro. Leyóle estos cuidados en la cara Leto, y le dijo para tranquilizar de paso á Nieves, que, ciertamente, no lo necesitaba:

— Repare usted que vamos solamente con el foque y la mayor, y que la mar está como una balsa de aceite. ¡Qué diría usted si izáramos la escandalosa allá arriba, como la hubiera izado yendo solo?... ¡Si esto es navegar en una palangana! De todas maneras, hasta acostumbrarse más á estas posturas violentas, no dejen ustedes de agarrarse al respaldo.

— Ya, ya, — respondió Bermúdez que no podía agarrarse más de lo que estaba; — pero lo que veo yo es que el agua anda si entra ó no entra por este costado, y que vamos echando demonios.

— Y aunque entrara ¿qué?

— ¡Pues digo! ¡como si fuera lo más usual y corriente!

— Y lo es, señor don Alejandro; y va el *Flash* tan guapamente con un par de tablas de la cubierta debajo del agua.

— ¡Canástoles!

— ¿Quiere usted verlo?... ¿Se atrevería usted, Nieves?

— ¡Pues no he de atreverme? — respondió ésta como extrañada de que Leto lo pusiera en duda.

— Por visto, señores, por visto, — dijo resueltamente Bermúdez. — ¡Canástoles! para prueba sobra con esto, que no es poco, sin necesidad de que tentemos á Dios.

Nieves y Leto, y hasta Cornias que atendía á la escena medio sentado arriba sobre el tejadillo del tambucho, se echaron á reir.

— Mira, papá, — dijo de pronto aquélla, — qué bonita es esta costa de la bahía. ¡Cuántas islillas verdes que apenas se alcanzan á ver desde casa! ¿Y don Claudio y don Adrián? ¿Qué lejos quedan!... ¡Míralos!... Creo que saludan.

— Hija mía, — respondió Bermúdez sin volver hacia ella más que la intención, porque la visual del ojo útil se la estorbaba la nariz, — necesito ambos brazos para agarrarme, y toda la voluntad para guardar el equilibrio en esta postura. Contéstalos tú por mí si te parece.

— Ya lo hago por todos, — repuso Nieves volviendo el busto hacia el muelle y agitando el pañuelo con la mano izquierda. Después de unos instantes de silencio, añadió, con el oído muy atento hacia proa: — Fíjate bien, papá.

— ¿En qué, hija?

— En el ruido que va haciendo el barco... Lo mismo que si fuera arrastrándose sobre papeles de seda.

— Exactamente, — confirmó Leto; — y si usted continúa fijando la atención en ese ruido, llegará á oír conversaciones, y cantos á la sordina... y todo lo que usted quiera, hasta acabar por dormirse.

Tras esto callaron todos por un buen rato, como si se tratara de poner á prueba las afirmaciones de Leto, mientras el yacht continuó deslizándose al mismo andar. De pronto dijo Nieves dirigiéndose á Leto:

— Pues tiene usted razón: fijándose mucho en el ruido ese, se oye todo lo que se quiere oír... ¿No crees tú lo mismo, papá?... ¡Mira qué llana, qué brillante y qué hermosa está la bahía! Parece un espejo muy grande.

— Muy grande, muy hermosa y muy llana, — respondió Bermúdez inmóvil y rígido, — y muy entretenidas esas cosas que decís que se oyen debajo del barco: todo está muy bien, menos esta condenada postura que no me deja gozarlo. Esto es un despeñadero.

— Pues cuidadito ahora, — le advirtió Leto sonriéndose, — porque va á inclinarse un poco más.

— ¡Más todavía, hombre? — exclamó Bermúdez, queriendo clavar las uñas en la brazola. — Y ¿por qué?

— Porque voy á preparar la virada, dando mayor andar al barco.

Dicho esto, metió la caña á estribor; con lo cual, presentando el *Flash* mayor superficie al viento, recibió mayor impulso de él, y el festón espumoso que andaba lamiendo por fuera el carel de babor, le echó unas cuantas lengüetadas por adentro. Entonces gritó Leto á su edecán:

— ¡Cornias... á virar! ¡Salta escota foque!

Obedeció Cornias en el aire; orzó Leto vigorosamente, y el yacht fué virando y enderezándose, hasta ponerse horizontal

como le quería don Alejandro, y, según la lengua del oficio, *á fil de roda*, es decir, cara á cara con el viento.

En esta posición el barco, las velas, deshinchadas y lacias, comenzaron á restallar, con tal estrépito, que asustó á Bermúdez y sorprendió á su hija.

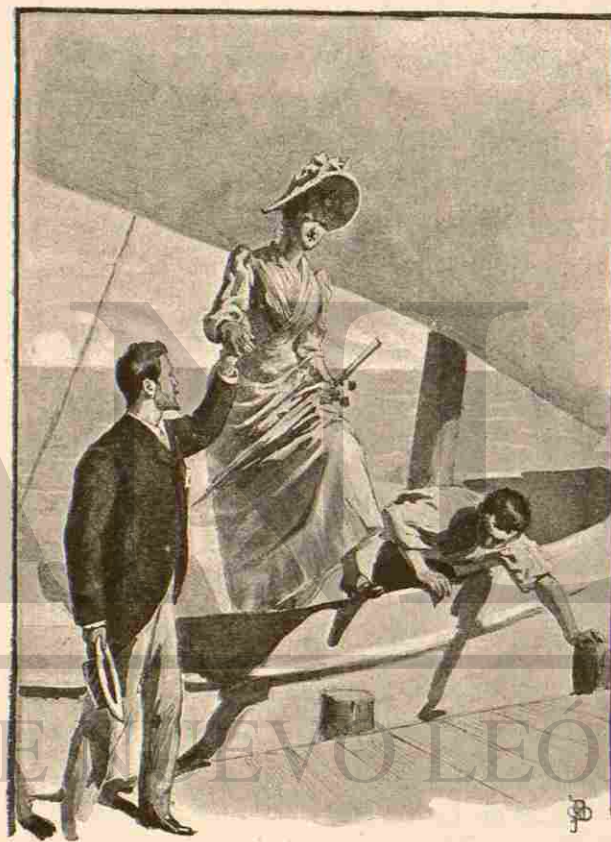
— Pasen ustedes ahora á este otro lado, — les dijo Leto, señalándoles el frontero al que ocupaban en el pozo.

Así lo hicieron, y con mucho cuidado para no dar con la cabeza en la botavara. Tomó el viento al balandro por aquella banda, cayó el aparejo hacia la opuesta; y henchidas de nuevo las velas, comenzó el *Flash* á navegar hacia la derecha, de idéntico modo que lo había hecho hacia la izquierda.

— Notarán ustedes — dijo Leto — que vamos caminando en zig zag. Con el viento por la proa, no hay otro modo de subir estas pendientes. Vean ahora lo que vamos adelantando en la subida. Ya cuesta trabajo conocer á don Claudio y á mi padre que se van alejando hacia la villa.

— La verdad es, — respondió Bermúdez,

dez, — que con estas aventuras había vuelto á echarlos de la memoria.



De bordada en bordada llegó el *Flash* á la ancha boca del puerto. Don Alejandro, que

no apartaba el ojo del carel de sotavento, lo conoció por las cabezadas que daba el barco, á causa de la *trapisonda* que ya había por allí, y por cierto malestar de su estómago. Dió entonces por más que suficiente la distancia recorrida; y con gran sentimiento de Nieves, que tenía los cinco sentidos puestos en los lances del paseo mar afuera, viró el balandro y se puso en rumbo al muelle. De esta manera iba empopado y sin las contrariedades que tanto molestaban á don Alejandro. Teniéndolo en cuenta Leto, izó toda la lona; y navegando así como una exhalación, pudieron estimar Nieves y su padre lo merecido que tenía el hermoso yacht el nombre de *Centella* que le habían puesto.

— Esto ya es cosa muy diferente, — decía Bermúdez al llegar al muelle. — Así ya se puede navegar á pierna suelta.

— Pues á mí me gusta más del otro modo, — contestó su hija. — Tiene más lances.

— Esa es la verdad, — añadió Leto saltando del balandro á la escalera para dar la mano á Nieves, porque habiendo bajado bastante la marea, eran muchos y esta-

ban muy resbaladizos los escalones descubiertos.

Ni don Adrián ni don Claudio andaban por allí rato hacía, ni se columbraba alma viviente en diez cables á la redonda de aquellos hermosos sitios que, por lo solitarios y mudos, parecían encantados...





XII

DESPUÉS DEL PASEO

Como tenía un plan en la cabeza, en cuanto los señores de Pelechés, que habían elegido el camino de abajo para volver á su casa, mostraron deseos de hacer un alto en la botica donde ya se hallaba el boticario don Adrián, Leto se despidió de ellos pretextando ocupaciones urgentes en su balandro.

El boticario se había puesto ya su gorro de terciopelo, y estaba sentado entre puertas viendo pasar la gente elegante en dirección á la Costanilla para subir á la Glorieta. Sentáronse también los de Pelechés; y después de saber por don Adrián que don Claudio Fuertes se había separado de él para ir un rato al Casino, comenzaron á contarle las peripecias del paseo con grandes elogios del barco y otros mayores de la pericia náutica y extremada bondad de su hijo.

El cual, entretanto, caminaba á todo andar hacia el muelle. Cuando llegó á él, no pensó siquiera en meterse en el balandro que estaba á dos brazas de la escalera: limitóse á hacer á Cornias, ocupado en recoger el aparejo á toda prisa, algunas advertencias sobre el particular, y en seguida tomó el camino del Miradorio.

Le estaba preocupando á él la cosa aquella desde el momento mismo en que había sucedido. No importaba dos ardites, bien examinada; pero debió haber pasado de otro modo muy diferente... Anduvo, anduvo, pensando y andando, sin mirar á

un lado ni á otro, porque harto sabía que el mirar era innecesario hasta llegar al punto preciso, que estaba bien marcado en su memoria... cosa de media vara á la derecha del camino... subiendo; porque ello había sido bajando, y entonces quedó á la izquierda... Por allí, en tales días y á tales horas, no solía pasar gente; y aunque pasara sería lo mismo para el caso. ¿Quién había de fijarse?... Y aunque se fijara, ¿valía ello para nadie, á la simple vista, el trabajo de doblarse por la mitad?...

Anduvo otro buen pedazo del camino, y se detuvo de pronto:

— Aquí fué, — se dijo, — y aquí debe de estar.

Miró... y allí estaba: sobre un tapiz de apretado césped, y entre dos helechos y un guijarro. El mismo clavel, doble, *reventón* y encarnado, con el rabillo tronchado al rape: el que se le había caído á Nieves de la boca y había recogido él... para volverle á tirar porque á Nieves ya no le servía... Este era el caso.

Recogido el clavel, y después de contemplarle mucho, y hasta de examinar la

huella de los dientecitos de la sevillana, le olió con avidez. Por un impulso maquinal... ó no maquinal, se le llevó después á la boca; pero por otro impulso de mejor casta, le apartó de ella.

— No se trata de eso, — se dijo, conservando el clavel en la mano con gran cuidado para que no se deshojara, — sino de cosa muy distinta... y más decente. Por de pronto, vuelta hacia abajo, porque no hay necesidad de que los badulaques de la Gloria me atisben; y vamos poco á poco poniendo el caso á su verdadera luz, como si le ventilara ante un tribunal de maliciosos que dieran á este acto mío una significación á su gusto.

Volvióse como lo pensó; y andando paso á paso, oliendo el clavel de tiempo en tiempo y con la otra mano en la cadera, iba discurrendo al siguiente tenor:

— El clavel se le cayó á ella de la boca; yo le recogí del suelo y quise dárselo; ella le miró, vióle sin rabillo, y me dijo: «no sirve ya, puede usted tirarle...» palabras textuales; y yo le tiré, bien sabe Dios que contra mi gusto. Pero también me añadió:

«si quiere». Es decir, que dejaba á mi elección tirarle ó no tirarle. Tampoco se me escapó este particular. Pero supongamos que yo, en uso de mi derecho, me hubiera quedado con el clavel: ya daba al acto una significación grave, de cualquier modo que



le ejecutara: callándome la boca, ó explicándole. En el primer caso, ¿cómo justificar mi silencio sin autorizar á Nieves para que me creyera muy interesado en quedarme con el clavel?; y en el segundo, tenía que

meterme en una rociada de galanterías, que con toda seguridad hubieran resultado cursis é impropias de un hombre serio que mira á esos señores con la estimación respetuosa con que los miro yo. En suma, que callando ó hablando, al quedarme yo con el clavel, faltaba á muchas consideraciones y declaraba una cosa que no es cierta. Pero pudo muy bien Nieves, mirando el hecho desde su punto de vista de mujer, ó de niña mimada, decir para sus adentros: «¡qué grosero!»... ó «¡qué pan frío!» Y esto es lo que me duele, por si lo ha pensado ella y por no merecerlo yo en buena justicia, y lo que me ha ido molestando toda la tarde en la cabeza, con el propósito, además, de volver por el clavellillo este en cuanto pudiera, y el temor de no hallarle cuando le buscara. ¡Carape, si me ha preocupado todo ello junto! Ahora ya es distinto: ya tengo en mi poder lo que buscaba... «Pues no comprendo», diría cualquiera, «ni los apuros de antes ni la tranquilidad de ahora; porque lo hecho hecho está, y el clavel, por sí solo, no vale el trabajo que te has tomado viniendo á

recogerle, según tú has declarado ser verdad.» ¡Carape si lo es! «Corriente», volvería á decirme cualquiera: «si lo hecho ya no tiene remedio, y el clavel, por sí solo, no vale dos cuartos, ¿para qué te quedas con él?»... ¡Valiente reparo de mala fe sería ese! Recojo el clavel y le guardo, por... por pura rectitud de conciencia... vamos, para reparar yo, á mi modo, una falta cometida con buen fin... Nieves seguirá pensando de mí por ese acto, si por desgracia le notó, lo que mejor le parezca: santo y bueno; pues yo estaré tan satisfecho con saber que son equivocados sus juicios, y que tengo en mi poder la prueba de ello. ¡Qué carape! cada uno es como Dios le hizo; y yo soy así. Y no hay más ni menos... y al sol.

Al llegar al muelle guardó el clavel, después de olerle, en su bolsillo de pecho, con mucho tiento para que no se viera ni se deshojara. El balandro estaba ya solo y en su fondeadero de costumbre. Siguió andando Leto; llegó á la botica, de la cual se habían ido ya los de Peleches; subió á la habitación sin detenerse, entró en su cuar-

to; y, como quien lleva ya su resolución bien meditada, sacó de un cajón de su cómoda un álbum-cartera lleno de apuntes hechos por él en el campo y en la costa, y allí guardó el clavel, con mucho mimo, entre dos hojas en blanco, después de haber pasado la vista por cada una de las que contenían dibujos, con una fuerza de atención poco acostumbrada en el asombradizo farmacéutico.

— Bien pudiera ser verdad — pensó mientras cerraba los broches de las tapas, dejando el clavel adentro, — que no lo hago del todo mal.

Volvió el álbum al cajón, cerróle con llave, bajó á la botica, y estúvose con su padre un buen rato hablando de los sucesos del día en Pelechés y en la mar. ¡Muy satisfecho estaba de ellos el boticario! Y también de Leto. Se había portado como un hombre y dejado el pabellón bien puesto en todos los terrenos... Con algo más de soltura hubiera querido él verle en lo de pura cortesía; pero bastante había hecho, sí señor, bastante, para lo que era de temerse; ¡caray, si había hecho!

La escena acabó por irse Leto al Casino donde le esperaba el Ayudante de Marina, para un partido de billar que dejaron los dos concertado la víspera, dándole hasta quince tantos Leto además de la salida, como siempre.

En honor de la verdad, no estuvo el hijo del boticario aquella noche tan chiripero ni tan acelerado como lo tenía por costumbre, ni de tanta correa para las chanzas del fiscal; pero cierto es también que la brega de la bahía, tras de las inusitadas emociones del convite, le tenía algo desmañado, y que el fiscal se permitió llevar las bromas á un terreno de bastante mal gusto. El que al señor de Bermúdez le faltaba un ojo, como podía faltarle á cualquiera, y que con su hija hubiera estado él, Leto, más ó menos atento, no autorizaba á nadie para preguntarle á cada paso, y delante de ciertas gentes, por la salud y el valor, y el saque y otras mil cosas del *Macedonio*; ni si tomaba ó no tomaba varas, ó si era blanda ó dura de cerviz «la hija de Darío». Era una gran inconveniencia hablar así de personas tan respetables, en un sitio como

aquel... ó en cualquier otro; y como así lo sentía, así se lo dijo al fiscal, con mucha pena, pero resuelto á que cesaran las bromas. Y cesaron: pero dejando en Leto ciertas heces que le amargaron mucho la fiesta; y eso que el fiscal, lejos de ofenderse con la protesta, aunque cambió de estilo y de asunto, se quedó tan fresco como una lechuga, y tan amigo de Leto como siempre. Poco después de este incidente, llamó al fiscal don Claudio desde una mesa de las más apartadas del billar, para que fallara en la porfía en que estaba empeñado con sus compañeros de tresillo, sobre una jugada que había hecho uno de los jugadores.

Con irse el fiscal y no volver; marcharse en seguida los abogados y el médico que le acompañaban, y antojársele á Leto que se quedaba el Ayudante algo mustio sin los mirones que le entretenían, y que apestaban más que de ordinario los reverberos de petróleo, le fué entrando tal flojedad y tal disgusto, que se dejó llevar de calle la mesa para acabar cuanto antes el partido.

— ¡Carape! — se decía mientras iba andando hacia la botica, con el sombrero

en la mano porque abrumaba el calor, — ¿no parece mentira que un hombre en la flor de la vida haya podido gastar, como yo, lo mejor de su tiempo libre en ese bochinche infame, dando trastazos á las bolas?... Una mesa ó dos, de vez en cuando, vaya; pero todos los días dos ó tres horas de faena en ese billar mugriento... ¡con ese olor!... ¡Carape, si es tonta la diversión, bien mirada! Pues ¿y el fiscalillo ese, con su lengua de puñal?... Yo le estimo, es la verdad... y suele tener los grandes golpes... Vamos, que clava los apodos... Pero ¡carape! á lo mejor tiene unas cosas... como las de esta noche, por ejemplo... Aquello no venía al caso, ni siquiera era decente... Son personas respetables... y amigas de uno... y acababa uno de comer á su mesa... Póngase cualquiera en mi lugar; y si es persona decente, á ver si no haría lo que hice yo... Sentiré que le haya dolido lo que le dije; pero él se tuvo la culpa, y yo cumplí con mi deber... como hubiera cumplido si él continúa con la broma y le rompo yo algo en la cabeza... ¡Carape si se lo rompo! Y cuidado

que le quiero bien, lo que se llama bien... Pero hay casos en que se salta por encima de todo... como este caso... Ó es uno buen amigo ó no lo es; ó es uno persona decente, ó un granuja. ¡Carape, carape, carape!... ¡Qué cosas, hombre!... ¡qué cosas más raras estas!...

En la botica trabajó mucho sin gran necesidad, y canturreó bastante aquella noche hasta la hora de cenar. Cenó regularmente y habló con su padre, por largo, de lo que habían hablado ya antes de irse él al Casino. ¡Estaban, los pobres, tan poco hechos á francachelas como las de Pelechés por la mañana, y á esparcimientos tan singulares como los de la tarde!...

A la hora de costumbre se cerró la botica, y se recogieron los dos... El padre, después de rezar sus oraciones, se durmió como un bendito. El hijo no atrapó el sueño con tanta facilidad: le pesaba mucho la ropa, aunque era la puramente indispensable para cubrirse, y no cabía en la cama buscando posturas. Al fin, hecho un aspa, se quedó dormido.

Que le pasó entonces por las regiones ale-

targadas del cerebro; qué revoltijo de ideas incongruentes y de bizarras imágenes le poseyeron, no se sabe á ciencia cierta; pero es cosa averiguada que á las altas horas de la noche, saliendo de repente de su batalla y poniendo las manos entrelazadas debajo del cogote, exclamó para sus adentros, en estado ya de perfecta lucidez:

— ¡Carape! ¿Será verdad que yo soy bastante buen pintor de acuarelas, y que dibujo muy bien? Pues estoy á dos dedos de creerlo á puño cerrado. ¡Y mire usted que el mismo pintor que era mi maestro y me lo estaba afirmando cada día, se fué de España sin convencerme!...

¿De dónde vino aquella idea al cerebro de Leto? ¿cuál fué la inmediata á la parte de allá del límite puesto entre el estado lúcido y el de sopor?... Leto, dispuesto á averiguarlo, tiró del hilo de la sarta de todas ellas, y fué sacando del fondo tenebroso, una á una, imágenes borrosas que al entrar en la zona de luz de su discurso, iban tomando formas y colores de realidad. Así aparecieron, en extraña procesión, Nieves, con su túnica pajiza en la penum-

bra del Casino, pidiéndole las acuarelas; su padre convidándose á ver el yacht y convidándole á él á comer en Pelechés; Nieves, con mantilla, á la puerta de la Colegiata; Nieves otra vez, vestida de blanco en su casa; las acuarelas, el saloncito de trabajo, el comedor, el balandro y el inglés en apoteosis; Cornias, un clavel rojo, unos dientes blanquísimos, el *Flash* virando por delante y escorando mucho; Nieves afrontando risueña lo que su padre tenía por peligro, con la boquita entreabierta, la mirada valiente, el entrecejo... ¡qué entrecejo aquel! un poco fruncido, aspirando con avidez la brisa de la mar y el deleite del paseo...

— ¡Cuidado si es templada la chica esa! — pensó Leto, empezando á discurrir en cuanto hubo pasado la última figura de la procesión. — ¡Y guapa!... ¡Carape si es guapa!... y modesta, y sencilla para lo guapa y principal que es... Otra en su pellejo ¡se daría un lustre!... Resulta que le gustan mucho los paseos marítimos, y que quiere darlos en mi balandro... ¡Buena ocasión para lucirle en lo que vale!... la

única si bien se mira. Por este lado, me alegro del antojo... Pero adquiero un compromiso que me ata; y no siempre está uno de igual humor... y luego, con este condenado genio mío que no se puede amoldar á ciertos perfiles... Y no es porque no se me ocurran las cosas, ¡quíá!... á mí se me ocurre todo, y hoy se ha visto: yo la he dado el brazo, y la mano; pero no está en eso la gracia, ¡qué carape! sino en hacerlo como es debido, y no como yo lo hago... con esta maldita desconfianza... Lo mismo que lo del clavel, que fué una burrada por más que se diga: pues si yo tengo un poco de serenidad y el desparpajo que otros tienen, no le tiro, ¡qué había de tirar?... En el balandro, menos mal, porque en cuanto cojo la caña, ya estoy borracho y no conozco á nadie; pero para llegar á ese punto hay que pasar por otros... Vamos, que, por este lado, no me hace maldita la gracia el antojo ese: palabra de honor... Y no pinta mal... ¡vaya! bastante mejor de lo que ella cree... Digo, se me figura á mí... Porque tiene un aplomo para afirmar, y una fuerza de con-

viceión, que se imponen... Luego, no habla al aire y por hablar; y en pintura entiende. ¡Carape si entiende! Hay en ella sentimiento del arte, y gusto... ¡mucho gusto!... Cierto que aquí, en Villavieja, ¡está uno hecho á tan poco, á tan poco y de tan mediana calidad, y tan visto!... Pero, no señor, no: esa sevillanita, donde quiera que se la ponga, aquí ó en Valladolid... ¡Carape!... No, no, lo que es el primito de allá, el original de la fotografía, que estaba sobre el piano... porque según me dijo ella misma, aquel retrato es el de su primo, el hijo de doña Lucrecia, vestido de toga y con birrete... ya puede estar satisfecho si es verdad lo que se cuenta... Y lo será por las trazas. Es demasiado el mimo con que trata ella á la fotografía, para ser retrato de un primo cualquiera... Y la pinta del mejicanito es buena: harán una parejita... ¡vaya!... A mí lo que más me llama la atención en Nieves, es aquella serenidad tan firme con que mira y anda y se expresa... vamos, que todo es natural y sincero en ese diablo de chica; y luego aquel acento andaluz, aquel modo de lla-

mar las cosas, con aquella voz tan bien timbrada... En fin, que el mejicanito... nació de pie... de pie... ¡Carape, carape... carape!... ¡Qué... cosas... estas... hombre!...

Y volvió á quedarse dormido como un tronco.

No por obra de ningún diablejo de aquellos que, en opinión de don Alejandro Bermúdez, se entretienen en llevar por los aires chismes y cuentos de oído en oído, levantando los tejados ó colándose por los resquicios de las puertas, sino por una prosaica y vulgar coincidencia, se despertaba Nieves en su lecho en el mismo instante en que volvía á dormirse en el suyo el hijo del boticario de Villavieja. A Nieves la despertó una pesadilla. Soñaba que al fin su padre había consentido en que Leto metiera en el agua dos tablas de la cubierta del balandro. Para conseguirlo más fácilmente, Cornias había llenado de velas todo el palo, hasta el mismo grimpolón azul con la F blanca. No cabía más lienzo allí. De este modo, el *Flash*, henchido de viento hasta el tope, iba sobre las aguas verdosas como una flecha, pero escorando, esco-

rando, escorando, hasta tener que agarrarse ella también á unas cuerdas. Ya se había sumergido el carel y estaba sumergiéndose la primera tabla, cuando una recalcada imprevista revolvió las aguas é hizo saltar un chorro de ellas hasta el fondo del pozo, mojándola los pies. Esta impresión ilusoria fué lo que la despertó sobresaltada.

—Pero está visto—se dijo al darse cuenta clara de que lo sucedido era un sueño— que se puede hacer eso... se entiende, con un piloto como él... ¡Qué paseo tan delicioso el de esta tarde!

Y colocada ya á la claridad de este pensamiento, también tuvo antojo de sacar á plena luz toda la sarta de sus recuerdos adormecidos en la memoria; y tiró del hilo, y fué saliendo la correspondiente procesión. Por cierto que no parecía sino que estaba tirando del mismo hilo de que había tirado Leto poco antes, al ver cómo iban apareciendo en el desfile la mayor parte de las cosas y de los sucesos que acababan de desfilarse por la cabeza del hijo del boticario.

Éste (don Adrián Pérez) rompía la marcha en la procesión de Nieves, describiendo en su estilo singular el carácter y las aficiones del hijo; después el hijo, en cuerpo y alma, vistiéndose acelerado la americana junto al billar del Casino, con su pelo alborotado, su cara ardorosa y sus inexplicables encogimientos; luego Leto, el mismo Leto, pintor de acuarelas; en seguida el propio hijo de don Adrián haciendo la apología de su barco; y Leto arrojando el clavel que ya no le servía á ella; y Leto describiéndola el barco sobre el terreno; y Leto gobernándole por la bahía... en fin, la misma procesión de Leto, vista desde opuesto lado y ocupando el hijo del boticario el lugar que en ella ocupaba la hija de don Alejandro Bermúdez, cuando la procesión desfilaba por la cabeza de Leto; sólo que en el mirar de Nieves había de ordinario menos curiosidad que en el de Leto. Cuestión de temperamento, sin duda.

Como persona, simplemente, á Nieves le había parecido Leto «un excelente muchacho»: bondadosote, placentero y sencillo hasta dejarlo de sobra; como pintor de

acuarelas, notabilísimo; dándole el brazo á ella para ir al comedor, un señorito de aldea; hablando de su barco, «otro hombre», y gobernándole... ¡allí era donde había que verle! Era raro, rarísimo, que un mozo que pintaba con la maestría que él, no lo diera la menor importancia, y hasta lo desconociera... Buena era la modestia, pero llevada á tal extremo, parecía sandez; y la sandez se compaginaba mal con el talento que era indispensable para pintar lo que él pintaba y decir lo que decía, por ejemplo, cuando hablaba de su amigo y de las valentías de su barco. Entonces, como pintando, era un artista completo, por su modo de ver, de sentir y de expresarlo. Hasta su aspecto era otro más gallardo y lucido que el del Leto que se vestía la americana en el Casino atropelladamente, ó arrojaba al suelo el clavel que ella había tenido en la boca, por no atreverse á guardarle, no por menosprecio seguramente (¡qué inocente!... sería hasta capaz de creer que ella no lo había notado), ó la daba el brazo, deslavazado y torpote, en la salita de su casa y en la escalera del

muelle. Guapo era entonces también, eso sí, porque como guapo y buen mozo, lo era siempre; pero sin el desembarazo y la esbeltez varonil que le daban el olvido de sí propio y el calor y fortaleza de sus convicciones y entusiasmos. Por eso, donde más lucía era gobernando su yacht: le había llamado á ella varias veces la atención aquella tarde. ¡Qué actitudes tan hermosas tomaba en los momentos de mayor cuidado! Bien decía don Adrián que el balandro era la borrachera de su hijo... Como Nieves había tratado á muy pocos hombres y á esos pocos muy superficialmente, no se atrevía á asegurar si abundaban los que se componían de elementos tan incongruentes como los de Leto; pero abundaran ó no, no podía dudar ella que Leto era un mozo

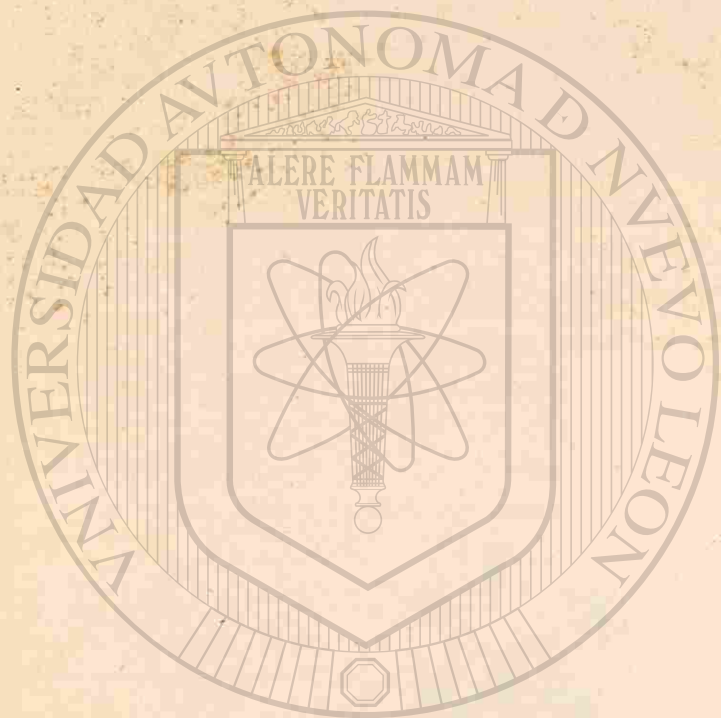


muy raro... Por supuesto, que hablando de él con su padre, con el de Nieves, no le había comunicado todas estas observaciones, porque no le parecieran demasiado y la llamara reparona... De todas maneras, raro ó no raro, guapo ó feo, que esto la tenía á ella sin cuidado, Leto había sido una gran adquisición, porque era un estuche de cosas, cabalmente de las que más le gustaban á ella; y era preciso conservarle y sacar de él todo el partido posible... Era de creer que con la frecuencia del trato fuera él adquiriendo mayor confianza en sí mismo; y de este modo, lo que en aquellos momentos le parecería al pobre chico carga pesada tal vez, por razón de su cortedad, llegaría á resultarle lo contrario... Entonces, satisfecho él... gozosa ella... todos contentos y entretenidos... Rufita González... escribir á Méjico... Leto mar afuera... Nachito con enaguas... ella *huerita* y pintando... ¿qué cosa?... ¿con quién?...

Se le enredaban y confundían las especies; y la procesión de antes, con nuevas visiones ensartadas en el hilo entre las otras, volvía á desfilar, pero á la inversa:

de la zona de luz, medio á oscuras ya, á las profundidades más sombrías del cerebro. Pasó el último fantasma al extinguirse el último destello de la luz; acabaron de cerrarse los párpados entreabiertos; cayó sobre la almohada el perfil de la linda cabeza, y se quedó Nieves dulce y profundamente dormida.





ÍNDICE DEL TOMO PRIMERO

	págs.
I. . . — Antecedentes.	5
II. . . — La tesis de don Alejandro.	27
III. . . — El ojo de Bermúdez Peleches.	45
IV. . . — De lo que escribió desde Villavieja don Claudio Fuertes y León, á don Alejan- dro Bermúdez Peleches.	65
V. . . — Quince días después.	103
VI. . . — Entre buenos amigos.	131
VII. . . — Visitas.	155
VIII. . . — En el Casino.	179
IX. . . — La familia del boticario.	199
X. . . — De tiros largos.	229
XI. . . — El «Flash».	249
XII. . . — Después del paseo.	281

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ASOCIACIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS